



**JUAN JOSÉ VEGA**

# **LA GUERRA DE LOS VIRACOCHAS**

*A Cahuide, símbolo del heroísmo de  
la raza gloriosa de los Incas.*

*A Fray Francisco de Vitoria, espíritu  
luminoso de la otra España.*

*Fueron contemporáneos. Murió uno  
defendiendo a su patria. Vivió el otro  
abogando por los derechos de todos los  
pueblos del mundo.*

**Lima, Populibros peruanos, s.a.**

## PRÓLOGO

Ordinariamente se ha estimado que la Conquista del Perú acabó con la ejecución de Atao Huallpa; y así se enseña todavía. Pero no existe afirmación más falsa. Cuando el Inca fue agarrotado en Cajamarca, las guerras de los conquistadores contra los caudillos indígenas no se habían iniciado aún.

En efecto, fue solo con el anuncio de la ejecución de aquel monarca que sus generales, muerto ya su señor –liberados por tanto de toda promesa de pasividad-, empezaron las campañas militares contra los cristianos. Se iniciaron entonces las cruentas guerras de la Conquista del Perú; luchas en las cuales el español tuvo siempre a su lado a decenas de miles de indios aliados. Prolongado proceso heroico de cien batallas hasta hoy ignoradas por nosotros. Gloriosa resistencia que nos enorgullece con varios triunfos incaicos sobre las armas hispánicas. Épicas campañas en las cuales se formó un audaz pelotón de caballería peruana y una elemental arcabucería incaica. Larga lucha que solo habría de cerrarse con el asesinato de Manco Inca en las montañas de Vilcabamba la Vieja.

Este libro constituye el primer intento peruano de escribir la historia de la conquista del Perú en forma integral. Pero posee, además, otra característica, que señalamos con interés. La de presentar la “visión de los vencidos” y no la de los vencedores. Al igual que un antiguo cronista del siglo XVI podemos afirmar nosotros que hemos trabajado esta obra “prosiguiendo la descendencia de los Reyes Incas de este reyno, y lo a ellos perteneciente, sin tratar despacio las cosas de los españoles, que por otros han sido ya tratadas”. De ahí que tanto resaltemos las victorias cuzqueñas sobre las mesnadas castellanas.

La conquista española fue, en realidad, el fruto de varias guerras; y se logró en un dilatado ciclo, muy sangriento, durante el cual brilló el valor de un pueblo que se resistía a la dominación extranjera. Etapa aquella en la que, asimismo, resaltó, por encima de las virtudes del soldado, la astucia de los conquistadores. Estos, en efecto, si bien empezaron utilizando a miles de indios nicaraguas, guatemalas y panamás, así como a gran cantidad de negros africanos, pronto supieron, astutamente, obtener un apoyo mucho más efectivo. Engañando a numerosos caciques peruanos, apareciendo como dioses, y ofreciendo autonomía y privilegios, consiguieron la adhesión de numerosos régulos indígenas. A la osada voluntad de aventura, sumaron siempre los castellanos la treta y la trampa. Cosas corrientes en aquellos tiempos y que el Occidente por igual aplicó, en todas partes, durante la conquista del mundo.

Aquí en el Tahuantinsuyu, los españoles dotados de cerca de medio siglo de experiencia en la sujeción de América, emplearon y con gran éxito, una antiquísima máxima: dividir para vencer. Lanzando a unos indios contra otros fueron destruyendo, en cruentas batallas, a los dos fuertes núcleos incaicos: Cuzco y Quito. Pero los cristianos no solo azuzaron los odios mortales que dividían a las aristocracias Hanan y Hurin de estas dos metrópolis. Simultáneamente favorecieron el alzamiento de poderosos curacazgos integrantes del Imperio de los Incas.

Cuzco y Quito, así, no solo se combatieron ferozmente con trágica e implacable saña, mientras los cristianos se fortalecían en el Perú. Libraron también guerras intestinas. Cuzqueños y quiteños hubieron de soportar una insurrección de curacas súbditos en varias de las más importantes comarcas del Tahuantinsuyu. Estos caudillos indígenas locales, con su ciega rebeldía,

fueron instrumentos inconscientes de los cristianos en la lucha hispánica contra los principales centros incaicos.

Indios contra indios. Tal fue, en realidad, el secreto de la rápida conquista del Tahuantinsuyu; porque las guerras de la penetración castellana eran, esencialmente, sanguinarias campañas de unas confederaciones tribales contra otras. Atroz contienda entre indios. Espantosas guerras civiles que los españoles aprovecharon hábilmente. Anarquía política que los castellanos supieron reforzar a través del atizamiento del espíritu levantisco de numerosos régulos indígenas, contra el orden imperial incaico.

Los cristianos fueron así penetrando al Imperio. Auxiliaban a uno u otro bando según las conveniencias del momento. Aprovechando el caos, burlando a los jefes indios, minaron toda posibilidad de resistencia organizada. Frente al arrojo de los cuzqueños que se lanzaban sin miedo contra el acero y el fuego, pudo más la astucia de los peninsulares, quienes eran protegidos por grandes masas de indios aliados. Las energías incaicas se gastaron en la lucha fratricida. Las de Occidente, en cambio, se aplicaron en objetivos muy concretos, perfectamente determinados.

Fue en medio de estas condiciones que se hizo factible el que unos cinco mil españoles conquistasen el Perú en un decenio. Verdaderamente tan reducida cifra de conquistadores llamó siempre la atención porque se había descuidado el estudio de la crisis interna que sufría la sociedad incaica. Y tal vez porque, también, olvidábamos que tal clase de derrumbes se han producido numerosas veces en la historia universal. Al respecto quizás el ejemplo más categórico lo proporcione el formidable Imperio Persa. Abarcaba desde el Danubio hasta el Indo, pero fue destruido por un pequeño número de falanges de Alejandro. Ocurrió así merced a terribles tensiones internas que afrontaba Darío III Codomano, las cuales estallaron ante la presencia del conquistador macedonio.

Pero la crisis dinástica incaica, al momento de la conquista española, no puede explicarlo todo. Existían factores más profundos. Al caos político indígena se agregaron elementos que no eran fruto de las circunstancias de última hora sino derivados de la esencia misma del Tahuantinsuyu. Nos referimos a la conformación multitribal del Imperio de los Incas. Como todo imperio, fue un estado constituido por diversas “nacionalidades”. Vastos señoríos separados entre sí por lenguas, dioses, costumbres, leyes y tradiciones. Eran federaciones cuyas altivas aristocracias, vencidas poco tiempo atrás por los Incas, apenas si permanecían sujetas por la autoridad imperial. Al ser atacada la organización incaica en su base por los conquistadores, muchos Curacas – ingenuamente- no vacilaron en dar su decidida adhesión a los cristianos, a los cuales, con frecuencia, se vio como portadores de autonomía local.

El Tahuantinsuyu no se hallaba, pues, suficientemente cuzqueñizado al producirse la agresión hispánica. La acción unificadora del Cuzco había durado demasiado poco; y mucho faltaba aún para que se formara una línea mínima de conciencia nacional que comprendiese a todos los pobladores del imperio. Por ello, en algunos casos, el nivel político, todavía poco desarrollado en el Perú pre-hispánico, hizo ver a los cristianos no como conquistadores sino como libertadores.

Los curacas levantados contra Cuzco y contra Quito no midieron la trascendencia de su actitud. La política, como se ha dicho, no era aún una ciencia muy avanzada entre aquellos nuestros pueblos de tótems y de magia.

Pero sí, en cambio, tenía pleno desarrollo entre los peninsulares, quienes procedían de un mundo ya en plena mentalidad lógica. Así, mientras el Cuzco –y con él buena parte del Tahuantinsuyu- reconocía en un primer momento como dioses a los españoles, otorgándoles el sagrado nombre de Viracochas, los conquistadores, duchos en los más arteros menesteres de la política y la guerra, mantuvieron falazmente el engaño. Poco, pues, verdaderamente, podían hacer los indios que aún creían en deidades Viracochas salidas de las aguas, contra españoles venidos de la Europa Renacentista. Era el enfrentamiento de la franca amoralidad política del Occidente del siglo XVI con un pueblo que aún se enorgullecía del “ama llulla”, del “no mentir”.

“El fin justifica los medios” era un pensamiento que se practicaba casi siempre en el viejo mundo, aunque escasamente se confesase. Aventureros salidos de estos pueblos europeos fueron los que chocaron contra la sencillez de las colectividades primitivas. No solo se enfrentaron, pues, el hierro contra la piedra y el arcabuz a la valentía elemental. Los dos mil quinientos años de evolución histórica que separaban al Tahuantinsuyu de España se reflejaron, por cierto, en ausencia de rueda y alfabeto, de pólvora y acero, de corceles y navíos entre nuestros indios. Pero también plasmó tan dilatado lapso de diferenciación cultural en una conciencia política de menor desarrollo. En una mentalidad más llana, menos capaz del complicado juego de intriga y ardid. Recursos que tanto cuentan en toda invasión.

Por estos motivos, con mayor razón aún, rendimos honores a los guerreros indígenas, especialmente cuzqueños, que cayeron heroicamente en defensa de su patria. A los que supieron morir en los mil combates que jalonan la historia de la Conquista del Perú. Titanes de la talla de Cahuide, negados hasta ahora en las historias oficiales. Héroes que hoy el pueblo peruano empieza a recuperar de un injusto olvido.

Juan José Vega

## **Primera parte**

# **LOS VIRACOCHAS**

## **EL CONTRATO**

“Para servir a Su Majestad en el descubrimiento y población y pacificación de la mar del sur”, firmaron un contrato en Panamá, el 20 de mayo de 1524, el Padre Hernando de Luque, Francisco Pizarro y Diego de Almagro.

A fines de ese mismo año partió la primera expedición; la cual fracasó. Los nombres de Pueblo Quemado y Puerto de Hambre, en la actual costa colombiana, son ilustrativos sobre los padecimientos de esa primera etapa de la conquista del Perú.

## **LA ISLA DEL GALLO**

La segunda expedición de Francisco Pizarro tuvo su momento culminante en la Isla del Gallo, cuando trece españoles decidieron permanecer con su capitán, en medio de atroces penurias, y no retornar a Panamá con Juan Tafur.

Con sus auxiliares indígenas y negros, siguieron hacia el sur. Pronto se realizaría el descubrimiento del Tahuantinsuyo. Tocaron los castellanos en Tumbes, La Chira y varios puntos del litoral hasta el río Santa. Seguros de la vastedad y riqueza de la tierra descubierta, optaron por regresar a Panamá: no sin antes recoger varios indios para enseñarles la lengua española. Uno de éstos será más tarde personaje esencial de la conquista del Perú, Felipillo el Tallán.

Aquellos desembarcos fugaces de los españoles en el litoral incaico, demostrando fingida gentileza, en medio de regalos y festines, con pacíficos disparos de arcabuz y airosas pruebas de corceles, fueron los que crearon la leyenda de los Viracochas. Provocaron el renacimiento de aquel mito de seres misteriosos que surgían y desaparecían en el mar. Para los indios, esas visitas fueron mágicas, a todas luces; visitas, además, confusas que solo vieron unos pocos aquí y allá: visitas – cosa extraña para ellos – que de repente dejaron de producirse. Idos los cristianos, la leyenda creció al amparo de los sentimientos míticos de los indígenas. Es por eso que, muchos años después, al retornar los castellanos, su presencia fue considerada como algo sobrenatural por gran parte de la población incaica; y, especialmente, por la dinastía legítima del Cuzco.

Como los funcionarios reales obstaculizaban la empresa en Panamá, Francisco Pizarro decidió viajar a España. Allí firmó las capitulaciones de Toledo con la Reina el 26 de julio de 1529. Luego recogió al clan Pizarro: su hermano legítimo Hernando Pizarro, entonces de 26 años; y a los otros bastardos de padre, Gonzalo y Juan, ambos muy jóvenes, y a Martín de Alcántara, hermano de madre. Asimismo vino Pedro Pizarro, niño aún, quien sería su paje y más tarde soldado y cronista de la Conquista del Imperio de los Incas. Luego llegarían al Perú los hermanos de madre de Juan y Gonzalo. Finalmente figuran otros deudos lejanos como Diego Pizarro, Cristóbal Pizarro, Martín Pizarro y Juan Pizarro de Orellana.

## **EL TERCER VIAJE: 1531**

Fue el definitivo. Tras marchas penosas a lo largo de la costa septentrional, por manglares, cubiertos de pantanos y malezas, y plagados de verrugas, los conquistadores, alentados indesmayablemente por Francisco Pizarro, llegaron frente a Puná. Esta isla será el primer punto de contacto con el Tahuantinsuyo. Sin esperar el arribo de los refuerzos de Don Diego de Almagro, los españoles y sus numerosos indios auxiliares centroamericanos decidieron embarcarse; por propia invitación de los Curacas isleños. Aún ignoraban la vastedad del Imperio que pronto habría de mostrarse ante sus ojos. No imaginaban su fabulosa riqueza. Mucho menos sabían que desde hacía un buen tiempo se habían declarado guerra a muerte los dos hijos principales del difunto emperador Huaina Capac. Huáscar Inca, sucesor legítimo, dueño del Cuzco, enfrentaba los intentos de usurpación de Atao Huallpa; quien se había posesionado de Quito. Los Hanan alineaban con la dinastía reinante; Los Hurin, con la sublevada. En el norte, Quito ejerce indiscutible influencia. En el sur, el Cuzco. Los altos mandos del ejército son partidarios de Atao Atahualpa. El clero solar prefiere a Huáscar Inca. Muchas confederaciones tribales conquistadas en épocas recientes por los Incas ven en esa lucha fratricida la oportunidad para recobrar su antigua autonomía. Tantas naciones esparcidas desde Pasto hasta el Maule carecían en muchos casos de lengua común, de religión única, de leyes absolutamente unitarias, de costumbres semejantes, de tradiciones conjuntas. Las viejas aristocracias sojuzgadas por los Incas velaban por una ocasión que les devolviese sus grandes privilegios. Muchos lugares apenas si estaban incaizados.

En la misma Puná, donde están desembarcando los castellanos, se apreciará ya la crisis interna, la agudísima división existente en el seno de la sociedad incásica.

## **PUNÁ. FIESTAS Y SANGRE**

El Curaca Cotoir, uno de los siete señores de la isla, recibió a Francisco Pizarro con muchas fiestas. Los españoles pudieron apreciar allí cuán regiamente vivían los nobles, en palacetes muy hermosos y con un harem selecto que custodiaban celosamente unos eunucos. Un templo a Timpal, dios de la guerra, se levantaba en medio de la ciudadela principal.

Puná no era un lugar del todo asimilado a la vida incaica. Allí sobrevivían costumbres ya desaparecidas en provincias asimiladas desde tiempo atrás al Imperio de los Incas. Dentro del océano de pueblos distintos que conformaban el Tahuantinsuyo, Puná, al igual que otras regiones sojuzgadas por los Incas en tiempos recientes, conservaba bastante el régimen antiguo pre-incaico. Reacios a toda sujeción imperial, los Curacas de Puná, tras resistir tercamente a Huaina Capac, se rebelaron contra Atao Huallpa. Ya vencidos por el usurpador quiteño, su agresividad los llevó a sublevarse por segunda vez; apenas aquél abandonó la costa para ascender a los Andes. Mientras Atao Huallpa reiniciaba la lucha contra su hermano cuzqueño, los punaeños se alzaron contra la guarnición incaica. Luego pasaron al ataque sobre Tumbes.

No obstante la rebelión contra Quito y la Dinastía Hurin, los jefes punaños no devolvieron la libertad a varios orejones cuzqueños. Quizás trataban aquellos curacas de recobrar su autonomía al amparo de la prolongada lucha fratricida entre los hijos de Huaina Capac. Habían combatido contra Quito, pero no parecían dispuestos a retornar bajo la égida cuzqueña. Los caciques lugareños deseaban, sin duda, recuperar- como lo consiguieron- todos sus privilegios; fueros que habían sido disminuidos con la presencia de las autoridades imperiales incaicas.

Los tumbesinos fueron derrotados por los punaños en esa pequeña guerra litoral. Atao Huallpa no había dispuesto de tiempo suficiente para bajar otra vez a la costa y restablecer el orden en estas zonas; pues estaba embebido en la organización de las grandes campañas militares contra el Cuzco. El triunfo punaño significó que seiscientos tumbesinos fueran llevados como siervos a Puná; con sus mujeres e hijos. Cuando los castellanos desembarcaron en la isla hacía ya varios meses que sus Curacas gozaban de plena autonomía y celebraban sus victorias.

## **SE INICIA LA LUCHA**

Fue precisamente a los dos meses del triunfo punaño sobre Tumbes que llegaron a la isla las fuerzas expedicionarias españolas. Una vez allí instaladas, rodeadas del asombro y desconfianza de los nativos, se leyó el famoso Requerimiento; con lo cual, quedó ese sitio asimilado al Imperio Español sin sospecharlo siquiera los Curacas punaños.

Poco antes los españoles habían puesto en libertad a unos cuantos orejones cuzqueños; despidiéndolos con grandes obsequios. Fueron ellos los primeros en repartir en tierra firme las noticias sobre el inesperado acontecimiento. Puede creerse que esos orejones fueron capturados y muertos por las huestes de Atao Huallpa, pues, que se sepa, no llegaron al Cuzco. Pero alcanzaron sí a propagar extrañas nuevas sobre el retorno de los seres misteriosos que salían del mar emergidos de la espuma de las aguas.

Los primeros abusos de los castellanos en cuanto a oro y mujeres, así como la visita que les hizo el Curaca de Tumbes Chiri Masa, llevó a los jefes punaños a tramar la muerte de los extraños.

Por su reducido número parece una empresa fácil. Fue así como una mañana avanzó confiado “mucho número de indios, todos con sus armas y atabales y otros instrumentos que traen en sus guerras”. Otros, con mucha música, desembarcaron desde sus balsas de guerra.

Una espantosa carnicería pone rápidamente fin al encuentro, cuando los atacantes, gracias a la sorpresa, habían ya tomado parte del campamento español. La infantería simple de formación ligera se deshace ante el ímpetu de la caballería pesada de los castellanos. En varias embarcaciones, igualmente, setecientos flecheros habían intentado asaltar las carabelas. Los desdichados no conocían aún el poder de la pólvora y el acero. Son rociados con las ballestas y los arcabuces mientras los indios auxiliares ayudaban a ponerlos en derrota.

Tales desastres no desalentaron a los punaños. Retirados a la maleza prosiguieron una lucha de guerrillas. Vendrán luego veinte días de



expediciones punitivas de los castellanos, amparados en sus indios centroamericanos.

## **LA LIBERACION DE LOS TUMBESINOS**

Para sofocar la resistencia Francisco Pizarro decide liberar a los esclavos tumbesinos. Estos, con su crecido número, y su odio a Puná, serán poderoso auxilio. Cieza de León cuenta cómo “amparados por los españoles saquearon y se vengaron de los de la Puná”. Con su socorro se logra restablecer un orden mínimo en los principales puntos de la isla. Lo último se consigue sobre todo cuando los españoles entregan a los tumbesinos diez Curacas punaeños: se regocijaron torturándolos, decapitándolos y quemándolos; usos comunes todos en las guerras antiguas. No obstante, en el fondo ha sido difícil dominar a los rebeldes. El valiente Hernando Pizarro, joven hermano del jefe de la conquista, está herido en la rodilla y le han matado su caballo.

Cuatro españoles caen en esos días combatiendo con los punaeños. Varios caballos también mueren a consecuencia de las heridas, sobre todo de las flechas. Francisco Pizarro hace enterrar secretamente a los corceles para que los indios enemigos no se enteren de que pueden ser muertos.

Ya en Puná aflora la perdición del Tahuantinsuyo: indios combaten fieramente contra indios. Mientras tanto, en los Andes, Atao Huallpa está desorientado. No es religioso y hasta se lo podía considerar un hereje. No cree en mitos. Pero la presencia de los misteriosos seres de ultramar lo desconcierta por completo. No sabía qué actitud adoptar. Se limitó a pedir informes mientras proseguía en su empresa esencial: vencer a su hermano Huáscar Inca. Siguió reclutando gente para enviarla hacia el sur. La guerra recrudecerá en las serranías.

## **BUENAS NOTICIAS**

Los tumbesinos liberados en Puná serán excelentes informantes, pues Felipillo y los demás intérpretes, oriundos de la costa norte del Perú, conocían su lengua. Se enteraron así los cristianos de los azares de las guerras civiles entre Huáscar Inca y Atao Huallpa. Supieron allí cuán ferozmente se batallaba en los Andes: “cosa que -dicen las crónicas- animó sumamente a Pizarro, quien sabía cuánto le importaron a Hernán Cortés semejantes guerras para ganar, como ganó, el reino de Méjico”.

El cronista mestizo Santa Clara indica también que con la noticia de las cruentas batallas entre los hijos de Huaina Capac “holgaron mucho (los españoles) y así determinaron todos de pasar adelante con tan buenas nuevas”.

Los informes de esta guerra civil aliviaron la tensión existente entre los españoles; la cual era resultante de un hecho: la decepción había cundido a causa de la escasez de oro entre los punaeños. A tal situación casi se sumó un motín de las tropas pizarristas. Fue cuando se enteraron de que Francisco Pizarro había silenciado un asunto muy grave: no contaba con autorización real para encomendar indios. Los endurecidos conquistadores

que no deseaban sino oro, indios y tierras, se sintieron defraudados. Además, no entendían la nueva orientación jurídica de la Corona Española; Francisco Pizarro tampoco la comprendía. Pero ¿era posible hacer algo contra el Rey? Los sacerdotes juristas habían logrado una legislación protectora de los indígenas americanos. Mas, ¿quién podía comprender ese esfuerzo cristiano? Al Perú se iba a ser rico; y no había sino un modo de lograrlo. A la postre el Rey de España será desobedecido por sus codiciosos súbditos venidos a la conquista de las nuevas tierras.

### **HERNANDO DE SOTO**

La tensión llegó a su punto más alto con el arribo de Hernando de Soto. El audaz capitán trajo consigo refuerzos de gente experimentada; y la primera mujer española: Juana Hernández, amante de este joven jefe o prostituta. Con su conocida audacia Soto aspiró pronto a ser el segundo del ejército; no ocultando su disgusto al ver en tal posición a otro joven e impulsivo capitán, Hernando Pizarro, quien le llevaba la ventaja insuperable de ser hermano del viejo jefe. La hueste de Soto, también, casi se rebeló. Habían dejado esos soldados “el paraíso de Mahoma” que era Nicaragua, con sus bellas indias, en pos de tesoros que hasta el momento no veían. A cambio de soñadas riquezas sufrían guerras e incomodidades. No faltaron hasta fugas, como la del cobarde Tesorero de su Majestad, Riquelme, quien se fue de secreto en uno de los barcos de abastecimientos. Se lo retornó a la fuerza, con orden expresa de Francisco Pizarro.

Los ánimos al fin se aplacaron y a los tres meses de haber llegado los Pizarro a Puná se da la orden de pasar a Tumbes. Antes dispusieron algunas ejecuciones para calmar los ímpetus levantiscos de los punaeños. Estos indios no olvidarán los ultrajes sufridos. Habrían de vengarse, años después, comiéndose “coyuntura por coyuntura” al Padre Vicente Valverde, ya primer Obispo del Cuzco. Lo capturaron tras naufragar en aguas punaeñas, al reconocerlo como el irascible capellán de las primeras mesnadas de la conquista del Perú.

### **TUMBES: MUERTE DE TRES ESPAÑOLES**

Con sus indios auxiliares y sus esclavos negros se embarcó la expedición española rumbo a Tumbes, cruzando en las grandes balsas punaeñas.

En Tumbes no reinaba ya la tranquilidad idílica que algunos conquistadores, como Pedro de Candia, habían visto años atrás; durante el segundo viaje. Por el contrario, la guerra Civil Incaica había dividido también esta provincia. Y si bien la mayoría de sus pobladores son partidarios de Atao Huallpa, no falta una facción inclinada a Huáscar Inca.

Los tumbesinos ataohuallpistas -dirigidos por el Curaca Chiri Masa- deciden atacar las balsas en las cuales los españoles cruzan el mar. Asaltan la que esta más a mano y matan allí tres castellanos. Otra balsa, que conduce el bagaje del gobernador, es saqueada. La noche y la prudencia de Francisco Pizarro impiden peores resultados. Hernando de

Soto salva milagrosamente. Francisco Pizarro, antes de embarcarse, asegura su vida capturando en rehenes a uno de los principales nobles de Tumbes. Se consigue así pasar exitosamente a la costa

Y mientras estos hechos -insignificantes para Atao Huallpa- se desarrollaban en el litoral, en el corazón del Tahuantinsuyo dos gigantescos ejércitos se preparaban para medir sus armas en una nueva batalla.

## **UN ALIADO IMPREVISTO**

En efecto, no todos los tumbesinos eran partidarios de Atao Huallpa. Quedaban aún unos cuantos huascaristas, quienes tenían aparentada lealtad a las autoridades impuestas por el usurpador. Esos huascaristas no habían gozado, hasta aquel momento, de ninguna oportunidad de revivir la lucha contra los enemigos de Huáscar Inca. Las sanguinarias represiones impuestas por Atao Huallpa no sólo deshicieron allí la organización de los Hanan, sino que dejaron una huella de pavor que frenó los arrestos subversivos de los sobrevivientes.

Precisamente, los cristianos irían a aliviar sus propios pesares mediante una entrevista insospechada, cuando el más calificado de esos escasos huascaristas tumbesinos demandó ver a Francisco Pizarro, seguramente conocía los asombrosos relatos de los orejones cuzqueños, que fueron puestos en libertad por los castellanos de Puná y que debieron recorrer una parte de la costa antes de ser capturados por tropas de Atao Huallpa. Dijo ese tumbesino “que había estado en el Cuzco y que le parecía que los españoles eran hombres de guerra y que podían mucho”.

Este indio, ciertamente, debió narrar a los cristianos las incidencias de la cruenta guerra entre los hijos de Huaina Capac. Frescos estaban aún los recuerdos de las encarnizadas batallas de Ambato, Tumipampa, Mullutuyru y Cusipampa; choques militares que finalizaron con la estabilización del poderío de Atao Huallpa en el extremo norte del Tahuantinsuyo. Vivíase en aquellos días los últimos momentos de la paz de tres años que siguió a la sangrienta campaña de Cusipampa. Lejos, en las serranías, los Hanan y los Hurin alineaban nuevos ejércitos para decidir el destino del Imperio de los Incas.

El importante tumbesino que contó estos sucesos fue, sin duda, uno de los primeros en creer en la divinidad de los Viracochas: dioses llegados de ultramar para castigar a quienes intentaban usurpar la corona incaica. Fue por esa razón que dio apoyo a los castellanos en la lucha que tuvieron que emprender contra las reducidas huestes de Chiri Masa, el curaca tumbesino partidario de Atao Huallpa.

Para ese tumbesino huascarista -como para todo el bando de los Hanan Cuzcos-, los españoles no aparecieron allí como conquistadores del Perú. Todo lo contrario, en medio de los trágicos contornos de la guerra civil, su mente mágico-religiosa vio en ellos a emisarios celestiales, por los cuales habían clamado en sus preces al Sol y a Pachacamac. Su aspecto extraño, al lado del caballo, la pólvora, el acero y la carabela, concedió calidad sobrenatural a esos seres misteriosos cuyo origen nadie podía conocer y ni siquiera intuir.

La presencia de los Viracochas atizó aún más el fuego de la lucha. Los Hanan Cuzco al sentirse reconfortados con protección que suponían divina cobraron mayor ánimo; los Hurin Cuzcos, enseñoreados de Quito -recelando del infausto suceso-, trataron de apresurar luego el término del conflicto que consumía todas sus energías. Los de Quito favorecieron así matanzas sin piedad, mientras trataban de estrechar lazos con la mayor parte posible de grupos aristocráticos de todas las comarcas norteñas del Imperio de los Incas. El arribo de los cristianos, pues, no solo distó mucho de unir a los hijos de Huaina Capac sino que, más bien, acentuó la división. Sencillamente porque ni los Hanan ni los Hurin vieron a los castellanos como lo que realmente fueron: los conquistadores del Tahuantinsuyo.

Fue así como aquel tumbesino huascarista que se ofreció para apoyar a los cristianos no hizo sino acatar la tradición imperial cuzqueña que lo obligaba a ser fiel a la legítima dinastía de los Hanan Cuzcos que representaba Huáscar Inca. Por ello, con toda decisión volvió a coger las armas contra Quito, poniéndose de lado de quienes veía dueños de tan terribles fuerzas mágicas. Emisarios celestiales que ya iban anunciando una nueva justicia.

### **BATALLA DE BOMBON**

Varios combates en los Andes se realizan mientras los castellanos van imponiendo su política en la costa del Tahuantinsuyo. Fueron de notable mortandad los de Cusipampa –por segunda vez- y Conchahuailas. Los Chachapoyas -tribus levantiscas incorporadas al Imperio de los Incas pocos años atrás- se retiraron de la contienda en esta época.

Carácter particularmente violento tuvo el encuentro de los Hanan contra los Hurin en la meseta de Bombon: “allí se embistieron los unos a los otros con tanta furia, y fue tan reñida la batalla que duró hasta la noche sin que se conociese ventaja ninguna de ambas partes. Y otro día, por la mañana, se tornó a ella con nuevo brío y deseo, que los de Huanta Auqui se habían animado viendo la resistencia que el día antes habían hecho al enemigo, tan hecho a vencer, y habiendo peleado todo el día los departió la noche sin vencimiento y con infinitas muertes. Y al tercero tornaron a pelear, ya como desesperados los unos y los otros.

La superioridad numérica de los Hurin de Quito permitió este triunfo sobre las fuerzas imperiales. Destrozadas sus filas, estas huestes se retiraron camino de Jauja.

### **BATALLA DE YANAMARCA**

En Yanamarca, cerca de Jauja, habría de librarse el próximo encuentro entre las dos dinastías, mientras los castellanos subían por los ríos de Tumbes, predicando que eran emisarios divinos y ofreciendo ayuda tanto a los partidarios de Huáscar Inca como a los de Atao Hualpa.

Esta batalla fue particularmente recia dado el enorme número de combatientes de cada bando a causa de que por ambas partes se tenían recibidos cuantiosos refuerzos. Soras, chancas, rucanas, aimaraes,

quichuas, yaucos y huancas alinearon bajo el comando cuzqueño. La pavorosa mortandad -algunos calcularon hasta setenta mil muertos- es explicable por ser un combate definitivo para la posesión del Mantaro, núcleo central del Tahuantinsuyo.

Así describe un cronista aquel encuentro militar: “se dieron vista los dos ejércitos y comenzaron las vanguardias a afronterarse con tanta fiereza y brío, que era admiración y sobreviviendo gente, en favor de cada uno de su parte, se trabó una de las más sangrientas batallas que en el Perú se han visto. Eran tantos y tan grandes los montones de los muertos que cayeron a los primeros encuentros que valían ya para reparo de los vivos; y de los rimeros de ellos hacían trincheras. Esta batalla se comenzó con el día y siempre estuvo en peso, hasta hora de vísperas; que comenzó a declinar el valor de los Cuzcos; aunque con pérdida notable de los vencedores: porque de aquellas nuevas gentes de guerra fueron tantos los que cayeron que embarazaban ya a los que peleaban”.

El comando Cuzqueño, fiel a sus heroicas tradiciones, sin darse por vencido, se retiró en orden hacia el sur a fin de fortalecerse con sus mermadas filas en la orilla derecha del Mantaro. Jauja quedaba con Atao Huallpa.

A los pocos meses una vasta rebelión sacudirá a todo el valle del Mantaro; movimiento Jaujino que fue violentamente sofocado a sangre y fuego por Challco Chima el terrible militar atahualpista. Mas por el momento volvamos a Tumbes donde están los Viracochas; y donde también bulle la escisión entre los partidarios de los Hanan y los Hurin. Entre los seguidores del Cuzco y los partidarios de Quito.

## **EL DESENCANTO**

Tumbes impresionó a los españoles por su calidad artística: palacios y templos suntuosos con muros de adobes esmaltados en muchos colores y techumbres “de paja tan bien labrada que no parecía sino oro”. Pero la mayor parte del pueblo –unas mil casas– estaban quemadas. Los depósitos, igualmente, saqueados. Chiri Masa se había dispuesto a la resistencia, en defensa de su señor Atao Huallpa.

Pero a los conquistadores no los seduce el arte, ni los atraen los pueblos destruidos. Nada importan las plumerías y los altorrelieves de las murallas cuando no encuentran sino escasos adornos de metales preciosos. Fue entonces que se volvieron contra Pedro de Candia. Creador de la fama legendaria de Tumbes en España y Panamá afrontó allí la ira de sus compañeros de aventura. Algunos quisieron lincharlo; otros apedrearlo. Y no faltaron “maldiciones para el Gobernador”. A Francisco Pizarro se le veía cómplice de las mentiras de Candia. Sufrían como víctimas de un falso señuelo. Se sentían engañados por sus jefes. Les habían hablado en Panamá de grandes tesoros y hasta allí nada habían visto digno de mayor elogio.

Francisco Pizarro restablece la armonía hablando de las riquezas que aguardan más allá, en los Andes. Pero no todos le creen. En general cunde el desaliento; y muchos se arrepienten de haber abandonado una vida fácil en Nicaragua o Panamá. Muchos añoran aún la dureza de la lejana patria

española. Apenas los más miserables se consuelan pensando que ningún feudo indígena han dejado atrás. El futuro se prevé con mucha sangre y poco oro.

## **SURGEN LOS DIOSES VIRACOCHAS**

Con la velocidad del rayo ha llegado al Cuzco la noticia de que misteriosos seres han aparecido en el extremo norte del Imperio. El hecho coincide con nuevas derrotas de las huestes de Huáscar Inca y las oraciones que han sido dirigidas al Sol para que proteja a la dinastía imperial. Los rumores los hacen dueños de fuerzas sobrenaturales. No pueden, por tanto, sino ser los justicieros Viracochas.

Nadie ha recogido mejor la impresión de mágico respeto a los conquistadores que Titu Cusi Yupanqui, cuando transcribe el mensaje llevado hasta la capital del Imperio de los Incas por veloces postas Tallanas:

“Es una gente que sin duda no pueden ser menos que Viracochas porque dicen que vienen por el viento y es gente barbuda, muy hermosa y muy blancos, comen en platos de plata y las mismas ovejas que los traen a cuestras, las cuales son grandes, tienen zapatos de plata; echan illapas (rayos) como el cielo. Mira tú si semejante gente, y que de esta manera se rige y gobierna, serán Viracochas. Y aún nosotros los habemos visto, por nuestros ojos, y a solas hablar con paños blancos y nombrar algunos de nosotros por nuestros nombres sin que se lo diga nadie: no más de por mirar al paño que tienen delante; y más que es gente que no se les aparecen sino las manos y la cara y las ropas que traen son mejores que las tuyas, porque tienen oro y plata; y gente de esta manera y suerte ¿Qué pueden ser sino Viracochas?”.

Cieza de León precisa que cuando llegaron estas noticias “alegráronse los Hanancuzcos; tenían tal acontecimiento por milagro, creían que Dios todo Poderoso, a quien llamaban Tra Viracocha envió del cielo aquellos hijos suyos para que librarán a Huáscar Inca y lo restituyesen en el trono”. El erudito jesuita Bernabé Cobo –cronista enciclopédico-, confirmará después estas tesis apuntando que el nombre de Viracochas a los españoles “nos pusieron solos los vecinos del Cuzco y aficionados a Huáscar”. Joseph de Acosta cree que la versión se propagó rápidamente por haber aparecido los cristianos poco después de grandes invocaciones a las divinidades imperiales, demandando justicia contra el usurpador quiteño, tesis que comparte Juan Polo de Ondegardo.

Van y vienen, entonces, mensajeros secretos del Cuzco para observar a los Viracochas. Al poco tiempo, nadie dudará ya en la capital del origen divino de los extraños seres salidos del mar. Renace la esperanza y Huáscar Inca oficializa el nombre de Viracochas. Cunde entonces fuerte optimismo; aguardándose que el rebelde usurpador Atao Huallpa caiga pronto aniquilado por esos dioses misteriosos.

Presionado por la rebeldía de sus ejércitos del norte -que alinearon todos con Atao Huallpa-, Huáscar Inca decidió enviar de inmediato una comitiva para rendir pleitesía a los Viracochas y rogar su decisiva intervención.

## **LAS GUERRAS DE TUMBES**

Cuenta Antonio de Zárate que “el gobernador anduvo sin poder hablar con indio ninguno, que todos andaban por los cerros con las armas en las manos”. Francisco Pizarro se asentó entonces en la ciudad, donde sólo había gente menor y de servicio. Envío mensajeros a los Curacas pero no aceptaron tratos. Por el contrario atacaban a los indios centroamericanos auxiliares de los españoles y a los esclavos negros cuando salían a recoger alimento en los alrededores.

Hizo entonces construir balsas de modo secreto y Hernando de Soto con 50 jinetes, mayor número de peones e indios amigos armados, cruzó el río a fin de sorprender a los enemigos: “dieron cuando amaneció sobre el real de los indios y haciendo cuanto daño pudieron en él, hicieron todos aquellos quince días cruda guerra a fuego y a sangre por los tres españoles que sacrificaron”.

El Curaca de Tumbes, Chiri Masa, al último, no contaba sino con 600 soldados; pero resistió bastante bien el ímpetu de la caballería aprovechando el terreno de manglares. Cuando Pizarro le intima rendición “recibe sólo burlas”. Finalmente se replegó a un fuerte donde fue cercado. Ofrecida la paz por los españoles –ya casi sin efectivos militares-, aceptó negociar y se entregó.

## **LOS DESENGAÑADOS**

No obstante los pequeños triunfos alcanzados en Tumbes, el monto de de las victorias no convence a los españoles. Hernando de Soto sigue inquieto y empieza a tramar un motín con su gente de mayor confianza. Otros dieciséis conquistadores, decepcionados de la poca riqueza hallada en las nuevas tierras, deciden abandonar la expedición. Retornarán a Nicaragua o a Panamá donde gozarán de sus feudos indígenas o de una pobreza sin riesgos.

Hasta dos sacerdotes, desengañados, se retiran de la empresa, pero a la tropa que se queda consuela la llegada de refuerzos que arriban atraídos por la fama de las tierras descubiertas.

## **PARTIDA HACIA PIURA**

Francisco Pizarro decidió partir de Tumbes hacia el sur en vista de informaciones extremadamente favorables en torno a la división política existente en todas las comarcas yungas de la costa norte y central del Tahuantinsuyo.

Remontó así el río Tumbes en varias jornadas, cruzando por pequeños pueblos como Huásimo, en todos los cuales encontró escasa resistencia. Finalmente, abandonando esa zona se dirigió más al sur, hacia Pohechos. Esta importante ciudad estaba ubicada sobre el caudaloso río La Chira. Meses atrás la habían sujetado Hernando Pizarro y Sebastián Belalcazar, desalojando a la reducida guarnición que allí tenía Atao Huallpa.

Aquí permaneció por espacio de varias semanas, enviando observadores a la redonda. En Congo hallan gente muy belicosa, pero la dominan con facilidad por ser de escaso número. En general, con pocas excepciones, por todas partes encuentran los castellanos sólo decididos enemigos de Atao Huallpa. Las avanzadas hispánicas llegan hasta Paita y hablan de la grandeza del río, del puerto y de sus urbes como Sollana y Tangarara. Decide entonces continuar viaje, alentado por las noticias que recibe sobre la cruenta guerra civil que en las serranías continúan librando los hijos de Huaina Capac.

Francisco Pizarro siguió así su marcha estimulado por el odio acérrimo de los lugareños hacia Atao Huallpa; odio que los conduce a unirse a los cristianos. En verdad, Atao Huallpa para someter a las regiones piuranas había impuesto un régimen de terror. Curaca hubo que contó a Francisco Pizarro que el quiteño le había matado 4 mil de sus 5 mil indios tributarios. Por ello, como lo cuenta la Relación Francesa, “los indios fueron (son) grandes amigos de los cristianos”; a quienes, ingenuamente, vieron como dioses liberadores. El gobernador, por lo demás, se asesora permanentemente con los nobles parientes de Chiri Masa que van en su cortejo.

En esta comarca piurana halló Pizarro una excelente base de retaguardia para penetrar hacia Cajamarca: “los señores de allí (Tallanes) le pidieron su amistad los cuales eran enemigos mortales de Atao Huallpa, quien les había usurpado el señorío”. No es posible olvidar que estas poblaciones alinearon con Huáscar Inca al principio de la guerra civil. Cieza escribe que si Atao Huallpa, siendo un esforzado guerrero, se quedó en la retaguardia, en Cajamarca, fue para evitar un levantamiento general de los yungas costeros y de las provincias de Tumipampa y Cañari. A tal factor subversivo se sumó pronto la imprevista y fantástica llegada de los españoles.

## **LA PLEITESIA DE HUASCAR INCA**

Bajando el río Chira se produce en Tangarara uno de los hechos de mayor trascendencia para la conquista del Tahuantinsuyo: la entrevista del jefe de las mesnadas castellanas con los emisarios cuzqueños enviados por Huáscar Inca desde el Cuzco a fin de rendirles pleitesía.

Preside esa delegación imperial Huamán Malqui Topa, quien en nombre de la legítima dinastía real y de todos los pueblos del sur del Imperio pide justicia y castigo para el usurpador Atao Huallpa.

Francisco Pizarro, sin desmentir el engaño, respondió que “ya iba de camino para ayudar con la verdad y justicia a quien la tuviese y favorecer a quien lo mereciese”. Terminó expresando que marchaba con sus huestes “para deshacer aquellos agravios y cualesquiera otros que hallase”.

Satisfechos con las respuestas logradas de labios de los “Viracochas”, y asombrados de los caballos, los negros, los arcabuces y los aceros, los emisarios imperiales se retiraron de prisa rumbo al sur, para informar a su rey del término de la gestión y de los favorables ofrecimientos de las divinidades.



Con tales sucesos Huáscar Inca se sintió cada vez más tentado a sostenerse con ayuda de los sacerdotes que con el esfuerzo de sus Generales. Sin embargo, la aristocracia militar cuzqueña continuaba empeñada en reforzar los ejércitos imperiales. Es así como se consigue enviar un casi simbólico refuerzo de dos mil orejones escogidos.

## **HEROISMO CUZQUEÑO**

Los dos mil orejones cuzqueños lograron consolidar una línea de defensa en la margen del Mantaro, bajo el mando del Capitán Maita Yupanqui: "...los orejones, como valerosos, pasaron adelante a toparse con Apo Quisquis en la puente de Angoyacu. Y allí tuvieron con él un encuentro sangriento, y hicieron detener el ejército sin poder pasar el río, que es caudaloso, más de un mes, estando el ejército de Atao Huallpa de una parte y los orejones de la otra. Y estando de esta suerte, como no les fuese socorro ninguno enviado por Huáscar Inca ni otro de sus capitanes, al fin Apo Quisquis los cargó un día con tanto desnudo que los desbarató". Fue así como en grueso número los quiteños cruzaron el torrente, aniquilando, en medio de una lucha de indescriptible fiereza, los varios puestos huascaristas allí instalados.

El comando cuzqueño se retiró a la gran plaza fuerte de Vilcashuaman, a fin de reorganizar sus huestes. Existen fundadas sospechas para creer que Huáscar Inca continuaba prestando más importancia a dioses que a capitanes. Mantúvose así la estructura imperial del ejército cuzqueño; o sea con predominio de naciones conquistadas: collas, chiles, puquinas y antis. Los refuerzos propiamente cuzqueños nunca resultaron suficientes.

El altivo Huáscar Inca descargaba, eso sí, toda su ira en los generales que conducían las operaciones militares. Hasta llegó al extremo de dudar de la lealtad de Huanta Auqui, su hermano; quien era el comandante general del Ejército Imperial del Sur, el que siempre se batió con singular desnudo.

Mientras tanto, los cristianos continuaban ganando alianzas en el litoral norte. Francisco Pizarro se revelaba como un extraordinario político frente a la delicada situación que iba afrontando a cada paso. No pudo ser más hábil su táctica para acentuar la división del Tahuantinsuyo. A poco creó la ciudad de San Miguel, el 15 de julio de 1532.

## **DEL CHIRA AL PIURA**

Afianzada su retaguardia en el Valle de La Chira con la amistad incondicional de los Tallanas, Francisco Pizarro avanzó rumbo al sur para alcanzar otro importante río, el Piura. Es alentado en esta marcha por los señoríos locales, a punto tal que uno de los Curacas llegó a cederle 1,200 de sus hombres para que lo ayudase en el camino en cuanto fuese menester.

Fundada ya San Miguel y con ella la primera ciudad cristiana en el Tahuantinsuyo, camina "publicando entre los naturales que iba a favorecer y ayudar a Huáscar Inca, el señor natural de estos reinos". Gran entusiasmo

reina entre las comarcas por las cuales recorre Francisco Pizarro al confirmar de manera tan cierta la adhesión hacia el Cuzco. Mientras tanto, en el extremo sur del Imperio, los Hanan Cuzcos hacen aun desesperados esfuerzos por reunir un último ejército que pueda batir a los experimentados Generales de Atao Huallpa. No se rebelan ya únicamente los Curacazgos costeros. Otra importante confederación dará pronto su apoyo a los cristianos: los Cañaris.

Antes de partir recibe Francisco Pizarro a los embajadores de esa provincia; importantísima por ser sumamente belicosa. Los Cañaris –desde su capital Tumipampa- ofrecen dar toda clase de socorro a los españoles. Odian a Atao Huallpa. Cuentan que tras la guerra que les hizo ha dejado apenas unos doce mil pobladores de los cincuenta mil que eran; y que hasta sembró corazones para escarmiento de los rebeldes. Hablan, asimismo, de campañas a sangre y fuego que exterminaron aldeas íntegras.

Francisco Pizarro –astuto como siempre- los recibió con gran cortesanía, ofreciéndoles justicia. Desde entonces serán los cañaris los más eficaces colaboradores de los castellanos. Destacaron siempre por su bravura ante las huestes incaicas. Primero frente a las quiteñas; y, más tarde, cuando la insurrección de Manco Inca, contra los ejércitos cuzqueños. En aquel período de penetración a lo largo de la costa norte del Tahuantinsuyo sirvieron como enlaces, abastecedores y, de seguro, engrosaron en parte las fuerzas armadas auxiliares de los cristianos. A ellos correspondió, esencialmente, la destrucción del ejército de Rumi Ñahui cuando marchó sobre Quito, al año siguiente, el capitán Sebastián de Belalcázar.

## **LA MATANZA DE LOS CURACAS**

No todos los Curacas de los Tallanas eran enemigos de Atao Huallpa. En la Chira contaba con un pequeño número de partidarios. Es así como un grupo de españoles que Francisco Pizarro ha dejado en su retaguardia es atacado en la ciudad. Los cristianos se refugian precipitadamente en un templo, seguidos de sus auxiliares indígenas. Se inicia así un pequeño cerco localizado en aquel lugar. No se extiende por cuanto la odiosidad hacia los quiteños es general en el valle.

Avisado el gobernador, regresa a La Chira y rompe el cerco. No obstante la fácil victoria, la sublevación requiere de una sanción ejemplar. Son quemados vivos los trece Curacas que han dirigido el movimiento, especialmente los señores de Amotape y La Chira; salvó el principal de todos ellos que no actuó allí. El acontecimiento debió llevar a los castellanos a una política aun más dúctil frente a los huascaristas, quienes debieron alegrarse profundamente al ver que perecían en medio de las llamas sus encarnizados enemigos.

El drástico castigo a los orgullosos Curacas de Atao Huallpa consolidó asimismo la fama divina que rodeaba a los cristianos.

## **CAXAS : INGENUIDAD DE UN COMBATE**

Avanzando por la vera del río llegaron a Pavor: aquí también los sobrevivientes de las guerras civiles incaicas se pronuncian contra la dominación quiteña; y muchos Curacas rechazan toda posibilidad de reconciliación con el Cuzco, por cuanto aspiran a recobrar su autonomía local. De todas maneras, los Curacas de Pavor ofrecen socorrer con cuanto sea menester a la guarnición española de San Miguel de Piura, siempre y cuando se combata contra Atao Huallpa.

Fueron allí recibidos, pues, como liberadores y no como conquistadores. Con tan óptima base de retaguardia, Francisco Pizarro decidió enviar al Capitán Hernando de Soto a una ciudad de la cual mucho se le hablaba: Caxas. Era un punto ocupado militarmente por un destacamento atahualpista.

Mientras Soto avanza de prisa sobre Cajas, Pizarro, lentamente, parte de Pavor, siguiendo a su lugarteniente, para detenerse luego en Sarán, donde acuerda esperar noticias de su vanguardia. Mientras tanto Soto con sus sesenta jinetes ha llegado a Caxas. Allí la breve guarnición adicta a Atao Huallpa intentó resistir a los castellanos; no sin antes juzgarlos como "locos" por atacar en tan poco número.

Ingenuamente los soldados de Atao Huallpa ni siquiera se arman de modo debido. Llevan sogas más que armas, como lo cuenta Cieza, con el objeto de atar a las "grandes llamas" que traían los cristianos. Como era de esperarse, la carga de la caballería cubierta de acero, protegida por el fuego, fulmina como un rayo a esas filas de infantería ligera en formación simple. Queda el campo cubierto de cadáveres despedazados; y apenas si un español resulta herido.

## **CASTIGOS Y PREMIOS EN CAXAS**

La ciudad es ocupada por los españoles y sus indios auxiliares. El Curaca principal sale entonces a recibir en triunfo a Hernando de Soto. El pueblo aclama a los vencedores, pues es muy enemigo de Atao Huallpa: "todos estos pueblos estaban por el Cuzco y le tenían por señor y le daban tributo" dice un viejo soldado castellano.

Son, otra vez, los Viracochas liberadores. Razones poderosas movían a los de Caxas a ser adictos al Cuzco. Atao Huallpa "de diez o doce mil indios que tenían, no le había dejado más de tres mil". La guerra civil ha sido cruenta en esa comarca; y los vencidos pagaron cara su derrota.

El Curaca principal de Caxas tenía ya noticias de las versiones propaladas por Francisco Pizarro; y creía por tanto que los españoles combatían por Huáscar Inca. Fue así como, siguiendo reglas usuales en el Tahuantinsuyo, abrió el Ajllahuasi. Sacó de allí a doscientas mujeres, cinco de ellas escogidas entre las principales, y se las dio como tributo a Hernando de Soto. Era una prueba de agradecimiento al aliado y de respeto al vencedor. Al fin y al cabo eran enviados por los dioses para socorrer al legítimo heredero del trono incaico.

Fue entonces cuando intervino un Capitán de Atao Huallpa, quien llegó con su escolta de los cerros de los alrededores de la ciudad. Era el famoso

Maica Huillca, a quien, en premio por sus muchas proezas, Atao Huallpa le había donado gran parte del Valle de La Chira. Al verlo enmudeció el Curaca Principal de Caxas y ni siquiera osó estar sentado ante él. En forma arrogante Maica Huillca dijo a todos los presentes: “Cómo osáis vosotros hacer esto estando Atao Huallpa veinte leguas de aquí. Porque no ha de quedar hombre vivo de vosotros”.

Los españoles evitaron un incidente. Numerosos cadáveres colgados que había en los alrededores de Caxas -y que todos habían visto-, indicaban a las claras, que la justicia incaica era inflexible para con quienes se atrevían a violar los derechos imperiales. Por lo demás, se había aconsejado moderación.

Felizmente para Hernando de Soto, el capitán venía como embajador. Traía un presente de su Rey: patos desollados “que significaba que así había de desollar a los cristianos” y de dos fortalezas de barro o piedra “diciendo que otras había adelante como aquellas”.

Consultado el caso a Francisco Pizarro por correo urgente de a caballo, llegó orden de actuar con el mayor tino; y además de llevar al cuartel general español al Embajador; tal como éste lo solicitaba. Bajan, pues, todos a Sarán.

## **ENTREVISTA DE SARAN**

Maica Huillca joven y belicoso capitán era temido en todo el norte del Tahuantinsuyo por sus muchas hazañas y una extremada fuerza física. Notable representante de la aristocracia guerrera creada por los Incas, “presumía de gran corredor, ejercicio de indios nobles y esforzados”. Ya hemos visto cómo el señor de Caxas se turbó con su sola presencia; y también el modo altivo como habló a Hernando de Soto.

Pues bien, siguiendo el mandato del Inca; y ya de acuerdo con los españoles bajó con ellos hasta Sarán, a fin de entrevistarse con el jefe de la expedición y hacerle entrega de presentes que contenían toda la fiereza de una raza acostumbrada a lucha permanente. Pecaba sin embargo, por jactancioso. Sobreestimó notablemente sus fuerzas; y despreció las del enemigo. En buena medida, a su opinión sobre el ejército español se atribuye el licenciamiento de parte de las tropas incaicas y la rápida caída de Atao Huallpa en Cajamarca.

Introducido ante Francisco Pizarro, hace entrega de los patos desollados, “y preguntándole qué era aquello, respondió y dijo: dice Atao Huallpa que de esta manera os ha de poner los cueros a todos vosotros si no le volvéis cuanto habéis tomado en la tierra”. No lo amedrentó el número de los allí reunidos, entre los cuales estaban varios soldados que más tarde escribieron crónicas, como Diego Trujillo, Pedro Pizarro, Francisco de Jerez y Miguel de Estete.

Tras entregar otros presentes, como los vasos fortalezas y dos pectorales de oro y plata, probó fuerzas de español en español. Pidió que sacasen las espadas, por las cuales, intuitivamente, sentía mucha curiosidad. A uno de los conquistadores llegó a arrebatarse la espada de su vaina, cogiéndolo fuertemente de la barba, trabándose un pugilato. El incidente acabó con rapidez a la indicación de Francisco Pizarro para que

no se le haga nada. Pizarro, con acertado criterio, no quería demostrar la capacidad de sus hombres ni la de sus armas.

Pasado esto, Maica Huillca les preguntó quiénes eran, de dónde venían y qué querían. Luego contó caballos y armas, mostrando en todo gran desenvoltura. Permaneció entre los españoles tres días, con boato de gran señor.

Durante la conferencia, Francisco Pizarro mintió abiertamente al Embajador de Atao Huallpa. Refiriéndose al Inca, le dijo que tenía “intención de servirle en sus guerras cuando de buena gana quisiese aceptar su servicio y amistad”; que “iba caminando a besarle las manos”. Esta aparente sumisión española al rey quiteño ensoberbeció aún más a Maica Huillca.

Pizarro, finalmente, para probar el valor del indio emisario, hizo disparar un tiro de artillería:

“Mas él no mudó jamás su semblante,  
antes mostrando el rostro constante  
el indio jamás se turbó”.

Así lo leemos en la famosa crónica Rimada anónima escrita por un soldado poeta, actor de aquellos hechos.

Satisfecha su curiosidad emprendió Maica Huillca su regreso, portando algunos curiosos regalos: vidrios, cuentas, un bonete y cascabeles.

### **LA VERSION DE MAICA HUILLCA**

El informe que Maica Huillca rindió luego a Atao Huallpa no pudo ser más negativo sobre la calidad hispánica: “eran unos hombres ladrones y haraganes y que venían caballeros en unos carneros”. Luego le solicitó “que hiciese aparejar muchas sogas para atarlos”.

Sostuvo, asimismo, Maica Huillca que los españoles “no se ocupaban todo el día sino en refregar y sacar lustre a ciertas varillas tableadas, semejantes a los instrumentos que usan las mujeres para tejer, pues eran tan pobres que no tenían otros adornos”.

Hasta aconsejó en un festín a Atao Huallpa que no convocase tropas, sino que les diesen “cuatro o cinco mil hombres de guerra que él se los traería a todos maniatados”. “Con esto que éste dijo más se alegraron riendo de gana, afirmando que habrían de servir de yanaconas, que es nombre de criado perpetuo o de cautivo”. Especialmente se burlaba Maica Huillca de la debilidad física de los castellanos que fatigados, no podían subir las empinadas cuestas de los cerros sino montados o cogidos a las colas de sus “grandes perros”, o “carneros”.

Cometió entonces Atao Huallpa el gravísimo error de creer a pie juntillas estas versiones de su fogoso embajador: “con esto Atao Huallpa se aseguró y nos los tuvo en nada, porque si los tuviera en algo enviara gente a la subida de la sierra que es una cuesta de más de tres leguas muy agra, donde hay muchos malos pasos”. Tal afirma Pedro Pizarro, recalcando que allí habrían podido matar a todos los españoles; así como sus fuerzas auxiliares.

Por el contrario, sabemos que escuchando consejos de los favoritos presuntuosos, Atao Huallpa ordenó “que los dejasen entrar (en las sierras)

porque después no se le podrían huir y los aprehendería a todos y sabría qué gente era”. Además, toda su atención estaba puesta en la campaña decisiva que había dispuesto contra el Cuzco.

## **LA REBELION CHIMU**

Asegurados los señoríos Tallanes, Francisco Pizarro ordenó avanzar de Sarán hacia el sur, rumbo a las comarcas de los chimúes; a quienes se sabía también opuestos a la hegemonía imperial incaica. Se trataba de un antiguo reino muy poderoso, que había sido conquistado medio siglo atrás después de largo batallar de los Incas. La mayor parte de la gente estaba al lado de Huáscar, aunque no faltaron unos pocos Curacas aliados de Atao Huallpa, quienes abandonaron sus pueblos para retirarse a las sierras.

Francisco Pizarro avanza ya con fastuoso cortejo indígena. El más importante de sus compañeros es el gran régulo de los Tallanes, Huacha Puru; enemigo encarnizado del Inca usurpador. No menor prestancia ostenta el rico Curaca Xancol Chumbi de Reque, quien fue a visitarlo a Piura para darle su apoyo contra Atao Huallpa, y quien, a poco, perecerá asesinado por indios enemigos. En el camino se recibe la adhesión de numerosos Caciques quienes salen al encuentro de los castellanos. Otro aliado de relieve es el Curaca del opulento dominio de Lambayeque, Chestan Xecfuin. Caxu Soli, el principal señor de Jayanca se alista, igualmente, al lado de quienes luchan contra Atao Huallpa. Todos ellos marchan en hamacas, con gran boato, en medio de la caballería española. Es ya un extraño cortejo en el cual se mezclan los jinetes hispánicos a los negros africanos, los cientos de auxiliares nicaraguas y los miles de nuevos amigos de las tierras Tallanas y Chimúes. Todos ellos jugaran un papel decisivo en la primera fase de la conquista del Perú.

Pero el sostén más importante en esta región lo otorgará el Chimo Capac; fervoroso partidario de Huáscar Inca y Señor de Moche, Virú, Chicaza, Jequetepeque y Collique. No cabe duda que en este apoyo hubo intervención cuzqueña, derivada probablemente del viaje realizado semanas atrás por los emisarios del Cuzco ante Francisco Pizarro. “Por este motivo lejos de resistir la entrada de los españoles sirvió a estos últimos con ánimo de que destruyesen a Atao Huallpa, el cual venía devastando el territorio confinante con sus dominios”.

Francisco Pizarro, por su lado, no ocultaba su inclinación hacia el monarca legítimo. Su paje y primo Pedro Pizarro cuenta que marchaba “publicando entre los naturales que iba a favorecer y ayudar a Huáscar Inca, el señor natural de este reino, que iba ya de caída”. Por ello se los reciben los pueblos entre fiestas y se hospedan en las mejores residencias.

En Collique encuentran cuatro nobles enviados por Atao Huallpa. Su misión no es otra que la de espiar. Pizarro lo permite, infundiéndole una falsa confianza en esos indios quiteños. Se finge debilidad y blandura. Estos contarán luego a su rey Atao Huallpa lo que han visto; y enredan nuevamente su mente concentrada más en la liquidación de la dura guerra contra el Cuzco que ya le iba costando decenas de miles de hombres. Sobre los españoles “andaba jugando su fantasía con los pensamientos que le venían, mas no se concluyó ninguna determinación”.

“Desde que Atao Huallpa supo la entrada en el Perú de los extranjeros - dice Antonio de Herrera; quien sigue la opinión de Cieza de León-, entendió, que no convenía permitir, que tomasen pie en la tierra, y trató de ello diversas veces en su consejo; pero como el número de ellos era poco, y la guerra del Hermano no le daba lugar para tratar de otra cosa, juzgaba, que siempre sería tiempo de desembarcarse de aquella nueva gente; y cuando se vio vencedor, luego trató de la forma que se había de tener en limpiarla de aquellos hombres, y sobre ello hubo, entre sus capitanes, diferentes pareceres: porque unos querían, que fuese un capitán a ello con Exercito; otros decían, que aunque los extranjeros no eran muchos, eran valientes, y que la ferocidad de sus rostros, y personas, la terribilidad de sus armas, la ligereza y bravura de aquellos sus caballos, pedían mayor fuerza. Otros más valientes, estimando un poco estas razones, aconsejaban que no había para qué hacer tanto caso de aquellos hombres, pues que fácilmente podrían ser tomados para servir de ellos, como esclavos Yanaconas; pero el Inca, que tenía muy en la memoria las relaciones que le habían siempre hecho de la valentía de los castellanos, en su manera de pelear, de sus armas, de sus costumbres, y de sus intentos aunque la guerra del hermano (como se ha dicho) le traía ocupado, nunca dejó de pedir información de sus pasos y proceder estimando, en lo que era justo, su valor. Y así redujo los pareceres de todos a punto, si convenía irlos a buscar, o ya que se entendía que ellos iban en su demanda, aguardarlos. Y considerando la dificultad que había de llevar lejos tan gran ejército, le pareció que era mejor entretenerse allí, porque tampoco le estaba bien apartarse mucho de las cosas del Cuzco. Y con esta resolución se detuvo, juzgando que más a su salvo podría hacer lo que pretendía de ellos mientras más adentro los tuviese en la tierra, que en la (zona) marina, pues que en sus navíos se podrían allí salvar.

## **LA SUBIDA A LOS ANDES**

Llegada la hora de la decisión principal, Francisco Pizarro revestía a sus huestes y a los indios auxiliares. Encarga la retaguardia al capitán Salcedo, de amplia experiencia, y luego, con lo más ligero, toma la delantera. Mientras tanto, Huáscar Inca retrocedía vencido ante Challcu Chima, el jefe del ejército de Atao Huallpa. Fue entonces recién que el quiteño, “con más descansado ánimo oyó las quejas sobre los castellanos”. Ya casi liquidado el problema que creía principal, la guerra por el trono del Cuzco, se dedicó a contemplar con detenimiento lo que hasta entonces juzgaba un hecho sin mayor importancia; una extraña incursión en la costa.

Entre los españoles no todo era tranquilidad. “Algunos de los cristianos como comenzaron a subir la sierra murmuraban de Pizarro, porque con tan poca gente se iba a meter en las manos de los enemigos, que mejor hubiera sido aguardar en los llanos que no andar en las sierras”.

Pero el jefe español sabía que si bien era cierto que en los valles de la costa podía actuar mejor la caballería y que la gente era enemiga de Atao Huallpa, en los Andes no faltaban tampoco condiciones favorables para los conquistadores. Nuevas enemistades se descubren pronto entre los

aristócratas comarcanos. Un cacique cuenta a Francisco Pizarro que Atao Huallpa ha matado cuatro mil de sus vasallos y que se llevó seiscientas mujeres, además de otros tantos muchachos que se repartieron entre sus capitanes.

Al otro lado de la cordillera Atao Huallpa seguía confundido. Cree en la versión optimista de Maica Huillca, pero también escucha otras opiniones, las costeñas: “venían caballeros en unas ovejas grandísimas que en su corrida y velocidad parecían guanacos, que traían unas pucunas o cerbatanas con que soplaban fuego, con más espantable ruido que el Inti Illapa, y que traían unas macanas o cuchillos tan largos como casi una braza, con que cortaban un hombre por medio”. Pero su orgullo se niega a reconocerles carácter divino. Era el Inca usurpador poco afecto a la religión; y además dicha tesis coincidía con la esgrimida por los partidarios de Huáscar Inca. Por lo demás, despreciaba a las tribus de la costa por ser sus enemigos mortales y por estimarlas flojas para la guerra. Tal vez supuso que las versiones costeñas agigantaban los poderes de las armas europeas.

## **NUEVAS EMBAJADAS**

Estando en una fortaleza de lo alto de los Andes, Francisco Pizarro despacha hacia Cajamarca a su importante aliado Guacha Puru, Gran Curaca de los Tallanes. Este, en el camino, con uno de los hombres de su cortejo, hace avisar al ejército español que no hay tropas indias en los alrededores y sigue hacia el valle.

Francisco Pizarro recibe a poco algunos enviados de Atao Huallpa y luego, nuevamente, a Maica Huillca, quien llega en fastuosa compañía, con vajilla de oro y muchos presentes, “hablando desenvueltamente, ensalzando el gran estado del Inca y el poder de su ejército”. Informa allí que Atao Huallpa, vencedor ya de los ejércitos de Huáscar Inca ha retrocedido de Huamachuco hacia Cajamarca, a fin de solucionar el problema surgido con la presencia de los cristianos. No niega que Atao Huallpa cuenta con muy poca gente de guerra, a causa de que los ejércitos se hallan en el sur ocupando ciudades cuzqueñistas y aniquilando los últimos restos de la resistencia huascarista; pero se muestra confiado en extremo.

Francisco Pizarro, actuando con la doblez que lo caracterizó durante toda la conquista del Perú, ofrece aviesamente a Maica Huallpa sus fuerzas militares para servir a Atao Huallpa. Es decir se ofrece como vasallo del Inca; “como amigo leal”. Se pone “a sus pies”.

Se sabe bien que Atao Huallpa quiso al principio interceptar en los Andes a las fuerzas castellanas y a sus aliados indígenas. Pero no lo hizo. Quizás en parte por curiosidad de ver a tan extraños seres de los cuales se contaban tantas cosas. Pero esencialmente por cuanto Maica Huillca le dijo que le tenían mucho miedo y que se los entregaría atados a todos. Informó igualmente que “los cristianos son pocos y los caballos no traen armas, que luego los matarán con sus lanzas”.



El optimismo más increíble reinaba en la corte Imperial; tal vez derivado de las derrotas de Huáscar Inca. A las muchas referencias del poderío de las armas occidentales, no se les daba mayor crédito. Se estimaba que bastaban para apresarlos unos cuantos cientos de hombres escogidos. A esos orejones no los atemorizaba ni la pólvora: “los tiros de fuego no llevaban más de dos”, decían presuntuosamente los capitanes de Atao Huallpa; muy seguros de su valor.

Parece increíble, pero lo que mas preocupaba al comando de Atao Huallpa era la posibilidad de fuga de los españoles. Tal vez temían que se uniesen a Huáscar Inca, como algunas veces lo había pregonado Francisco Pizarro. Esto de seguro contribuyó a que Atao huallpa decretara “que los dejaran entrar, porque después no se les podrían huir y los aprehendería a todos y sabría qué gente era”.

Por esos días chasquis le llevaron mensajes de que sus fuerzas estaban ya sobre el río Apurímac. Parecía inminente la caída del Cuzco; pero sabía que Huáscar Inca aún conservaba considerables contingentes armados, los cuales, bien utilizados, podrían cambiar la suerte de la guerra. La atención de Atao Huallpa estaba fija en las noticias que le venían de las lejanas comarcas del sur. Iba pendiente de cada uno de los movimientos de sus generales.

## **EL INCIDENTE ENTRE MAICA HUILLCA Y HUACHU PURU**

Reiniciada la marcha sobre Cajamarca, acompañados de Maica Huillca, avanzaron a lo largo de la cordillera. Unas jornadas adelante retornó el embajador tallán de Francisco Pizarro, Huachu Puru. Venía indignado, pues no había sido recibido por el Inca; y ni siquiera por gente de la corte Imperial.

Refirió que había explicado a algunos de los partidarios de Atao Huallpa el increíble poder mortífero de las armas españolas; sin que se le hiciese mayor caso. Nadie prestó crédito a tales versiones en el campamento del Inca usurpador. En realidad, cuanto contribuía a la eventual divinización de los invasores coincidía con la tesis huascarista. Y era, por tanto, rechazado de inmediato en la corte quiteña. Sobre todo por cuanto arrojados capitanes de la escolta incaica no hacían sino burlarse de los españoles.

Cuando, más tarde, Huachu Puru vio a Maica Huillca no vaciló en agredirlo vengando en un golpe la reciente derrota de su pueblo ante Atao Huallpa. Un recio pugilato siguió entre los dos grandes señores indios, el tallán y el quiteño; y solo fueron separados por intervención de los soldados españoles. Dijo el tallán –como explicación– que Atao Huallpa lo había querido matar en Cajamarca y luego acusó de espía al emisario quiteño.

Francisco Pizarro sonrió para sus adentros. No podía ser mejor su suerte. El destino lo favorecía sembrando cada vez más cizaña entre la raza a conquistar. Sabía que el incidente que veía desarrollarse ante sus ojos no era sino el símbolo de las feroces campañas que libraban en el sur. Mientras avanzaban los españoles hacia Cajamarca, corrían rumores de que en algún lugar del sur del Imperio se habría de jugar, una vez más, y quizás definitivamente, la historia de la raza de los Incas. El Cuzco se

aprestaba para librar la última campaña contra los usurpadores quiteños y sus aliados indios del norte.

Poco después Maica Huillca se despidió de Francisco Pizarro a fin de dirigirse a Cajamarca.

### **BATALLA DE TAHUARAY**

Así, pues, mientras Francisco Pizarro descendía desde las cumbres de los Andes sobre Cajamarca, muy lejos hacia el sur, a orillas del río Apurímac, se estaba decidiendo en los campos de batalla el nombre del sucesor de la corona incaica.

Los refuerzos llevados personalmente por Huáscar Inca al encuentro de los triunfantes quiteños otorgaron una clara victoria al Cuzco. En Tahuaray vencieron a las fuerzas del usurpador. “Murieron más de diez mil hombres de la parte de Atao Huallpa: y entre muchos varones señalados que allí murieron fue uno Tumac Rima, capitán valeroso de los de Quito”. El capitán general cuzqueño, el temido Rampa Yupanqui, “mandó cortar las cabezas de los capitanes muertos y de otros particulares y las envió de presente a Huáscar Inca, de que recibió sumo contentamiento”. El rey cuzqueño convocó a la vieja nobleza para decir que los dioses estaban de su parte.

Una suerte aún mejor esperaba a las huestes cuzqueñas que habían recobrado vigor con los refuerzos recibidos. Huáscar Inca, al fin, reaccionando con brío, pasó a conducir personalmente las operaciones. Ganada la batalla de Tahuaray creyó conveniente contraatacar a sus enemigos, a fin de evitar una gran maniobra envolvente en torno al Cuzco. Se puso rumbo a Cotabambas.

### **BATALLA DE COTABAMBAS**

A poco del desastre de Taruay, los generales de Atao Huallpa también reorganizaron sus fuerzas y prosiguieron el avance.

Lo mismo había hecho el comando cuzqueño, enfrentándose así, otra vez, los dos ejércitos en las alturas de Cotabambas.

“Conociéndose los de Quito por inferiores comenzaron a procurar su retirada, sin más daño que el recibido, que no pareció ser poco”. Fue entonces que ordenó una hábil maniobra el comando del Cuzco. Cuando las desordenadas mesnadas quiteñas huían por unos secos pajonales, se dio la orden de prender fuego. Había buen aire:

“Fueron muchos los que se quemaron y pocos los que escaparon, porque los que escapaban de las llamas venían a dar en las armas. Gustando de esta sangrienta caza dejaron los del Huáscar Inca pasar lo que les quedaba del día”.

Al parecer la victoria había sido total. Sin embargo, no se reparó en que algunos de los mejores contingentes quiteños se habían posesionado de varios cerros de la vecindad. La suerte del trono aún no estaba decidida. Se avecinaba recién la batalla definitiva.

## CATASTROFE DE HUASCAR INCA

Los dos triunfos alcanzados por los cuzqueños sobre los ejércitos usurpadores del norte concedieron una aparente tregua a Huáscar Inca. Pero éste se durmió en sus laureles. En vez de acometer a los quiteños, a fin de exterminarlos de modo definitivo, cayó en el error de quedarse a la defensiva. Al no perseguirlos, permitió la reorganización de los fugitivos.

Fue así como, cuando los cuzqueños celebraban entusiastamente sus victorias, les cayó sorpresivamente el ejército unido de Apo Quizquiz y Chalco Chima, deseoso de vengar las derrotas. La violencia de aquel encuentro fue tal, que preferimos ceder el paso a un cronista que con indudable aliento épico narra el trágico fin de la hegemonía cuzqueña.

“Al amanecer del día siguiente mostraron a los ojos de los descuidados Cuzcos un espantoso espectáculo, de que ellos estaban bien descuidados: que fue un escuadrón tan entero y bien formado, como si el día pasado fuera el vencedor: turbados y sin aliento, ni color acudieron a tomar las armas, los que ya entendían no ser menester: y el Ynga, (con prisa más que atropellada) se mandó armar de unas bruñidas láminas de oro: y juntando sus gentes comenzó a responder el enemigo, con la misma reseña que él había hecho: y mostróse de lejos una cantidad casi infinita de guerreros: y como salió el Sol y tocó en las armas de Guascar Inca, dieron de sí tal resplandor que pudo herir en los ojos de Quizquiz, y como era mañoso y pronto en lo que convenía dijo a sus soldados de esta manera: atended con cuidado soldados animosos, en aquella luz que con la del sol reberbera, y a ella apuntad con vuestras armas, porque aquella oscurecida la victoria nuestra es clara: no gastéis el día en otra cosa que en buscar el cuello de aquella cabeza”.

Agrega nuestro cronista que “dicho aquesto, hicieron la señal de arremeter, y lo mismo hizo Huáscar y sus capitanes en su ejército, que aunque en cantidad excedía a el de Quiz Quiz, la prisa y sobresalto con que armó y ordenó, le hizo venir con menos orden de la que conviniera; mas confiados en su muchedumbre, vinieron de prisa contra el enemigo: y comenzose la sangrienta batalla en unas laderas llamadas Chontacaxas: donde no se podrá encarecer el encendido coraje con que los unos a los otros se mataban, ya los vivos morían contentos con morir matando, y nadie se acordaba de la defensa suya con la memoria, y ansia de ofender a el contrario: los montes y valles resonaban voces, las lomas y laderas destilaban sangre, las nubes estaban ya gruesas, con el polvo y aliento de los combatientes: todo nadaba en armas, todo ardía en ira, ya no había orden en el matar, ni hacían caudal de solo el herir, y con tales estragos, se sostuvieron hasta la hora de vísperas, que la mucha porfía de los de Quiz Quiz, bastó para echar las manos en las andas de Guascar y lo derribaron en tierra donde (a costa de muchas vidas) fue preso: y luego comenzó a aflojar el combate, y se declaró la victoria por los de Quito”.

Los vencedores de Huáscar Inca ignoraban la suerte que habría de correr Atao Huallpa ese mismo día. Por ironía de la historia, esta sangrienta batalla se libró casi al mismo tiempo en que Atao Huallpa era capturado por los Viracochas en Cajamarca. Volvamos a este lugar cerca del cual hemos dejado a Francisco Pizarro; y contemplemos allí las incidencias de la captura del usurpador.

## **LLEGADA A CAJAMARCA**

El jueves 15 de noviembre de 1532, en la tarde, llegaron los españoles a las alturas que rodean el valle de Cajamarca. A lo lejos se divisaban las innumerables tiendas de las fuerzas de Atao Huallpa, al lado de los baños Termales del Cunoc y al pie de los cerros contemplaron una ciudad llena de templos y de palacios.

Podría tener unos dos mil vecinos. Destacaba su rara plaza triangular y una fortalecilla. Nutrido Ajllahuasi adornaba la gran urbe. Cuatrocientos o quinientos hombres, parte de ellos eunucos, custodiaban las puertas del serrallo. Al acercarse la caballería cunde la curiosidad. Los pastores de los alrededores los rodean asombrados. Se vieron todos cercados de “gente popular y (hasta) algunos de la gente de guerra de Atao Huallpa, que se desmandaban por venir a vernos”, cuenta uno de los conquistadores.

Dentro de la ciudad “no hallaron gente de lustre ninguna sino fueron algunas mujeres”. Había sí, multitud de plebeyos, atraídos por el insólito espectáculo; y éstos “llamábanlos locos por su atrevimiento”. Mientras tanto, “los indios e indias del servicio -que conocían la furia del Inca -, lloraban diciendo que presto los había de matar los que estaban con Atao Huallpa”. Caía fuerte granizada y nadie tenía una idea determinada. La situación era poco menos que desesperada. Pero el viejo jefe se mostraba sereno y maduraba un plan.

## **LA ENTREVISTA DE LOS BAÑOS DE CUNOC**

Francisco Pizarro pensó atacar a Atao Huallpa en los Baños de Cunoc, donde se hallaba aposentado el cortejo imperial. Para estudiar ese proyecto y para invitar al Inca a que concurriese a la plaza al día siguiente, se envió una avanzada de veinte jinetes al mando de Hernando de Soto. Con él van doscientos indios nobles a fin de reforzar la posición de las mesnadas castellanas ante el gran monarca quiteño.

Atao Huallpa, cuando supo el arribo de Soto, no se dignó hablar con él. Finalmente lo habría de recibir, tras larga espera del español, mas no le dirigió palabra; mostrándole por el contrario, irritante menosprecio. Cumpliendo con el plan trazado de antemano, el capitán le expresó que no traía otro encargo que el de besarle las manos e invitarlo a comer en nombre de Francisco Pizarro.

Rodeado de mujeres y eunucos, así como de altos cortesanos, Atao Huallpa continuó mostrando mucha gravedad pese a la fingida humildad de Soto. A la invitación a comer respondió secamente y sólo por intermedio de uno de los nobles incas allí presentes. Mucho era su linaje para hablar directamente con tan poca cosa.

Mientras estos hechos se desarrollaban en Los Baños, Hernando Pizarro ha empezado a inquietarse en Cajamarca por la suerte que podría haber sufrido la escuadra de caballería ida con tan difícil comisión ante Atao Huallpa. Haciendo uso del dominio que siempre tuvo sobre su hermano

mayor, pero bastardo, consiguió entonces que se mandara un nuevo grupo bajo su mando con rumbo a Los Baños.

Al llegar Hernando Pizarro, cambia la actitud de Atao Huallpa; dado que se le avisa que es hermano del jefe de los sungasapas o barbudos. Lo recibió en su recámara mostrando notable majestad. Levantando algo el manto que lo cubría desde la cabeza le manifestó que su capitán Maica Huillca ha contado que los españoles son flojos en cosas de guerra; y que, además, ha matado a tres de ellos en la costa.

Hernando Pizarro se burló de las afirmaciones de Maica Huillca. En respuesta, como para demostrar su poderío, le ofreció sus soldados para cualquier empresa guerrera, con lo cual violaba la línea de acción recomendada por su hermano Francisco. Impetuoso, Hernando no se contiene en demostrar su bravura y decisión. Pero lo hizo con tal exceso que no fue creído por Atao Huallpa.

En efecto Atao Huallpa, aparentando aceptar la oferta militar de Hernando de Pizarro, le expresó que a cuatro jornadas de Cajamarca había unos “indios muy recios, que no se le quieren rendir y que vayan a dominarlos”.

Hernando Pizarro, jactanciosamente, le respondió que no tenían por qué ir todos los españoles. Que bastará apenas con diez y que las tropas incaicas “no serán menester sino para buscar a los que se escondiesen”.

Atao Huallpa, entonces, (y lo cuenta el propio Hernando Pizarro en su relación, como extraordinario testimonio), “sonríese como hombre que no nos tenía en tanto”. No podía, en efecto, dentro de su mentalidad primitiva, comprender que pudiera ser cierta semejante bravuconada. Otros testigos dicen que hasta “se rió” de la frase de Hernando Pizarro; ignorando el poderío del acero y de la pólvora.

Rota la tensión, hermosas mujeres -algunas de las cinco mil favoritas que el Inca tenía en su serrallo- trajeron chicha en vasos de oro. Los visitantes, Hernando Pizarro y Hernando de Soto, brindaron mal de su grado, temiendo algún brebaje. Finalmente, el rey dio permiso a los castellanos para que con sus hombres se aposentasen en los barrios marginales de Cajamarca. Luego cambió otra vez su tono y dijo amenazante que al día siguiente averiguaría en Cajamarca sobre ciertos saqueos de prendas de su padre Huaina Capac, que los cristianos habían efectuado junto al mar.

Antes de partir, Hernando de Soto se propone impresionar a la corte Imperial. Llevando a grupas a Felipillo, caracolea en su brioso corcel. Luego, tras separarse un trecho, arremete contra el Inca, deteniéndose tan cerca del trono que la espuma del caballo salpicó las reales insignias de Atao Huallpa. Este, sin embargo, ni siquiera levantó la vista: “ni en el rostro se le notó novedad, antes estuvo con tanta serenidad y buen semblante como si su vida toda hubiera gastado en domar potros”.

Unos cuarenta de sus cortesanos, no obstante, retrocedieron temerosos al cargar la bestia. Atao Huallpa ordenó de inmediato que los decapitaran, con sus mujeres e hijos: “¿De que habían miedo: que huían de una oveja?”. “No quiero medroso el vasallo” gritó aquel monarca, representante auténtico de una aristocracia guerrera. Al día siguiente los españoles encontrarían en Cunoc las cabezas cercenadas de aquellos funcionarios imperiales.

## LOS PLANES DEL INCA

Atao Huallpa quedó sumamente satisfecho del resultado de la entrevista de Los Baños, a causa de la aparente sumisión de los jefes españoles; quienes se habían ofrecido como servidores. Se fortaleció su convicción en la debilidad de los ciento noventa aventureros; y ya sabemos que menospreciaba a los refinados indios costeños que respaldaban a los castellanos. Impresión semejante le debieron causar los indios nicaraguas a través de las referencias que de ellos tendría. En cuanto a los negros, no los tenía en nada

Fue entonces al finalizar dicha entrevista que vino el error fatal de Atao Huallpa: “Aquella misma noche despachó veinte mil indios con un capitán suyo que se llamaba Rumi Ñahui, con muchas sogas, que tomasen las espaldas a los españoles, y secretamente estuviesen para cuando huyesen diesen en ellos y los atasen, creyendo que al otro día, vista la mucha gente que llevaría, todos se habrían de huir”. Tal cuenta el propio primo de Francisco Pizarro, el soldado cronista Pedro Pizarro, joven actor de aquellos hechos. Rumi Ñahui recibió, pues, una orden concreta: “que guardase las espaldas a los españoles y matasen a todos los que volvieran huyendo”. En tal sentido este general debía rodear Cajamarca con sus tropas, ubicándose en las afueras de la ciudad. Especialmente sobre el camino hacia la costa.

Esas huestes eran realmente temibles. El secretario de Francisco Pizarro, Francisco de Jerez, describe así a los soldados incaicos: “muy diestros y ejercitados en la guerra y son mancebos e grandes de cuerpo que sólo mil de ellos basta para asolar una población de aquella tierra aunque tenga veinte mil hombres”. Poseían, además un ciego optimismo, fruto de sus muchas victorias cuando las campañas de Huaina Capac y más tarde con motivo de la guerra civil contra Huáscar Inca. Nadie creía entre ellos que los españoles pudieran intentar alguna resistencia. Tal cosa no era concebible.

Los jefes militares de Atao Huallpa discutían más bien, alegremente, sobre la muerte que habrían de sufrir los españoles. Algunos pidieron que se les adjudicase un número de ellos como ciervos yanaconas personales: “para servirse de ellos como esclavos”. Varios castellanos serían reservados como eunucos para el serrallo imperial. Por otra parte, decidieron que casi todos los caballos fuesen sacrificados al Sol.

La confianza era tan grande que uno de los adalides de la Guardia del Inca aseguró que “con doscientos indios que le diese se los ataría a todos”. Esos veteranos de cien combates, ufanamente, creían que “los cristianos no eran hombres de guerra”. Aún más, Maica Huillca, vano como siempre, llegó al extremo de sostenerle a Atao Huallpa: “no envíes (que) vengan, porque a mi sólo me han (tienen) miedo”. Se atrevió a rogar al Inca por la vida de tres españoles: “no has de matar a tres de ellos.... El herrador, el barbero que hacía mozos a los hombres y a Hernando Sánchez Morillo, que era gran volteador (domador)”. Reflejaba allí Maica Huillca el asombro de la sociedad indígena ante el Occidente: el hierro, los afeites y la doma de potros.

Con semejante estado de ánimo no es de extrañar que de inmediato partiera Rumi Ñahui –el fogoso plebeyo que había alcanzado el Generalato

con sus hazañas— para lograr un fácil lauro más. Marcharon sus soldados virtualmente desarmados, “con ayllus (boleadoras) que es un arma para prender con cierta arte de nudos y cuerdas, para ponerse por el camino que entraron, para que no escapase ninguno”. Este testimonio de Cieza de León es confirmado por varias otras relaciones de la Conquista del Perú; las cuales inciden, también en la confianza ciega de Atao Huallpa en su señorío y fuerza. Quería capturar vivos a los castellanos.

Por otra parte, sus preocupaciones estaban centradas en lugares muy distantes de Cajamarca. Aquel puñado de aventureros barbudos, y de origen desconocido, poco le importaba en realidad. Sus ansias estaban puestas en la suerte que andarían corriendo sus ejércitos en el sur del Tahuantinsuyo. Sabía Atao Huallpa que en esas horas estaba jugándose en algún lugar próximo al Cuzco la suerte del trono incaico. La ofensiva lanzada por sus generales contra los huestes de Huáscar Inca debía estar llegando a su fin. Aguardaba los chasquis que le trajeran noticias de un triunfo definitivo o de una aplastante derrota.

## LA NOCHE

Mientras los capitanes de Atao Huallpa discutían apasionadamente sobre la forma en la cual se habrían de repartir a los españoles una vez que se les capturase, Hernando Pizarro y Hernando de Soto regresaron a Cajamarca.

En primer término confirmaron a Francisco Pizarro la dificultad que revestía un ataque a los Baños de Cunoc; a causa de ser sitio muy cercado, con canales y estanques; donde no podía cargar la caballería. Luego hablaron del esplendor de la Corte Imperial y la calidad de las tropas quiteñas y de sus fuerzas aliadas. Por último informaron que el Inca había aceptado la invitación a comer formulada por el Gobernador.

Contra lo indicado por Atao Huallpa, el Gobernador decidió instalarse en la Plaza Principal de Cajamarca -o sea en los aposentos reales-, y aguardar allí el día siguiente; de lo cual Atao Huallpa “se enojó bravamente contra ellos”. Esa noche los castellanos velaron en pie temerosos de un sorpresivo ataque incaico. Aún ignoraban que en el antiguo Perú jamás se combatía de noche; costumbre que, a la postre, habría de ser funesta para las armas incaicas.

Los cristianos pasaron con bastante incomodidad aquellas horas. Todos velaban en armas, con rondas montadas permanentes. Nadie se atrevió a dormir; listos los caballos ensillados y alerta la más de la gente. De toda esta audacia inaudita estaban espantados los indios auxiliares de los españoles. Las mujeres indias lloraban a gritos prediciendo el fin de todos. El temible Atao Huallpa llegaría al día siguiente. Así amaneció en medio de la zozobra general.

## LAS HORAS DECISIVAS

Atao Huallpa al alba habría podido todavía variar el rumbo de la historia cambiando su decisión. Pero no lo hizo. Acontecimientos fortuitos vinieron a fortalecer aún más su convicción de la absoluta debilidad de los castellanos.

Había ofrecido ir temprano, pero no cumplió la oferta, como buen señor acostumbrado a disponer del tiempo a su placer. Recién adentrado el día se iniciaron los preparativos para cubrir los pocos kilómetros que separan los Baños de Cunoc de la ciudad de Cajamarca. Envío varios mensajeros a observar a los españoles, especialmente sus caballos y perros. Parece que bromeaba. Algunas veces anuncia que irá con armas; otras que concurrirá sin ellas. Cieza de León dice que “estaba muy orgulloso (porque) pareciale que por ninguna manera podría suceder cosa que bastase a estorbar el que no matase o prendiese a los cristianos”.

Fue impresionante el cortejo que partió de Los Baños: muchos miles de personas. Había de todo. Nobles, cortesanos, favoritas, eunucos, curacas y todavía buena parte de su ejército. Iba también mucho pueblo, atraído de todos los alrededores por la rara fama de los extraños visitantes.

Camino de la ciudad, Atao Huallpa se detuvo y levantó tienda; no se sabe bien por qué razones. Tal acontecimiento, imprevisto, causó pánico entre los españoles; quienes veían frustrada la trampa que se había tendido (capturar al Inca en cuanto se sentara a la mesa con Francisco Pizarro). Fue entonces cuando éste pidió un voluntario para que fuese a rogar al Inca que cumpliera con su ofrecimiento y fuese al ágape.

El valiente que tomó la comisión fue Hernando de Aldana; quizás porque sabía algo de quechua. Llegado ante el monarca indio, se le acercó con mucha cortesanía, pero Atao Huallpa “no le contestó nada, mas levantose con mucha ira y quiso tomarle la espada”. Varios curacas cogieron al español; pero Aldana con mucho ánimo, no dejó que se la desenvainaran. Luego el Inca, recuperando su postura, sonrió diciendo que no se le hiciese ningún daño; y confirmó allí su promesa de concurrir a la comida.

Aldana, solo, ante tantos indios hostiles, debió sentirse poco menos que aterrorizado: “no las tenía todas consigo, hizo su acatamiento y a paso largo volvió donde estaba Pizarro”. Los cortesanos incaicos, seguramente, rieron de la mal disimulada prisa del español; tomando así cada vez menos en serio a los cristianos.

Aldana, por su parte, dijo a los suyos, sofocado por el apuro, que “le parecía que (Atao Huallpa) venía de mal arte y con gran soberbia”. No se equivocaba. Francisco Pizarro dictó, entonces sus últimas disposiciones.

Atao Huallpa creía ciegamente que nada tenía que temer. Verdaderamente, las apariencias engañaban: altos jefes españoles se habían postrado ante él en los Baños de Cunoc y sus capitanes afirmaban que de poco servían en cosas de guerra. Emisarios enviados para observar el campamento castellano confirmaron que existía gran pavor entre indios auxiliares de los conquistadores. En cuanto a los españoles, ya hemos visto que Francisco Pizarro trató siempre de ocultar la real potencialidad de las armas occidentales y la moral de la mayor parte de sus hombres; que como aventureros experimentados era muy alta para peligros y emergencias. No faltaban, sin embargo, entre tanto hombre templado por mil riesgos



anteriores, los que vacilaban: “algunos hasta se les soltaba el vientre de ver tan cerca tantos indios de guerra.”.

“Pues estando así los españoles –cuenta Pedro Pizarro-, fue la nueva a Atao Huallpa de indios que tenía espionando, que los españoles estaban todos metidos en un galpón, llenos de miedo, y que ninguno aparecía por la plaza; y a la verdad el indio se la decía, porque yo ví a muchos españoles que sin sentirlo se orinaban de puro temor”.

“De rato en rato –escribe Cieza-, llegaba un indio para reconocer el estado que tenían los españoles. Volvía con mucha alegría diciendo que de miedo se habían todos escondido por las casas, sin aparecer más que su capitán con muy poquitos. Con esto que Atao Huallpa oyó le crecía más el orgullo mostrándose más brioso”. Se recuerda, asimismo, que “los más de los suyos le daban prisa que anduviesen o licencia les diesen para que ellos pudieran ir a atar a los cristianos, que no aparecían ya de temor de ver su potencia”.

## LA FATALIDAD DEL USURPADOR

Lleno de confianza, tras ver correr como un galgo a Hernando de Aldana, y ante tanta sumisión de los cristianos, Atao Huallpa cometió el error que lo perdió: confirmó allí el plan de cercar a los cristianos con las fuerzas de Rumi Ñahui. Aún más –y esto fue el principio del fin del usurpador quiteño-, dejó en ese lugar a las tropas que lo acompañaban hasta ese momento.

Algunos de sus jefes más belicosos, compartiendo el optimismo reinante, volvieron a solicitarle “licencia para que fuesen a llevarle atados a los cristianos, pues estaban escondidos”. Más el Inca no quiso dar esa orden, prefiriendo tomar en sus propias manos la grata tarea de hacer fugar a los conquistadores de la plaza para luego presenciar su captura y muerte en los alrededores de la ciudad.

Para cumplir ese objetivo –juzgaba el Inca-, bastaban su temible fama, su presencia altiva y el séquito que lo acompañaría. Y repartió allí las numerosas y lucidas tropas que hasta ese momento lo acompañaban. Hernando Pizarro –capitán general de los españoles y hermano de Francisco-, es quien cuenta lo siguiente en su famosa crónica sobre estos sucesos: “dejó allí la gente con las armas e llevó consigo hasta cinco o seis mil indios sin armas, salvo que debajo de las camisetras traían unas porras pequeñas, e hondas e bolsas con piedras”. Dentro de ese número figuraban mil barredores que iban limpiando el camino por donde habría de pasar Atao Huallpa, tres grandes comparsas de bailarines y cantores y turnos de cargadores de andas.

Dos de los más antiguos documentos sobre la conquista española confirman esta decisión desastrada del inca. La relación francesa señala que “a estas gentes que estaban sobre los campos, según se supo después, les había encomendado que una parte de ellos fuese a ponerse en emboscada en una parte de la ciudad de Cajamarca y la otra en la otra, a fin de que cuando él se acercara a la ciudad, si los cristianos quisiesen huir, fuesen encerrados por todos los lados; y le parecía que los tenía ya en la mano”. La antiquísima crónica rimada, escrita por un soldado de esa

empresa, apunta que allí Atao Huallpa “ordena una celada, detrás de Cajamarca”. La suerte ya estaba echada.

## **EL DESPRECIO**

Así continuó Atao Huallpa avanzado hacia la plaza de Cajamarca, seguido muy de cerca por el Señor de Chíncha y del de Cajamarca, ambos también en andas, y otros Curacas en hamacas; todos con gran cortesanía y música. Al ingresar por una de las dos puertas a la Plaza, (que más que tal era un gigantesco patio triangular), no vio a ninguno de los conquistadores. Todos se encontraban agazapados, listos para entrar en acción. Pero el Inca creyó confirmar con la desolación del sitio la cobardía que atribuía a los españoles.

Veamos las versiones de cuatro actores de estos acontecimientos sobre esos minutos, en los cuales resaltó más que en ningún otro momento el desprecio del monarca indio. Diego de Trujillo escribe que se volvió hacia Maica Huillca preguntando: “¿Qué es de estos de las barbas?”. Su capitán contestó: estarán escondidos”. Pedro Pizarro apunta que “vieron que no aparecía español ninguno, preguntó a sus capitanes dónde están estos cristianos que no aparecen: ellos le dijeron: Señor estarán escondidos de miedo”. Cristóbal de Mena dice que los cortesanos contestaron “ya están todos escondidos”. Según Miguel de Estete la pregunta fue: “¿Dónde están estos?”.

Testimonios muy frescos, como el de Agustín de Zárate indican que ante esa situación el Inca exclamó: “Estos rendidos están”. Para Santa Clara sus palabras fueron “ya están rendidos estos salteadores de puro miedo y ya son nuestros, pues están escondidos”. Ruiz Naharro creía que la frase fue “Estos ya se dan por vencidos”. Parece que, sea cual fuere, la última frase, la pronunció volviéndose hacia su gente y con ademanes de furia; gente toda que con sus lazos no hacía sino esperar una orden para lanzarse a buscar y atar a los cristianos.

## **VALVERDE APARECE**

En ese momento un silencio sepulcral ha caído sobre la ciudad, cesando los cánticos de guerra de los indios, algo “nada gracioso para los que lo oíamos, antes espantoso, por que parecía cosa infernal”. A los himnos triunfales ha sucedido el silencio; y luego las palabras airadas que el Inca dirige a la multitud que sigue entrando a la Plaza.

Fue entonces que apareció Valverde “pensando aplacarlo” y con el encargo de llevar al Inca a la mesa donde estaba tendida la celada. Se dirigió hacia Atao Huallpa, seguido de Felipillo, el Tallán. Llevaba el Capellán una cota de malla sobre el pecho y ceñido un espadín. Una vez cerca le leyó el Requerimiento; actitud que debió desconcertar al Inca; quien poco podía entender de esa suma de conceptos teológicos y jurídicos. Su respuesta fue acusar a todos de asaltantes, en tono muy duro. Se coincide en señalar que tenía el rostro congestionado por la ira.

Valverde siguió hablando de la fe de Jesucristo, mientras los cañones de Pedro de Candia apuntaban sobre las dos únicas puertas del patio; donde ya se apiñaba la gente; especialmente mucha poblada. La Biblia que Valverde entregó al Inca la arrojó muy lejos; con furioso desdén: “Que se yo lo que me dáis allí. Anda vete”. Le habría dicho al capellán. Felipillo corrió a recoger la Biblia mientras Valverde, levantándose la sotana para correr mejor, retornó donde Pizarro, fue cuando Atao Huallpa dirigiéndose a sus hombres los arengó. Según Titu Cusi Yupanqui “se levantó enojado y algo (gritó) a guisa de querer matar a los españoles”.

## **LAS PALABRAS DE VALVERDE**

Lo que excitado gritó Valverde no se sabe con precisión porque existen numerosas versiones distintas de sus palabras, aunque todas son idénticas en su contenido. Llamó al Inca “perro rabioso” “lleno de soberbia”, demandó “venganza” y dio la orden de atacar. Mientras tanto Atao Huallpa, parándose en las andas, se dirigía a su cortejo expresando órdenes en alta voz; disponiendo que no dejaran escapar a ninguno: Ea, ea, que no escape ninguno”. Un alarido atronador de los indios respondió al pedido del monarca.

Hernando Pizarro declara que se procedió a atacar de inmediato porque “fue necesario antes que se acabasen de juntar”. Habían ingresado entre cinco o seis mil personas y afuera quedaba mucho del cortejo, y sobre todo, la fuerza armada. El momento era sumamente tenso.

## **LA CELADA**

Los cañones apuntaban hacia las dos únicas puertas estrechas del gran patio y los arcabuces sobre la multitud. Los ballesteros tenían templadas sus cuerdas, listos para rociar a los de adelante. Un silencio sepulcral reinaba en las grandes salas de piedra donde se encontraban en acecho las fuerzas de Francisco Pizarro; observando atentamente lo que el Inca hacía. Solo se esperaba la orden de atacar.

Al regresar Valverde, el Gobernador agitó una toalla. Tal era la señal convenida. Al grito de “Santiago y a ellos” cargó la caballería mientras tronaban los cañones de Pedro de Candia. Se tocaron las trompetas y dispararon unas 20 arcabuces y mosquetes. Mientras tanto una lluvia de penetrantes saetas barría el campo. Los jinetes cargaron reciamente tajando y cuchillando sin tregua en esa muchedumbre desconcertada. “Fue tan de repente este acontecimiento” que al principio los indios se quedaron parados, alhelados. La violencia de la caballería sobre esa multitud asombrada de cortesanos, mujeres, ancianos, niños y unos pocos escuadrones de infantería ligera fue terrible. Al principio “quedaron los desarmados indios atónicos y sobresaltados”; afirman los cronistas. Cundió loco desorden. Nada pudieron hacer unos cuantos soldados con sus hondas en un lugar cerrado como aquel; confundidos entre una multitud que, con ensordecedor griterío, presa de pánico, los arrastraba y envolvía. De esa muchedumbre, quienes tomaron primero las pequeñas puertas,

trataron de salir bajo el fuego de los cañones; arremolinándose allí. Todos pugnaban desesperadamente por abrirse paso: “se ahogaban unos a los otros”. Fue entonces cuando cedió una de las cercas de la Plaza con la presión de la masa humana.

El ataque español resultó una espantosa carnicería. En esa gente acorralada los mandobles españoles partían por mitad. Volaban manos, cabezas y brazos. Los indios jamás habían visto semejante cosa. Era, para ellos, furia del demonio. La sangre, rápido, cubrió el suelo. Allí los cascos de los corceles pisoteaban a los caídos. Algunos orejones, hendidos en el vientre, corrían hasta caer enredados en sus intestinos. Atrás de la caballería, cientos de indios nicaraguas ultimaban a los moribundos, ayudados por unos cuantos esclavos negros, mientras los jinetes cargaban y volvían a cargar. Así, tasajeados sin piedad, se revolvían unos contra otros, mientras las armas de fuego seguían abriendo brecha en la empavorecida multitud. Los arcabuces repetían incesantemente sus tiros allí donde la caballería no abría caminos de muerte a botes de lanza y golpes de espada. Los pechos de los caballos con las arremetidas empujaban a los más y sólo se volvía grupas para volver a cargar, tajando y cortando aquí y allá.

## **EL HEROISMO EN LAS ANDAS**

Francisco Pizarro, “como persona que por más de veinte años había militado en las indias, sabía que la victoria consistía en apoderarse de las personas de los señores”. Así, “con un sayo de armas y una espada y una adarga y una celada y con los 24 que estábamos con él salimos a la Plaza y fuimos derecho a las andas de Atao Huallpa, haciendo calle por la gente”. Sobre las otras andas y hamacas cargaron los demás jefes allí presentes – Hernando Pizarro, Hernando de Soto y Sebastián de Benalcázar-.

Los señores desarmados que tenían el honor de conducir en litera imperial a Atao Huallpa no abandonaron a su Rey. Todos los testimonios coinciden en rendir homenaje a su ciega bravura. “El Gobernador llegó a sus andas -recordaba Cristóbal de Mena-, aunque no le dejaban llegar: que muchos indios tenían cortadas las manos y con los hombros tenían las andas de su señor”. Extraño combate aquel el cual los orejones apenas si pusieron sus cuerpos como toda arma contra los tajantes aceros castellanos, “con tan poco temor de la muerte aunque se estuviera matando dos días se juzgó que no faltara quien entrara a tomar las andas”. No podían derribarle de las andas, que aunque mataban a los indios que las tenían, se metían luego otros de refresco a sustentarlas”. “Apenas era muerto uno cuando en lugar de él se ponían otros muchos a mucha porfía”. Pugnaban, pues, por morir en defensa de su monarca.

Cieza de León señala que no había cuchillada que no llevase brazo o mano de los que tenían las andas; luego, con grande ánimo asían con las otras, deseando guardar a su Inca de muerte o prisión. Llegó Miguel de Estete, soldado de a pie, que fue el primero que echó mano a Atao Huallpa para le prender. Luego llegó Alonso de Mesa. Pizarro echando voces que

no le matasen se puso junto a las andas. Los indios como eran muchos, unos a otros se hacían mayor daño, derribándose por una y otra parte, los caballos entre ellos”.

Atao Huallpa, estupefacto y sin armas, se defendía a golpes en las andas. Sus ropas se destrozaron pues algunos españoles trataron de derribarlo en medio del desorden. La litera estuvo a punto de caer más de una vez, hasta que al fin, uno de los españoles cogió al Inca de los cabellos, que los tenía muy largos, mientras otros a la fuerza inclinaban hacia un lado las andas imperiales. Caído en el suelo los últimos restos de su Guardia aun trataron de defenderlo con sus cuerpos. Pero fue inútil.

Simultáneamente había muerto acuchillados en la Plaza de Cajamarca el Gran Señor del Chinchaysuyo, el gran Señor de Cajamarca, Maica Huilca y otro jefe quiteño más, aparte de muchos Curacas.

Hernando Pizarro reconoció en su crónica que “como los indios estaban sin armas fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano”. El número de muertos no es posible fijarlo concretamente, a causa de la disparidad de las informaciones. Los cálculos varían entre dos mil y siete mil. Parece que a hierro murieron tres mil “y los demás fueron viejos inútiles, mujeres, muchachas y niños, porque de todas partes, grandes y pequeños habían venido”. No se descuenta la posibilidad de que confundidos en la multitud estuviesen en la Plaza de Cajamarca algunos partidarios secretos de Huáscar Inca, quienes fueron a esperar el encuentro de los dioses con el usurpador. Esos huascaristas hubieron de recibir con alborozo la captura de Atao Huallpa; si es que lograron salvar de la violencia cristiana.

## **LA DESERCIÓN DE RUMI ÑAHUI**

“Atónito con los lazos, de ver tan impensado acontecimiento” quedó el General Rumi Ñahui, a quien Atao Huallpa había encargado que se colocara en las afueras para capturar a los españoles que pudiesen fugar de la plaza principal de Cajamarca.

El tronar del cañón y las trompetas le avisaron el infausto suceso. Estupefacto vio como arrojaban, desde lo alto de la torre de la plaza, al indio que habría de hacerle una señal para el ataque. Y luego oyó a la multitud despavorida. Todo fue tan rápido que posiblemente no animó a tomar una decisión inmediata. Por lo demás estaba algo lejos, en los cerros de la cordillera que separa Cajamarca de la costa. Quizás el pánico se contagió a parte de sus tropas, y de todos modos queda claro que desertaron muchos batallones de naciones septentrionales sujetas a Quito por fuerza de armas. Rumi Ñahui quedó allí solo con cinco o seis mil soldados quiteños, equipados de sogas y armas muy ligeras. Los cañones españoles se dirigieron luego sobre ellos para atemorizarlos con el ruido y con el humo. Mientras tanto “muchos que llevaban los brazos cortados”, y otras terribles huellas del acero o la pólvora, llegaron al campamento de Rumi Ñahui portando el tremendo testimonio de la ferocidad de sus enemigos. Ya caía la noche, pues el sol se había puesto aun antes de la entrada del Inca en la Plaza. Un fortísimo aguacero cubrió entonces el valle, dificultando una acción instantánea.

No es fácil deducir las razones por las cuales Rumi Ñahui no atacó Cajamarca para rescatar al Inca. Quizás lo creyó muerto, en vista del encarnizado combate alrededor de las andas imperiales. Se estima que “nunca había sido de parecer que recibiesen de paz a los españoles y se fiasen de ellos” y, que “sintiendo lo que dentro de Cajamarca pasaba, desdeñado de que no le hubiesen creído, se fue huyendo con toda su gente al Reino de Quito, para apercibir lo necesario contra los españoles”. Datos hay de que había llorado de rabia en los Baños de Cunoc al permitir Atao Huallpa que se retiraran vivos Hernando Pizarro y Hernando de Soto.

Rumi Ñahui era el único general plebeyo que figuraba en el Imperio de los Incas. Pertenecía a la poderosa casta militar que tanto se desarrolló en las postrimerías del Tahuantinsuyo es probable que indignado por el culpable orgullo de Atao Huallpa, decidiera abandonar la causa de la dinastía Hurin. Esta tesis se vería reforzada por el hecho de que asesinó, al poco tiempo, al principal de los hermanos quiteños de Atao Huallpa y se posesionó de Quito. De hecho, se convirtió en el rey de ese señorío; y más tarde, como tal, libró varias batallas contra los castellanos. Mucho le costó a España vencerlo; y antes que rendirse prefirió perderse en la inmensidad de la selva tras matar a sus 300 mujeres; a las cuales jamás se resignó entregar a la lascivia de los cristianos.

## **EL RESCATE**

Capturado, el Inca fue conducido a una de las piezas de los pétreos palacetes que rodeaban el gran patio de la tragedia; donde tuvo que aguardar hasta el final de la matanza. La persecución siguió en las afueras de la ciudad; y las avanzadas españolas, acuchillando sin tregua, llegaron al galope hasta los mismos Baños de Cunoc.

Atao Huallpa conocía las leyes de la guerra. Pensó, en un primer momento, en que lo matarían sus captores. Luego, al verse prisionero, ofreció el fabuloso rescate de los cuartos de oro y plata. La oferta fue aceptada por Francisco Pizarro: el oro a cambio de la vida y de la libertad.

Para pagar el rescate ofrecido Atao Huallpa tuvo que ordenar el despojo de los principales templos del Imperio; pero no le importó. En materia religiosa era un verdadero hereje y hasta sentía encono contra ciertas huacas a causa de falsas profecías. Sabemos que se burlaba de sus dioses; y que –más tarde-, rechazó las prédicas cristianas. Por esas razones de impiedad el clero incaico jamás lo había visto con buenos ojos.

Pactado el rescate, al día siguiente de la captura los castellanos comprobaron, con alivio, que las tropas de Rumi Ñahui se habían retirado: “fueron a la vuelta de Quito, robando mucho tesoro de los templos y de los palacios reales”. Atao Huallpa, entonces, no tendrá más camino que mandar a la desordenada masa que deambula por los alrededores que no se ataque a ningún cristiano. La vida le iba en ello.

Amparados en la orden de Atao Huallpa, y bajo la protección que los propios Curacas quiteños proporcionan, se avanzó entonces hasta Los Baños, a fin de extraer de allí la primera parte del rescate: una vajilla cuzqueña de oro, que valía sesenta mil pesos; la cual se remitió al cuartel

general, al lado de mucha riqueza en joyas y armas. También encontraron los cristianos en Cunoc el famoso cráneo humano, enchapado en oro y plata, en el cual bebía Atao Huallpa. Era la cabeza de su hermano cuzqueño Atoc; uno de los primeros generales vencidos cuando la iniciación de la guerra civil.

Algunos españoles pidieron que los restos del ejército de Atao Huallpa fuesen exterminados, o se les cortase la mano derecha; a lo cual se opuso Francisco Pizarro. En cambio amenazó al Inca con matarlo al menor intento de sublevación. Simultáneamente se dispuso que los grupos de indios partidarios de Atao Huallpa llevarsen cruces para identificarlos. A los que no las esgrimiesen se los mataría como a enemigos.

## **LAS MATANZAS DEL USURPADOR**

Mientras tanto, muy al sur, ignorantes de estos gravísimos sucesos, Apo Quizquis, Challco Chima, Yurac Huallpa y Cusi Yupanqui, vencedores en Chontataxas, ingresaron triunfalmente al Cuzco, al frente de su ejército; llevando cautivo a Huáscar Inca.

Violentas representaciones de los Hurin contras los Hanan se ordenaron de inmediato. Los jefes del ejército del norte masacraron a la flor y crema de la nobleza cuzqueña, ensañándose con la familia imperial. Los ochentitantos hijos del joven rey depuesto fueron ahorcados en su presencia. Ancianos de abolengo también fueron ejecutados al lado de los principales orejones.

Así describe Gracilazo las venganzas del usurpador:

“Mayor y más sedienta de su propia sangre que la de los otomanos fue la crueldad de Atao Huallpa, que, no hartándose con la de doscientos hermanos suyos, hijos del gran Huaina Capac, pasó adelante a beber la de sus sobrinos, tíos y parientes, dentro y fuera del cuarto grado, que, como fuese de la sangre real, no escapó ninguno, legitimo ni bastardo. Todos los mandó a matar con diversas muertes: a unos degollados; a otros ahorcaron; a otros echaron en ríos y lagos, con grandes pesas al cuello, por que se ahogasen sin que el nadar les valiese; otros fueron despeñados de altos riscos y peñascos”.

Varios nobles lograron escapar de estas bárbaras medidas punitivas. Unos de ellos fue un joven hijo cuzqueño de Huaina Capac, al cual la historia le reservaba una inmortal epopeya, Manco Inca. No contaba aún veinte años y, siguiendo consejos de sus mayores, se protegió en la espesura de las altas selvas del Cuzco.

Las matanzas ahondaron más el odio entre Cuzco y Quito, pronto los vencidos recibirían una noticia extraordinaria: el usurpador Atao Huallpa había sido capturado por los Viracochas en Cajamarca.

## **LA ALEGRÍA DEL CUZCO**

La captura de Atao Huallpa causó en el Cuzco extraordinario regocijo. Los curacas que habían logrado sobrevivir a los implacables generales de aquel Inca confirmaron íntimamente su convicción en la divinidad de los cristianos. En cambio quedaron desconcertados los jefes militares Quiteños;

quienes optaron solo por imponer mayores medidas de seguridad en la capital ocupada.

Burlando a las guarniciones de Atao Huallpa a lo largo de los Andes, los orejones cuzqueños hicieron llegar su piadoso agradecimiento a los Viracochas. No obstante, esa dicha tenía una condición: la ejecución de Atao Huallpa. La mentalidad cuzqueña no podía concebir que los dioses dejaran en libertad al usurpador que tantas muertes había causado en la familia imperial; y que tanto debía a la sangre de los Hanan Cuzcos. Muchos españoles, que en Cajamarca deseaban la muerte del Inca, vieron siempre favorecidos sus planes con esta creciente demanda cuzqueña por la cabeza de Atao Huallpa. Los castellanos no hicieron sino atizar violentos enconos y rencores.

Dos de aquellos enviados cuzqueños, hermanos de Huáscar Inca, cayeron poco más tarde asesinados al retornar de Cajamarca al sur: Guaman Tito y Maita Yupanqui. Con ellos seguramente, se exterminó a todos los integrantes de sus comitivas. Fue orden terminante del usurpador cautivo.

La secreta alegría causada en el Cuzco por la captura del Inca contrastaba con la ira que tal suceso provocó en Apo Quizquiz; quien con sus fuerzas Atahuallpistas siguió ocupando la capital del Tahuantinsuyo; mientras guardaba ordenes o proyectaba un plan para enfrentar tan impensada y difícil situación. Se ahondó entonces aún más la crisis entre las tropas extranjeras norteñas y la población civil cuzqueña. Se fortalecieron mientras tanto, los intentos conspirativos que buscaban ya en Manco Inca un elemento de unidad. En el entreacto, Huáscar Inca fue alejado del Cuzco; conduciéndosele hacia el Norte; bajo fuerte custodia atahuallpista.

También en la distante Cajamarca se vivían momentos de extraordinaria tensión.

## **LA LIBERACION DE LOS YANACUNAS: REBELION SOCIAL**

La medida más disolvente que dictaron los españoles en Cajamarca fue la liberación temporal de los Yanacunas. Estos eran los siervos que habían surgido en el seno de la sociedad incaica como fruto de las constantes guerras imperiales.

Constituían, según opinión de Garcilaso de la Vega, y de todos los demás cronistas, una suerte de servidores perpetuos de la familia imperial y de las noblezas menores. Pertenecían, por lo general, a las tribus reacias a aceptar la dominación incaica.

Alentados por los indios costeños de servicio, que en buen número habían acompañado a los españoles hasta ese lugar, los yanacunas –varios miles en Cajamarca– decidieron dar su adhesión a quienes no sabían como ver: si como dioses o vencedores. Francisco Pizarro haciendo gala de extraordinaria habilidad, decretó en Cajamarca que se liberara a todos esos indios de servicio: “y que se fuesen a sus casas, porque eran de diversas provincias, los que traía Ato Huallpa para sostener sus guerras y para servicio de su ejército”. Al fin y al cabo hasta ese momento, los españoles no requerían mayor ayuda: les bastaba con la multitud de indios nicaragua de su propiedad y de sus muchos negros. Por otro lado, ya hemos visto que, por creerlos Viracochas, los jefes castellanos habían recibido considerable socorro de auxiliares en los señoríos Yungas de la costa. Para esclavizar al país nada



mejor que aparecer como liberadores, ante una parte de los indios. Era un viejo juego político. Por eso se soltó a los Yanacunas.

Muchos de estos siervos regresaron entonces a las más distantes comarcas del Tahuantinsuyo, apareciendo voces generosas sobre los recién venidos; confirmando así, aparentemente, la versión de la divinidad de los Viracochas, que el Cuzco sostenía. La mayor parte de esos indios, no obstante, ansiosa también de botín, se quedó a servir a los españoles. A la larga fueron inmejorables aliados en las guerras de la Conquista. Rebelados contra el régimen que los sujetaba, lucharon violentamente por España. Primero contra Quito; y luego contra el Cuzco. Cuando trataron de reaccionar ante los Viracochas -muchos años después— sería ya demasiado tarde.

La rebelión de los Yanacunas cumplió, pues, un papel esencial en la desintegración del estado Incásico. Un cronista indio como Guamán Poma concedió enorme importancia a la actitud negativa adoptada por aquellos siervos indígenas frente a la sociedad imperial; y lo mismo ocurre con Titu Cusi Yupanqui. Entre los españoles, hasta el ecuaníme Cieza de León se expresa con apasionado interés de tal asunto. Siguiendo sus conceptos, Antonio de Herrera afirma que los Yanacunas “con la revuelta de las cosas y confusión (con) que andaba aquel gobierno se habían hecho muy libres, soberbios y ricos, con lo que habían hurtado”.

Los castellanos, en efecto, les dieron mano suelta para toda suerte de fechorías. Era esa una gente sin ubicación regional, desarraigada, sin noción estatal y sin apego por el sistema incaico. Fácil les fue colaborar con los invasores, a cambio de botín. Eran esos ex—siervos incaicos los primeros en saquear los almacenes reales. Los primeros en atacar a las huestes cuzqueñas o quiteñas. Los primeros en violar a las Acllas. Sacerdote cristiano hubo que, horrorizado, decía de estas mujeres “que de los españoles o de sus Yanacunas era maravilla si se escaparan”. Guamán Poma se indignaba cada vez que hablaba de ellos y los califica, constantemente de bandidos y ladrones.

Pero hubo también otras quejas; y de mayor transcendencia aun. Las emitidas por la aristocracia incaica. Sostenían los señores de linaje que los yanacunas en Cajamarca se comportaban “con toda desenvoltura y sin respeto de los orejones y demás de la nobleza”. Los “Indios de servicio” se lanzaron, pues, contra sus antiguos amos; y estos protestaban por el caos social que se había desencadenado. Así se agravó la descomposición interna del Tahuantinsuyu. A la pugna dinástica entre los Hanan y los Hurin, a la lucha de Cuzco contra Quito, a la revolución de los yungas costeros contra los quechuas andinos, se sumaba la rebelión de la más baja de las clases sociales. Este proceso disolvente llegó a tal extremo que, años más tarde, Manco Inca durante su gloriosa revolución tuvo que decretar la pena capital contra todos los yanacunas que caían en manos de las fuerzas incaicas a causa de los invalorable servicio que estos siervos prestaban a los conquistadores castellanos.

Los cristianos, así utilizaron perversamente las tensiones internas de la sociedad imperial; y encumbraron cuanto pudieron a los plebeyos yanacunas. En premio por su apoyo, estos recibieron mercedes y mujeres, sobre todo cuando se los utilizó para acelerar la ejecución de Atao Huallpa. Intrigaron permanentemente a favor de la muerte del Inca usurpador; lo cual coincidía con los rapaces planes de la mayor parte de los conquistadores.

## **UNA PARTE DEL BOTIN**

Los conquistadores fingieron asombrarse ante la vasta poligamia señorial existente en el Tahuantinsuyu pero lo cierto es que se repartieron a más y mejor a las mujeres indias. Fingida hipocresía rodeó siempre las críticas lanzadas a los Curacas por los serrallos indígenas.

Atao huallpa tenía en Cajamarca nada menos que cinco mil mujeres, a las cuales se puso en libertad, viniendo entonces, en su mayor parte, donde los españoles. Eran –para esas acilas- leyes usuales en la guerra que el vencedor tomase siempre del vencido todos sus bienes, incluyendo a las mujeres; principalísimo símbolo de riqueza y deleite. Los cristianos se las repartieron, pues, sin mayor fuerza, especialmente a las plebeyas, que abundaban. Bellas jóvenes recogidas en tierna edad, como tributo al Inca de todas las comarcas del Imperio; que quizás ansiaban una vida suelta, lejos de la reclusión. Muchísimas de ellas, además, debieron ser parte del botín tomado a los ejércitos cuzqueños; recientemente vencidos. Fueron las primeras en entregarse a los bárbaros conquistadores, postrándose ante aquellos que suponían dioses. Los cristianos tomaron con ávida lujuria lo que se les ofrecía. Amor puramente físico; lujo fácil en el cual germinaba ya una nueva nación. “Las vírgenes de los templos –precisa Cieza-, se salían y andaban hechas placeras”.

Casos hubo de fuerza entre las señoras principales, que gozaban en el Imperio de otro régimen social muy distinto. Conquistadores envilecidos, no contentos con cuanto se les ofrecía, prefirieron deshonar a familias señoriales. Parece que hubo hasta suicidios de madres humilladas y de esposos vejados. En otros casos, Atao Huallpa concedió determinadas mujeres, y hasta hermanas, como muestra de amistad; ley mortal para los indios. Fue así como Francisco Pizarro, el viejo capitán, tuvo varias mujeres y entre ellas a dos de las hermanas del Inca; una de las cuales apenas contaba con catorce años de edad.

El ajllahuasi fue, pues, una de las primeras instituciones que destruyó la Conquista Española. Esa poligamia regimentada incaica fue reemplazada con una desordenada poligamia española, que llegaría más tarde a su apogeo cuando en el Cuzco los cristianos llegaron a poseer pequeños harenes dentro de una tolerancia que sacerdotes observantes llamaron “la ley de Mahoma”. Un fecundo mestizaje crecía sin cesar al conjuro de la fuerza y de la ley del vencedor.

## **EXPEDICION DE HERNANDO PIZARRO**

Corriendo rumores de existencia de tropas en las vecindades de Cajamarca salió Hernando Pizarro hacia Huamachuco. Saqueó allí cuanto pudo para llevar al rescate del Inca y retornó.

Luego Atao Huallpa indicó la conveniencia de que Hernando Pizarro fuera a Pachacamac para recoger los tesoros de ese templo yunga cuyos sacerdotes no parecían muy dispuestos a entregarlos para el rescate. El Inca, para ello, encadenó en Cajamarca al Sumo Pontífice de Pachacamac y con terribles amenazas envió a otros sacerdotes importantes, protegidos por su

escolta, en compañía de Hernando Pizarro. Además, varios nobles iqueños acompañaron esta expedición española de 21 jinetes.

Hernando Pizarro llegó a Pachacamac y retiró de allí unos noventa mil castellanos de oro, aunque mucho tesoro se había escondido. Recibió entonces correo de Francisco Pizarro sobre la conveniencia de subir a Jauja para traer a Challco Chima.

Era éste uno de los mejores Generales de Atao Huallpa. En un primer momento había avanzado desde el Cuzco vencido hacia el norte para rescatar por la fuerza a su rey; pero se había detenido en Jauja con órdenes precisas del Inca. Una rebelión de los Huancas contra el ejército de ocupación que comandaba Challco Chima fue aplastada a sangre y fuego, sobre todo por haberse quizás enterado de que los Curacas de Jauja habían manifestado a Francisco Pizarro su beneplácito por la captura del Inca Atao Huallpa, al cual también odiaban.

Dominar a Challco Chima no parecía tarea fácil. El temible guerrero tenía una fama que helaba la sangre de cuantos oían de sus hazañas. Al acercarse Hernando Pizarro al valle de Jauja rechazaba entregarse, pese a las órdenes concretas de Atao Huallpa.

Challco Chima “tenía en la Plaza de Jauja muchas lanzas hincadas y en las puntas puestas cabezas de indios y en otras lenguas y en otras manos, y pues que era cosa de espanto ver las crueldades que tenía hechas”. No es de extrañar, por tanto, que los jaujinos dieran entusiasta apoyo a Hernando Pizarro; jefe de Viracochas. Ni tampoco que un elevado Curaca Cuzqueño, Antamarca Maita, en presencia de los Viracochas se dirigiera así al odiado General, recordando sin duda las matanzas quiteñas.

“Hasta cuando Challco Chima han de tener fin tus crueldades. Cuando será el día que tu y aquella bestia fiera de tu capitán Quizquiz os habéis de ver hartos de humana sangre. Dime rabioso tigre”. Y luego el orejón cuzqueño agregó: “Pues de una cosa me huelgo y lo mismo creo que hacen tus soldados. Que ha enviado el Hacedor del Mundo los ejecutores de su justicia, para castigo tuyo y de aquel de quien aprendiste a ser cruel”. Challco Chima responde con ferocidad al insulto, trabándose en un recio pugilato el Gran General de Atao Huallpa y el linajudo orejón cuzqueño.

Fue necesaria allí la mediación de los altos nobles quiteños, uno de ellos hermano del Inca para convencer al General que se trasladase a Cajamarca.

Challco Chima, ante el mandato categórico de su señor, y sin ningún respaldo popular en Jauja, no tuvo entonces más remedio que entregarse a los castellanos para ir a Cajamarca, obedeciendo los dictados de su Rey. Su ejército continuará, eso sí, ocupando el valle del Mantaro en nombre de Atao Huallpa.

Ni si quiera él podía osar la desobediencia a su monarca. Ordena cargar treinta arrobas de oro para el rescate y partió montado en un caballo, bajo fuerte vigilancia de los Viracochas y del gozoso orejón Hanan Cuzco. Pero retornemos ahora a Cajamarca desde donde han partido tres cristianos hacia el Cuzco, en pos de oro y plata; y a donde ha llegado también don Diego de Almagro con su gente.

## HUASCAR INCA Y LOS ESPAÑOLES

Preocupado por el retraso en la remisión de los tesoros del Cuzco, Atao Huallpa sugirió a Francisco Pizarro que se enviara a la capital a fin de acelerar la remisión del oro.

Fue así como un numeroso cortejo quiteño partió hacia el Cuzco en compañía de tres cristianos: Pedro de Moguer, Martín Bueno y un tal Zárate. Fueron tratados como dioses en todo el trayecto. Reverenciados en Huamachuco siguieron adelante. Y luego tuvieron un sorpresivo encuentro: se cruzaron con Huáscar Inca en Taparaco, altas serranías de Huánuco.

Allí vieron a Huáscar Inca vejado sin misericordia. Marchaba descalzo y semidesnudo, con claras huellas de golpes en el cuerpo; y lo arrastraban con unas sogas que le habían perforado las clavículas; atadas sus manos a la espalda. Los españoles, con ser hombres endurecidos, no dejaron de conmoverse de la suerte de quien, poco tiempo atrás, había sido señor del mundo. Hablaron con él, y el destronado monarca les ofreció cubrir la Plaza del Aucaypata del Cuzco con oro y plata. Los españoles de esa embajada, sin embargo, no adoptaron ninguna decisión. En parte por ser hombres de muy escaso criterio; y también, de seguro, por la vigilante mirada de la escolta iqueña que los conducía. Además, el botín del Cuzco se les ofrecía muy a la mano y sin riesgos.

Huáscar Inca maldijo a Atao Huallpa ante los españoles e imploró la ayuda de los Viracochas para castigar al usurpador. Acusó, además, de ladrón a su hermano bastardo por saquear los templos y palacios imperiales. Asimismo, todos los cautivos de Taparaco reverenciaron, igualmente, a los Viracochas. Estos, sin embargo, a los tres días siguieron su camino rodeados de sus negros esclavos y su cortejo atahualpista. Obtuvieron, eso sí, mejor trato para el Inca prisionero, a quien ofrecieron inmediata justicia.

Continuaron los cristianos su marcha hacia el Cuzco, pasando por Jauja y Vilcashuaman; donde los adoraron como dioses. Mientras tanto, veloces chasquis se habían enviado desde Taparaco a Cajamarca para informar a Atao Huallpa de los ofrecimientos de Huáscar Inca a los españoles. Posiblemente los capitanes que conducían prisioneros a Huáscar Inca aconsejaron a Atao Huallpa que dispusiese la muerte del regio cautivo. El prisionero de Cajamarca –se sabe-, muchísimo se preocupó con esas novedades, pues sabía que la unión de los cristianos con su hermano Huáscar Inca sería su definitiva perdición.

Mientras Atao Huallpa meditaba en Cajamarca sobre la suerte de su infausto hermano, los tres españoles se acercan al Cuzco donde quedan asombrados de la riqueza del Coricancha todo recubierto de oro. Más, aun, los asombra el regocijo popular. Las multitudes salen a recibir a los cristianos en los cuales ven a los representantes de la voluntad divina que han venido para castigar al maldito usurpador. Los sobrevivientes de la nobleza Cuzqueña, en sus refugios, se estremecen de esperanza. Piensan que quizás se acerque la hora de expulsar del Cuzco a Apo Quizquiz, el Gran General de Atao Huallpa, quien continúa ocupando militarmente la capital con sus fuerzas norteñas. Los orejones conspiran mientras los tres Viracochas se llevan los mejores tesoros de Coricancha.

## **EL JUEGO DE LAS INTRIGAS**

Diego de Almagro y su gente habían llegado a Cajamarca bastante después de la captura de Atao Huallpa y por esa tardanza, según lo acordado por los pizarristas, nada les habría de tocar del oro y la plata del rescate. Tal situación preocupaba muchísimo a los almagristas, ya que creían que si los tesoros llegaban a cubrir los cuartos hasta la altura de la raya no quedaría ya para ellos nada en el Tahuantinsuyu.

En tales circunstancias, para Almagro no cabía sino una solución: matar al Inca, para que el rescate no se satisficiera en su integridad. Encontró como eficaz colaborador en las intrigas contra Atao Huallpa al intérprete Felipillo. No pudo tener mejor aliado ya que este personaje también deseaba la muerte del monarca indio a causa de haber extraído del serrallo imperial a Inti Palla, una de las favoritas del Inca. Felipillo sabía que cruel muerte aguardaba a quienes adulteraban con mujer de un Inca, y desde entonces no hizo sino tramar su ejecución.

Los oficiales reales presionaron también mucho sobre Francisco Pizarro para que matara al Inca, arguyendo esencialmente que, si se lo soltaba, se unirían los ejércitos de los indios Hurin bajo su mando único. Paralelamente, apoyaban la inmediata ejecución del usurpador los principales cuzqueños presentes en Cajamarca creyendo en la justiciera presencia de los Viracochas. Demandas semejantes plantearon ante Francisco Pizarro numerosos curacas de otras naciones, especialmente los Jaujas y Yungas.

A estos factores se sumó el viaje a España de Hernando Pizarro, quien había cogido cierto aprecio por el cautivo. Partió a Europa llevando los fabulosos tesoros del quinto del Rey; y al momento de despedirse el propio Atao Huallpa predijo su muerte, acusando directamente a Almagro y a los Oficiales Reales. Los yanaconas, mientras tanto, tramaban por igual la ejecución de su antiguo amo mientras cargaban las piezas doradas del botín destinado a Carlos V y llamado a revolucionar Europa.

## **LA ALIANZA DE LOS JAUIJAS**

Jauja sufrió, como pocas comarcas, los estragos de la Guerra Civil entre los hijos de Huaina Capac. Población levantisca, nunca había llegado a aceptar del todo la dominación incaica. Luego al ocupar militarmente Challco Chima el Valle del Mantaro, sobrevino una rebelión que los capitanes quiteños de Atao Huallpa aplastaron sin contemplaciones.

Al producirse la captura de Atao Huallpa, el mayor regocijo cubrió toda la región huanca; y de inmediato enviaron mensajeros a Cajamarca solicitando la intervención de los cristianos en Jauja. Cuando los tres emisarios españoles fueron al Cuzco a traer el oro y la plata del rescate, fueron tratados como dioses en el Mantaro viajando en regias hamacas señoriales.

Desde un primer momento los Jaujas enviaron oro a Cajamarca, pero no para pagar el rescate, sino para tributar a Francisco Pizarro. Aún más el gran curaca Naupari le remitió trescientos servidores escogidos para halago de los llegados. El curaca Cusi Chaca mandó diversos presentes y víveres en cantidad. Buenos rebaños también fueron obsequiados por los jefes Jaujas a los Viracochas de Cajamarca.

Tal adhesión fortaleció notoriamente la posición española en el Tahuantinsuyu. Por un lado concedía a los conquistadores el dominio de la rica región central del Imperio. Por otro desde el ángulo político, el imperio de los Incas continuaba resquebrajándose. A las varias rebeliones se sumaba ahora ésta, que era de extraordinaria importancia tanto por la combatividad de los Jauja como por su número. Cuzco y Quito iban quedando solos frente a los castellanos y sus aliados indígenas.

El odio recrudeció al final del cautiverio. Las versiones de que avanzaban fuerzas quiteñas sobre Cajamarca -falsas o no-, también fueron difundidas por los Jaujas. Un soldado cronista, como Diego de Trujillo, llega a expresarlo nítidamente: “como los indios Xauxas eran enemigos de Atao Huallpa, le levantaron esto.”

### **LA MASACRE DE ANDAMARCA**

Vista la gravedad del desarrollo de los acontecimientos, Atao Huallpa dispuso la muerte de Huáscar Inca; temiendo, sobre todo, un acercamiento del monarca depuesto a los cristianos. Sus capitanes procedieron de inmediato a cumplir con la orden; y eliminaron conjuntamente a los principales sobrevivientes de la alta nobleza imperial huascarista quienes marchaban también hacia el norte en calidad de prisioneros.

Son los cronistas indios los que más triste recuerdo guardaron de estos infaustos sucesos que tanto contribuyeron a escindir más todavía a los Hanan y los Hurin. Santa Cruz Pachacuti escribe que Atao Huallpa “estando preso despacha mensajeros a Antamarca, para que acabase de matar a Guáscar Inga en Antamarca, y asimismo a su hijo, mujer y madre, con gran crueldad”. Guaman Poma confiesa que murió en Andamarca “por mandato de su hermano bastardo Atao Huallpa”; tras las más espantosas injurias y humillaciones. Los Quipucamayos en una Relación declararon que de la matanza no se salvaron ni las mujeres de linaje, y que todos murieron “usando grandes crueldades con ellos”. El mestizo Garcilaso no procesa bien si lo quemaron o arrojaron a un río; aunque no parece negar la posibilidad de que antes lo descuartizaran vivo. Así acabó quien por un momento fue el señor del Tahuantinsuyu.

Muchos de los del séquito de Huáscar Inca, quienes en forma voluntaria habían aceptado acompañar en su calvario al Rey, se suicidaron. En cuanto a la escolta militar que conducía a los prisioneros, optó por unirse a Rumi Ñahui en Quito. (Allí ese General plebeyo estaba decidido a continuar la resistencia contra los españoles al margen de la voluntad del Inca cautivo. Rumi Ñahui no solo se había ya negado a contribuir al rescate de Atao Huallpa, sino que inclusive llegó a matar a los emisarios incaicos que viajaron a Quito con esa misión. Había organizado, pues, una revolución, triunfando en su intento). De otro lado, demás está decir que las ejecuciones de Huascar Inca, de su madre, esposa y parientes, así como del General Huanca Auqui echaron aun más ponzoña al odio entre los grupos aristocráticos que habían combatido por el trono del Cuzco. Por otra parte, a la rivalidad entre cuzqueños y quiteños, pronto habría de sumarse un nuevo factor. La anarquía entre los hijos cuzqueños de Huaina Capac que aún quedaban con vida, especialmente la rivalidad entre Manco Inca, refugiado en las selvas del Cuzco, y Paulo Inca, en acecho desde su escondite del lago Titicaca. Ambos estaban fugados. Los

buscaban sin tregua los soldados de Apo Quizquiz. Los quiteños tenían orden de matarlos donde los hallasen.

## **EL SUPPLICIO DE CHALLCO CHIMA**

Challco Chima era uno de los principales personajes de la Corte de Atao Huallpa, pero no fue respetado por los españoles. Cuando el oro del Cuzco no llegaba bastante de prisa para el rescate, lo apresaron en la ciudad –en la cual estaba cautivo tras de su llegada con Hernando Pizarro-, y lo sometieron inútilmente a tortura del fuego.

Challco Chima nunca se repuso del todo de las quemaduras sufridas. Y jamás perdonó a Atao Huallpa su impasibilidad. Desde entonces se distanció del Inca y empezó a tramar una rebelión puramente militar contra los españoles, con cuyo objeto entró en contacto con Apo Quizquiz. Tal hecho fue muy importante. Los cristianos desde entonces “pusieron diligentemente guarda sobre él, porque así convenía que se pusiese: porque más obedecía la mayor parte de la gente al mando de este capitán que al mismo cacique Atao Huallpa, su señor, porque era muy valiente hombre en la guerra y había hecho mucho mal por toda aquella tierra”.

El autor de las torturas de Challco Chima no fue otro que Francisco Pizarro. El Genaral indio se salvó por la enérgica intervención de Hernando Pizarro, su captor. Hizo que lo volvieran a su residencia, el cual “vino quemadas las piernas y brazos y encogidos los nervios”.

## **FELIPILLO**

Felipillo era un indio tallán llevado a España por los cristianos tras las incursiones efectuadas durante el segundo viaje de Francisco Pizarro; o sea el del descubrimiento del Perú. Pertenecía a una nación que era enemiga encarnizada de Atao Huallpa. Odiaba al Inca usurpador, como todos los de su pueblo. Y fue, por ello, hábilmente utilizado por los cristianos en Cajamarca.

Atao Huallpa –como buen señor antiguo– nada sintió más durante su cautiverio que el ultraje que le infirió ese plebeyo, al arrebatarle a Inti Palla, una de sus mejores mujeres. Amenazó con matar a Felipillo en medio de atroces torturas si llegaba a conquistar la libertad con el rescate. Uno de los cronistas llega a decir que Atao Huallpa cierta vez expresó que, más que por la pérdida del reino, sentíase humillado por la afrenta que le hacía aquel vasallo yunga.

Temiendo la ira del Inca, más tarde, cuando se trató de las traducciones del prisionero el intérprete tallán las deformó adrede. Conocía éste bastante bien el castellano, pues había pasado varios años entre españoles y, por tanto, fue de mala fe que alteró las versiones de Atao Huallpa. Aún más, contribuyó a cundir el pánico esparciendo falsas noticias en el sentido de que permanentemente marchaban ejércitos incaicos sobre la ciudad. Algunos españoles, que no podían entender a los Curacas de varias naciones, allí reunidos, no tenían otro remedio que valerse de Felipillo y los demás intérpretes. Por momentos cundió verdadero pánico en la ciudad. Los menos engañaron a los más.

Felipillo fue también uno de los dirigentes principales de la insurrección de los Yanaconas, de esos siervos alzados. Cieza de León nos dice que estando el campamento “lleno de ladrones, a quien llamamos yanaconas, nombre diverso de siervo perpetuo, tuvo con ellos pláticas e con otros indios naturales de los que entendía, como era lengua, que estaban mal con Atao Huallpa, para que le echasen nueva echadiza que de todas partes venía gente de guerra”.

Antonio de Herrera resume así aquel momento: “tuvo sus pláticas con los yanaconas que estaban en el ejército castellano, y con los indios enemigos de Atao Huallpa, del bando de Huáscar Inca”.

## **.EL “PROCESO”**

Muchos rumores corrían en Cajamarca sobre la presencia de fuerzas enemigas en los alrededores. Una rara trama unía a Felipillo y su amante con las ambiciones de Almagro, el odio de los Jaujas, la codicia de los Oficiales Reales, el afán justiciero de venganza de los orejones cuzqueños y el destino fatal del usurpador quiteño. Los yanaconas, indios siervos de los españoles, enemigos de los nobles incaicos, esparcían toda suerte de noticias sobre la existencia de tropas en las cercanías de la ciudad.

Los castellanos se aprovecharon muy bien de la ciega creencia en su carácter divino. Como Viracochas podían decidir libremente el porvenir del Imperio de los Incas; y la presencia en Cajamarca de hijos cuzqueños de Huaina Capac así lo acreditaba. Dividiendo sin cesar a los indios lograron desarrollar el brevísimo proceso. Pero antes fue necesario alejar al más decidido defensor de la vida del inca: Hernando de Soto.

Hábilmente se le encomendó una incursión por los alrededores a fin de observar la situación y avisar si había o no tropas de Atao Huallpa. Una vez partido con breve grupo, coincidieron sospechosamente la intensificación de los rumores con el aceleramiento de un intento de proceso. Felipillo pasó todo su tiempo en repartir intrigas y dar versiones sobre la marcha de ejércitos incaicos. Los Jaujas, especialmente, declararon contra Atao Huallpa, en su afán de vengarse de sus tropelías. Finalmente los castellanos “después de haberse disputado y discurrido mucho sobre el daño o provecho que podría requerirse de la vida o muerte de Atao Huallpa, se resolvió que se hiciese justicia de él”.

Se discutió, pues al margen de la justicia, sobre “daño o provecho”. Imposible, soltándole, poder ganar la tierra” dijo también Pedro Pizarro. Y fue así como se armó una farsa, una burda información sumaria, la cual codujo a la inmediata sentencia de muerte en la hoguera. A Fray Vicente de Valverde cupo allí mucha culpa, como instigador de la pena capital contra el Inca. Los que defendían a Atao Huallpa, que eran bastantes soldados comunes, pedían que se lo enviara a España. Pero dicha tesis no primó. A la larga, hasta el propio Carlos V habría de censurar la indigna muerte dada al monarca de Quito.

## **EL REPARTO DEL BOTIN**

El rescate de Cajamarca se repartió como botín. Considerándose, según los casos, los aportes económicos de cada uno a la empresa conquistadora y



el valor personal demostrado en tales o cuales hechos. Eran las utilidades comunes de una empresa comercial cualquiera. Por ello recibieron los jinetes el doble de oro, pues eran quienes más habían arriesgado capital al contribuir con sus caballos, arreos y armas. Una mitad recibieron los peones, los que a veces vinieron tan pobres que los capitanes prestaron cascos y espadas. Hubo también otras valoraciones; y, naturalmente, muchísimas quejas de los que, con justicia o no, creían recibir menos de lo que se les debía.

No ha sido posible calcular el monto exacto del rescate, precisamente a causa de las numerosas sustracciones y de las irregularidades en la tasación. Pudo muy bien acercarse al millón y medio de pesos de oro y a unos cincuenta mil marcos de plata. Es sumamente difícil establecer una comparación con moneda moderna pero se ha dicho que podría sobrepasar los diez millones de dólares.

Los jefes de las mesnadas no se contentaron con las abultadas sumas que les tocó. Es Cieza quien afirma: “oí decir que se hurtó mucha cantidad de oro y los que más metieron la mano en ello fueron los capitanes”. Otros cronistas coinciden en que fue muy frecuente la burla o el soborno a los oficiales reales que debían velar por el quinto del Rey.

El reparto ocasionó una locura económica. Los precios se fueron a los cielos y a poco se pagaría miles de pesos de oro por un caballo cualquiera. Veinticinco conquistadores, satisfechos con el botín, decidieron regresar a España con sus tesoros. Diego de Almagro y su gente fueron los más empeñosos en proseguir la conquista, ya que a ellos no les tocó sino las migajas del botín; y un poco como de lástima. Los almagristas querían resarcirse con los tesoros de Jauja, Cuzco y Collao; cuyas famas habían volada hasta Cajamarca. Pero, eso sí demandaban garantías que no se repitiera otra vez la jugarreta del clan Pizarro en el reparto del rescate de Atao Huallpa.

## **LA EJECUCION**

El 26 de Julio Atao Huallpa era conducido al patíbulo en medio de impresionante cortejo fúnebre. Predicándole Valverde en el camino, el Inca usurpador se convirtió al cristianismo, a fin de recibir una muerte menos infamante; ya que la hoguera en el Tahuantinsuyo se reservaba a los más vulgares delincuentes.

Bautizado, siguieron adelante tratando de negociar un segundo rescate con Francisco Pizarro; pero a éste le pareció muy largo el lapso señalado por Atao Huallpa para traer nuevos tesoros a Cajamarca por cumplir con la sentencia le quemaron con unas pajas los cabellos; y luego lo ataron al poste donde se ejecutó la pena del garrote. Lo estrangularon unos moros o negros esclavos que acompañaban a los españoles. Era sábado en hora de anochecer. Su cadáver quedó expuesto hasta el día siguiente. Fue entonces cuando al divulgarse la noticia se suicidaron muchos de sus servidores y mujeres más fieles. Varias de ellas trataron de enterrarse en la misma fosa con Atao Huallpa; promoviendo macabra algazara en la pequeña iglesia cristiana de la hueste conquistadora.

Francisco Pizarro vistió riguroso luto. Poco después tendría que sufrir los improperios de Hernando de Soto y Rodrigo Orgoñez, quienes, retornando de

los alrededores de Cajamarca, informaron que no existía tropa enemiga alguna; y que, por tanto había sido injusta la sentencia de muerte.

## **TUPAC HUALLPA Y EL CAOS**

La ejecución del Inca y la necesidad de proseguir la conquista del Tahuantinsuyo obligaron a los castellanos a buscar un sucesor: lo hallaron en Tupac Huallpa, (más conocido, erróneamente, como Toparpa) casi un niño; de casta de orejones hijo principalísimo de Huaina Capac.

Tupac Huallpa, por su infancia, y por debilidad de carácter, jamás mostró actitudes que la historia se dignara registrar. Su ascenso al trono en Cajamarca, antes de partir los españoles hacia al sur, se caracterizó por el fortalecimiento del poderío del General Challco Chima y la agudización del caos político en el antiguo imperio de los incas.

Ya hemos visto que la mayor parte de las naciones integrantes del imperio no ayudaron a Atao Huallpa, el usurpador. Más bien, como anota Huamán Poma, “estando preso... todos su vasallos e indios y capitanes y señores grandes de su reino le desampararon y no le sirvieron”. La muerte del Inca –en líneas generales-, fue festejada en todo el centro y sur del Tahuantinsuyo y particularmente en el Cuzco; aunque aquí de modo secreto a causa de la ocupación militar quiteña. Es Cieza quien al respecto nos dice que “quedó todo el Perú revuelto porque muchos que estaban mal con Atao Huallpa se holgaron con su muerte”. Los odios de la Guerra civil entre Cuzco y Quito siguieron predominando. Según Gracilazo, la crisis interna prosigue, pues, tras la ejecución del rey usurpador en Cajamarca “quedaron enemistados los de Huáscar con los de Atao Huallpa y por prevalecer los unos contra los otros procuró cada unos de los bandos servir y agradar a los españoles, por hacerlos de su parte contra la contraria”. Algunas regiones, como Chíncha y Jauja, apenas “tuvieron noticias de la muerte de dicho Atao Huallpa fueron delante del gobernador con gran cantidad de oro y plata para hacerle un presente porque ellos estaban muy gozosos de la muerte de Atao Huallpa porque le deseaban gran mal”.

El Tahuantinsuyo está, pues, sumido en el caos. El rey legítimo, Tupac Huallpa, no gobierna; y Challco Chima proyecta ya envenenarlo para asumir el control de la resistencia a la penetración hispánica. De otro lado la pugna entre el norte y el sur, entre los Hanan y los Hurin, entre Cuzco y Quito, es más fuerte que nunca; pese a que ya han muerto Huáscar Inca y Atao Huallpa. Las guerras, matanzas y represiones entre los dos bandos que han sido tan cruentas que solo han quedado con vida una veintena de los quinientos hijos de Huayna Capac; pero ellos continúan enconadamente la lucha. En el sur, dos jóvenes reales aspiran a restaurar la hegemonía de la dinastía cuzqueña: Paulo Inca en el Callao y Manco Inca en la ceja de la selva. Igualmente, todas las regiones meridionales del Imperio consideran –ahora más que nunca-, dioses Viracochas a los conquistadores. Apo Quizquiz, jefe del ejército quiteño de ocupación del sur del Tahuantinsuyo, sufre por ello una enorme presión en su retaguardia, que le es marcadamente hostil; y hasta muchos de sus batallones no quiteños vacilan en guardarle lealtad. En el extremo norte del Imperio el belicoso General Rumi Ñahui, desconociendo todo otro poder, tras liquidar a los principales parientes de Atao Huallpa, se mantiene como Rey de

Quito. Asimismo, destacados Curacas se han levantado contra el orden Imperial: Tallanas, Chimúes, Chachapoyas, etc. Los Cañaris sostienen su apoyo decidido a los cristianos, mientras los Jaujas anuncian secretamente que recibirán en triunfo a los Viracochas. Los Chinchas conspiran ya para derrocar a Apo Ucachi, General de Atao Huallpa que controla dicha región. Los siervos yanacunas desertan en todas partes y se niegan a servir a la nobleza imperial. Es, en realidad, una espantosa anarquía la que reina en aquel momento; y los castellanos la utilizaron con suma habilidad. Pocos como ellos aplicaron la máxima conquistadora de “divide et impera”.

## **MUERTE DE HUARI TICO**

Fue numerosísimo el cortejo que partió de Cajamarca en pos del lejano Cuzco. Se entremezclaban los peones y jinetes castellanos con grueso número de esclavos negros, los indios nicaraguas con los tallanas, los yanaconas indígenas con linajudos orejones cuzqueños. Varias eran las andas que destacaban en tan abigarrado conjunto. La principal, naturalmente, la del mozuelo Tupac Huallpa. Otra litera tenía Challco Chima. Y algunos los propios peninsulares.

Dificultades hubo en Huamachuco para el abastecimiento y servicio de tantos millares de personas; y fue Challco Chima quien con violenta energía, solucionó los problemas actuando frente a los caciques del lugar. A la verdad, el fiero General “era más temido en la tierra que el nuevo señor (Tupac Huallpa)”. El alto jefe militar, observando la debilidad del niño rey, conspiraba ya abiertamente entre los indios del bando quiteño: “no obedecían a Tupac Huallpa por miedo de él”.

Apenas se retiraron los cristianos de Cajamarca cayeron los seguidores de la dinastía Huri, principalmente quiteños, y extrayendo el cuerpo de Atao Huallpa de su sepulcro se lo llevaron para colocarlo en sitio que jamás se supo. Antes de irse incendiaron la ciudad y la demolieron no dejando de ella casi piedra sobre piedra. No obstante este ataque los indios en el sur no ofrecían mayor resistencia al avance de la expedición, decididos seguramente de la actitud que debían adoptar hallándose cautivos Tupac Huallpa y Challco Chima. Se limitaron a gritar desde las montañas. Estos alaridos de guerra, sumados a los rumores conspirativos hicieron que Francisco Pizarro ordenase que se pudiese en cadenas al temido General. Los Hanan Cuzcos allí presentes acusaban continuamente a Challco Chima de hallarse en estrecho contacto con Apo Quizquis, General de jefe los ejércitos Quiteños del sur.

En ese primer tramo fue el príncipe imperial Huari Tico quien mejores servicios prestó a los Viracochas, empeñado en dirigirlos prontamente al Cuzco: “era persona muy principal... había sido mandado por el Gobernador desde Cajamarca para aderezar los puentes y malos pasos del camino”. El, como todos los de su estirpe, estaba empeñado en conducir cuanto antes a los justicieros Viracochas al sur, al fin de castigar a los usurpadores. Pronto caería en una refriega con indios de guerra de las fuerzas de Apo Quizquis.

Luego siguieron todos por las orillas del Santa o Angashmayo, subiendo después a las cordilleras que separan esas regiones de las tierras de Huánuco Viejo. Más tarde vino Bombón. En vista de la agresividad creciente de los

enemigos se decide formar una vanguardia faltando pocas jornadas para Jauja.

## **BATALLA DE JAUJA**

Al acercarse la vanguardia a Jauja se notan dos posiciones radicalmente distintas entre los indios. Reparar los capitanes de la avanzada, Almagro, Soto y Candia, en el odio e insultos de los soldados de Yurac Huallpa e Ihua Paru, Generales de Atao Huallpa, quienes injurian desde los cerros a los españoles. Reciben también la plena adhesión de los pobladores del valle. Estos salieron a recibir gozosamente a los peninsulares, “celebrando mucho su venida...” “porque con ella pensaban que saldrían de la esclavitud en que les tenía aquella gente”. Jauja continuaba odiando a Quito.

Los españoles, pues, siguen apareciendo como libertadores a los jaujas. Con semejante base de operaciones era imposible una resistencia eficaz de las tropas de Yurac Huallpa. La primera medida del comando quiteño es quemar los grandes depósitos imperiales, para lo cual se envía unos mil soldados, mas una carga española, protegida por batallones auxiliares, frustra dicha empresa.

No obstante siempre los soldados llegan a incendiar parte de la ciudad. Mientras tanto, el grueso de las fuerzas de Yurac Huallpa seguía insultando a los españoles al otro lado del Mantaro. Los castellanos decidieron cruzarlo y atacar a los indios de guerra, apoyados ya por la población del valle. La acometida cristiana divide a las tropas quiteñas en dos sectores. Un contingente se refugia en las alturas y otro se retira hacia el sur para unirse con el Comandante General, Apo Quizquiz. La masacre de quiteños es de tal grado que “cansados los castellanos de matar gente, volvieron al valle”. Eficazmente ayudaron los lugareños a exterminar a los soldados de la guarnición de Yurac Huallpa.

## **DEFENSA DE YURAC HUALLPA**

Se intenta entonces batir a los que se retiran y para ello se envía a Hernando de Soto con 60 jinetes e indios auxiliares. No obstante, los de Yurac Huallpa se atrincheran bien, en posiciones ubicadas hacia el extremo sur del valle. Soto ya no se atreve a avanzar más y demanda refuerzos a Francisco Pizarro. Solicita especialmente que se envíe a ese lugar a Tupac Huallpa. Cree que el joven Inca quiteño con su sola presencia, convencerá a los soldados para que abandonen las posiciones que han ocupado.

Tal gestión será ya imposible, porque, en el intervalo, el rey ha muerto.

## **EL ASESINATO DE TUPAC HUALLPA**

A todas luces Tupac Huallpa fue asesinado por Challco Chima, sobre lo cual hay casi criterio unánime en los informantes.

El General quiteño comprendió, sin duda, que el joven monarca títere era incapaz de organizar la lucha de resistencia contra el enemigo; y procedió por la más común de las vías de las luchas políticas en todos los pueblos

antiguos. Eliminado Tupac Huallpa fue ya Challco Chima el indio más poderoso del Tahuantinsuyo. Sin embargo, como se encontraba prisionero y presa de terribles dolores por las quemaduras de que había sido víctima en Cajamarca, se dedicó únicamente a conspirar desde su cautiverio. Actuó como agente de enlace con las fuerzas que comandaba Apo Quizquiz lejos en el sur dando detalles de los planes castellanos.

## **LA CONVENCION DE JAUJA**

Muerto Tupac Huallpa se presentó a los cristianos un complejo problema: la sujeción incaica. Asunto verdaderamente inesperado. Fue entonces cuando Francisco Pizarro apeló, otra vez, a toda su trapacería a fin de mantener, a cualquier precio, la división entre Cuzco y Quito.

Convocó la “Convención de Jauja” para tocar tan delicado asunto. La reunión, que debía solucionar la disputa entre las dinastías Hanan y Hurin en torno a la herencia del trono imperial, se efectuó, esencialmente, sobre la base de los señores indios que marchaban en el cortejo de los conquistadores. Tomaron así asiento todos los Curacas principales que estaban al lado de Francisco Pizarro; ya fuese como amigos declarados o como enemigos encubiertos.

Challco Chima propuso ante la junta de Curacas a otro hijo de Huaina Capac, también de origen quiteño. Pero ciertos jefes indígenas allí presentes se opusieron con firmeza exigiendo que el nuevo Inca fuera Cuzqueño.

Ante una situación tan compleja, Francisco Pizarro, con su típica mendacidad, ofreció secretamente, a ambos bandos, el trono incaico, sin definirse abiertamente por ninguno. Fue así como terminó la cita de caciques, tras la cual los Hanan y los Hurin, vale decir, cuzqueños y quiteños, se retiraron confiados en las ofertas recibidas.

Fue un perfecto doble juego, como lo cuenta el mismo secretario de la expedición, el viejo jefe, Francisco Pizarro “a Challco Chima trataba de dar palabra para que hiciera venir a las gentes que estaban en el Cuzco con las armas a dejarlas (o sea que obtuviese la rendición de las guarniciones quiteñas del sur, especialmente la de Apo Quizquiz que ocupaba militarmente el Cuzco), para que no hiciesen daño en la gente del país”. Simultáneamente, hablaba “a los del Cuzco para que fueran amigos verdaderos de los cristianos”.

Challco Chima creyó o fingió creer en el ofrecimiento secreto de los Pizarro. Pidiendo que les sacasen las cadenas que aún llevaba, optó por enviar embajadores a Quito a solicitar que le mandasen a uno de los hijos de Huaina Capac. Al mismo tiempo, con mucha discreción, seguía enviando mensajes a Apo Quizquiz; anunciando los proyectos de los cristianos; e indicando, de paso, la mejor manera de deshacer a los conquistadores. Por su parte los príncipes cuzqueños –segurísimos de la divinidad de los Viracochas-, enviaron también mensajes secretos a nobles cuzqueños ocultos en las vecindades de la capital, recalcando la magnífica disposición de los cristianos para reconocer a la legítima dinastía imperial.

## BATALLA DE VILCASHUAMAN

La anarquía política en el sur del Tahuantinsuyo obliga a Apo Quizquiz a decidir el repliegue de sus fuerzas militares. Se abandona virtualmente todo el centro del Imperio, poniéndose una primera línea de defensa en Vilcashuaman.

Hernando de Soto, quien en Jauja ha recibido órdenes de continuar avanzando con la vanguardia hacia el sur, llega así sorpresivamente a la ciudadela de Vilcashuaman y al encontrarla desguarnecida la captura. El ejército indio había salido poco antes en un gran chaco o cacería.

Enterado de lo sucedido el jefe de la plaza, Apo Maila, retorna apresuradamente. Insultos a los españoles se entremezclan a los gritos bélicos conforme se acercan las fuerzas quiteñas. Hernando de Soto midió a su enemigo, observando la fragilidad de las armas que esgrimían los quechuas. Muy experimentado en guerras contra indios dispuso lo más conveniente en estos casos: una impetuosa carga de caballería. Al frente de sus jinetes, y seguido de los auxiliares indios se lanzó sobre los atacantes, seguro de arrollar a las columnas de Apo Maila.

Los indios, sin embargo, con su infantería ligera de formación simple “aguardaron muy animosamente” a su rival. La batalla se prolonga cuando los indios, aunque abatidos por todos lados, no dejan el campo a los españoles. Nuevas hileras de soldados reemplazan, animosamente, a las que caen.

El ímpetu indio da sus frutos: “fuimos forzados de nos retirar a la Plaza de Vilcashuaman”, dirá años más tarde uno de los soldados de Hernando de Soto. Las huestes quiteñas han triunfado, pese a un costo elevadísimo. Los españoles han sufrido numerosos heridos. Perdieron también un hermoso caballo blanco, que los indios destrozaron de inmediato para hacer con cola y crines un estandarte de guerra.

Apo Maila junta a los dispersos, forma filas con los restos de sus huestes y arenga a sus hombres: “Volvamos atrás y peleemos con éstos hasta que no quede uno a vida, que son pocos”. La noche, no obstante, detiene el ataque y el comando decide cercar a los cristianos. Estos velarán hasta el alba, esperando socorro y listos para rechazar un ataque. Este se produce al amanecer.

Apo Maila con sus más vistosas galas dirige la carga. Ya no son muchos, pero su “gran ímpetu” obliga a Soto a jugarse el todo por el todo. Lanza a sus fuerzas sobre el enemigo, produciéndose un cruento choque. Con lanza jineta los cristianos atacan y vuelven a cargar. Los aceros causan horrible estrago. En la furia de la lucha cae el arrojado Apo Maila. Seiscientos de sus valientes mueren allí con él, tasajeados por los aceros españoles.

Cunde el desaliento entre los quiteños y se retiran del campo alanceados por la caballería. No obstante se rehicieron y con un nuevo jefe vuelven a cercar a Hernando de Soto. Para calmar a los sitiadores, el capitán castellano abrió entonces negociaciones y soltó a las mujeres que había capturado en la ciudadela.

No mucho después llegó la orden de Apo Quizquiz de retirarse más hacia el sur. La situación es difícil para los quiteños. Se habla de que Manco Inca, joven príncipe hijo de Huina Capac, ha reaparecido. Por otro lado, se acerca a Vilcashuaman el grueso de las fuerzas españolas, seguidas de poderosos contingentes de aliados indígenas.

## **LA CONSPIRACION DE VILCASHUAMAN**

Hernando de Soto no es sólo uno de los más audaces conquistadores, sino, a la par, hombre de ambición ilimitada. Retiradas hacia el sur las tropas quiteñas, Soto trama una confabulación: desobedeciendo las órdenes del comando español decidió con su gente seguir rumbo al Cuzco a fin de tener la gloria de capturar la capital del Imperio de los Incas. Y también de ser el primero en el saqueo.

Tras corta discusión sus hombres lo apoyaron. Están con él los más jóvenes y los más fogosos. Destaca entre ellos el futuro Mariscal judío del Perú: Rodrigo Orgoños.

## **LA PERSECUCION**

Uno de los hombres de Hernando de Soto alcanzó a delatar a Francisco Pizarro estos planes de su capitán con el correo.

Pizarro –quien conocía la audacia de Soto- comprende que es necesario detenerlo a cualquier precio. Siempre astuto, ordena que sea Almagro quien salga a perseguirlo y darle alcance a uña de caballo. Nadie en efecto podía correr más para alcanzar a la impetuosa vanguardia.

El viejo Almagro no esperó dos veces oír la orden. Nada casi le había tocado del oro de Cajamarca; y sabía que si Soto entraba primero en el Cuzco, poco habría de dejar del botín para los demás. Escogiendo así sus jinetes e indios auxiliares, Almagro partió veloz a atraparlo. Esa carrera valía millones de pesos para él más que para nadie.

Parece que Soto tuvo informe de esta persecución de Almagro, y, como buen aventurero, picó espuelas rumbo al Cuzco, sin que le importase en absoluto.

## **EL VEJAMEN DE LIMATAMBO**

Avanzando a marchas forzadas cruza Hernando de Soto el río Apurímac, dejando atrás Andahuaylas, Airamba y Curahuasi. Llega a Limatambo donde se producirá una importante entrevista con los jefes militares de los contingentes Tarmas del ejército de Apo Quizquiz.

Estos grupos no deseaban ya seguir respaldando al gran jefe quiteño. En principio parece que solidarizaban con la actitud de los Jaujas, quienes habían dado su plena adhesión a los Viracochas. Hernando de Soto, sin embargo, no es hombre de métodos diplomáticos. Recelando alguna emboscada, coge a los emisarios Tarmas y los castra. Así vejados los enviados vuelven a su cuartel donde desaparecerán las vacilaciones y surgirá un odio mortal hacia los castellanos. Los Tarmas se reafirman en su apoyo a Apo Quizquiz.

## **FORTALECIMIENTO DE MANCO INCA**

Mientras estos hechos ocurren en el frente de guerra, en la retaguardia los cuzqueños han empezado aceleradamente a reorganizarse. Los restos de la nobleza cuzqueña cierran entonces filas en torno a Manco Inca, uno de los principales hijos de Huaina Capac

Manco Inca, como legítimo sucesor de la corona, no tiene sino una idea: recuperar el trono. La aproximación de los Viracochas alienta a todos los cuzqueños.

## **BATALLA DE VILCACONGA**

Fue Yurac Huallpa quien en la espinada cuesta de Vilcaconga detuvo los ímpetus de Hernando de Soto, Apo Quizquiz no se halló presente por cuanto le era virtualmente imposible abandonar el Cuzco en ese momento a causa de la resistencia civil cuzqueña y la actuación clandestina de Manco Inca.

Soto marchaba adelante, como siempre, dando el ejemplo en ese momento difícil cuando se preveía un ataque en cualquier lugar. Fue así como, de buenas a primeras, aparecieron los tres mil indios de Yurac Huallpa. La carga fue tan furiosa que de encuentro se llevaron cinco españoles que murieron en el acto. Uno fallecería luego a consecuencia de las heridas. Los castellanos habrían emprendido desordenada fuga de no haber mediado la serenidad y coraje de Soto. Este, en circunstancias tan difíciles, reorganizó sus fuerzas: 40 jinetes e indios auxiliares.

“La grito de los indios era temerosa y su porfía y rabia en pelear” los más carniceros fueron allí los Tarmas; quienes habían sufrido el grave ultraje que Soto infirió a sus embajadores. El capitán español comprendió rápidamente que de no encontrar un sitio llano los matarían a todos. Pronto descubrió una llanada entre los montes y hacia allí enfiló. En tal terreno ya podría batirse la caballería. Los indios lo siguieron creyendo aniquilarlos; y cuando volvieron grupas los caballos, fueron deshechos. Tomaron entonces los cerros por orden de Yurac Huallpa y se dieron nuevas órdenes. Unos tras otros atacan los batallones indígenas: “peleamos hasta que la noche nos partió”, afirmaría después uno de los participantes en este encuentro.

Llegada la noche fueron cercados, Yurac Huallpa y sus capitanes se entretuvieron en amenazar a gritos a los españoles con espantosas muertes. Soto, sin embargo, no desmaya, y pasó esas terribles horas “con pláticas animosas”, alentando a sus soldados. Anuncia para el día siguiente una victoria en la cual, seguramente, no cree. Once cristianos heridos, cinco muertos y catorce caballos lesionados son un resultado que nada bueno permite prever. Fuertes pérdidas se ha sufrido, asimismo, entre los indios aliados.

Lo que no sabía Soto, alejada la esperanza de todo auxilio, era que Almagro ya había cruzado el Apurímac. Guiado por dos Chasquis, que Soto envió en pos de auxilio, se acerca Vilcaconga; y casi a tientas empiezan sus refuerzos a subir la cuesta sin hallar a los cristianos. Fue entonces cuando Pedro de Alconchel, un trompeta de Almagro, hizo conocer la presencia de los auxilios. Oído el toque, se reanimaron los de Soto y rompiendo el cerco se juntaron con los de Almagro. Mientras tanto, cundía el desconcierto entre las fuerzas de Yurac Huallpa que no conocían la magnitud del socorro llegado.



El comando quiteño se enteró, simultáneamente, de dos hechos gravísimos. Manco Inca marchaba rumbo a Vilcaconga con buen número de orejones cuzqueños de guerra decidido a cruzar armas con los de Quito y rendir pleitesía a los Viracochas. Asimismo los temibles cañaris, ejes de la defensa militar del Cuzco, han desertado de las filas quiteñas, por enemistades con Apo Quizquiz.

## **NUEVO COMBATE DE VILCACONGA**

Yurac Huallpa dio orden de retirada, ante la gravedad de estos sucesos, pero al parecer no todos los escuadrones indios acataron dicho mandato; o sencillamente perdieron contacto a causa de la oscuridad. Al alba amaneció nubladísimo el lugar; y poco se podía ver.

Los españoles contaron unos ochocientos cadáveres enemigos y un número parecido de heridos. Mientras tanto, se reanudó la lucha con un batallón aislado de Yurac Huallpa. Otra vez atraen los españoles al llano a sus rivales y luego cargan sobre ellos con ímpetu. Una nueva matanza pone fin a la lucha, persiguiendo en los cerros a los sobrevivientes.

Ya vencidos los indios y retirados camino al Cuzco, Diego de Almagro y Hernando de Soto acordaron aguardar la llegada de Francisco Pizarro. Lo difícil de la situación exigía que todos los españoles formasen un solo conjunto. Francisco Pizarro, por esta misma razón, pasó por alto al llegar al campamento, la conducta indisciplinada de su impulsivo capitán. No era hora para castigos; y, además, Soto contaba con mucha fuerza propia entre las mesnadas.

## **ENTREVISTA DE JAQUIJAGUANA**

Reiniciado el avance sobre el Cuzco, las huestes castellanas, unidas ya, siguieron su acenso por la cordillera. Fue en esas circunstancias que, cerca de Jaquijaguana, ocurrió un hecho de trascendental importancia: la adhesión de los Cañaris.

Chillche, principal Curaca de los Cañaris -belicosísima tribu del Tahuantinsuyo- salió con un grupo de nobles de su nación a rendir pleitesía a los Viracochas. Francisco Pizarro los aceptó de inmediato, sabiendo cuanto disminuían con tal actitud las posibilidades de resistencia de Apo Quizquiz.

Es muy probable que a estas alturas llegaran ya rumores de la aparición inminente de Manco Inca en el campo castellano. La vastedad del movimiento rebelde cuzqueño contra Apo Quizquiz no pudo pasar inadvertida a los españoles, o cuando menos a sus numerosísimos indios auxiliares. La llegada del príncipe cuzqueño, sin embargo, se retrasa, porque un pequeño, sector de la aristocracia orejona, acaudillada por el Vila Uma, se resiste a creer en la divinidad de los extraños seres. Aún más, el Vila Uma demanda que Manco Inca le entregue algunos miles de sus hombres para liquidar a la expedición española. Pero al fin se impone el criterio de la mayoría. Manco Inca mismo es un decidido partidario de los Viracochas. Los viejos oráculos, las profecías y todos los hechos parecen demostrarlo.

Fue así como Manco Inca “con algún número de orejones” fue hasta el campamento de los Viracochas. Francisco Pizarro, avisado de la calidad de

quien se acercaba, salió a darle bienvenida. “Lo recibió con mucha alegría y mandó que de todos fuese honrado y respetado”. Gran alborozo debió cundir en el campamento español: la farsa había dado frutos y las puertas del Cuzco se abrían generosamente para acogerlos como a dioses.

A las palabras de Manco Inca respondió el viejo jefe de las huestes conquistadoras como un redomado hipócrita: “Mucho me place lo que me dices y hallarte con tan buena disposición para echar fuera esta gente de Quito; y has de saber que yo no he venido de Jauja por otro efecto sino para impedir que ellos te hicieran daño y librarte de su esclavitud”.

Cuentan las versiones de la época que Manco Inca “quedó maravillosamente satisfecho”. Los presagios se cumplían. Efectivamente, parecían emisarios de los dioses que lo conducirían al trono.

### **CHALLCO CHIMA EN LA HOGUERA**

Francisco Pizarro deseaba cimentar el apoyo que le concedía la legítima dinastía imperial y para ello no encontró mejor expediente que ofrecer a Manco Inca al General Challco Chima, mortal enemigo del Cuzco.

“Veis aquí señor Manco Inca os traigo preso a vuestro enemigo capital Challco Chima. Veis lo que mandáis lo que se haga de él” le dijo el jefe de los conquistadores cumpliendo a las maravillas el papel que el destino le hacía jugar.

Manco Inca, entonces, más seguro que nunca de la justiciera intervención de los Viracochas, que le permitían castigar al cruel General, “como lo vio mandó que fuese quemado, a vista de todos porque fuese la nueva al Quizquiz su compañero y fuese para éste castigo y a los demás ejemplo”.

Allí no más se levantó la hoguera entre el entusiasmo de los Curacas cuzqueños. Llevaron rápidamente leña al fuego donde pereció abrasado Challco Chima. Sucumbió invocando a Pachacamac, reacio a toda conversión cristiana. “Toda la gente de la tierra se alegró infinito de su muerte, porque era muy aborrecido de todos por conocer lo cruel que era”, escribió uno de los que lo vieron morir”.

### **LA GLORIA**

“Y es de saber que la gente de toda la tierra salía de paz a los españoles y les favorecía contra aquella gente de guerra del inca Atao Huallpa porque los tenían en gran odio, porque los había desposeído de otro señor principal que había en el Cuzco, que se llamaba Huáscar”.

Esas muchedumbres salían a los cerros para aclamar a Manco Inca y a los Viracochas: “favorecían a los españoles con cuanto podían”. En todas esas comarcas de la tierra del Cuzco no hallaron hombre que la defendiese, y así entraron pacíficamente”. “Era tanta la gente que venía a vernos que los campos estaban cubiertos” contaba años después, uno de los integrantes de la expedición. Manco Inca, desde sus andas imperiales, saludaba a la multitud delirante. Un poco atrás debía sonreír el viejo Pizarro. Su astucia estaba siendo premiada con creces.

## **BATALLA DE ANTA .**

Reconocido como rey, Manco Inca inició su ataque sobre el Cuzco llevando como apoyo a los Viracochas, “y en junto al pueblo de Anta toparon con Apo Quizquiz capitán tirano del dicho Atao Huallpa Inca. Al fin les dio batalla (Manco Inca) con todos los orejones y con los españoles”.

La batalla empezó, como era costumbre con la carnicería que seguía siempre a las cargas de los jinetes; agravada esta vez la mortandad entre los contingentes cuzqueños y quiteños. Los soldados de Apo Quizquiz, no obstante, lograron rehacer sus filas, y contraatacaron a la vanguardia de las huestes hispano- cuzqueñas. Asaltando varios grupos pequeños de jinetes, lograron matar tres caballos y herir muchos más. Asimismo, sufrieron muchos cristianos, a los que salvaba siempre la coraza o el casco. La batalla se mantuvo indecisa por un buen rato y hubo momentos en que las cargas de la infantería de Apo Quizquiz hicieron retroceder a los jinetes más de una legua. Tales resultados eran la consecuencia de la experiencia que iban adquiriendo los indios en la lucha contra el equipo militar occidental.

Perdida toda posibilidad de ganar el combate y salvar así la capital del Imperio, Apo Quizquiz se replegó en buen orden. Cayendo la noche, Manco Inca y los castellanos prefirieron esperar al día siguiente para ingresar al Cuzco.

## **ASESINATO FRUSTRADO DE MANCO INCA**

Para Apo Quizquiz el enemigo principal es Manco Inca y no Francisco Pizarro. Viendo inminente la pérdida del Cuzco se decide a intentar un último esfuerzo: asaltar el campamento hispano-cuzqueño y liquidar al legítimo sucesor de la corona imperial.

Simultáneamente, ordenó al grupo que acometió dicha empresa que tratara de robar los caballos, para disminuir el poderío enemigo. La sorpresa se realizó a horas de la noche, provocando una confusión en el campamento. No consiguieron, sin embargo, su objetivo. Esencialmente porque los españoles velaban armados.

Apo Quizquiz, fracasado este intento, no esperó el amanecer para retirarse. Un combate en las calles del Cuzco era imposible por cuanto contaba con la decidida enemistad de la población civil. Esta, más bien, aguardaba ansiosa el ingreso de Manco Inca a la capital del Tahuantinsuyo, acompañado por los temibles Viracochas que venían haciendo justicia sobre los usurpadores del norte.

## **INGRESO TRIUNFAL AL CUZCO**

Al alba del día siguiente se aprestaron todos para entrar en la ciudad que significaba la culminación de una prolongada lucha. Para Manco Inca era la recuperación de la Corona a favor de la legítima dinastía cuzqueña. Para Francisco Pizarro la captura de la capital del Imperio de los Incas.

Incas y Viracochas fueron aclamados estruendosamente desde muy lejos de la capital. Enormes muchedumbres se apiñaban para contemplar el paso del joven rey y de su Corte. Todos marcharon “con gran aparato real y pompa de gran majestad”. Manco Inca lucía “con sus andas de plumerías, con el vestido más rico, con su Suntur Paucar en la mano”. La multitud de indios aliados de los cristianos venía atrás; y pronto empezaron algunos desórdenes de los Yanaconas que fueron contenidos por los Viracochas.

Los españoles, comprendiendo lo ventajoso de su situación, pero también sus dificultades, actuaron con suma prudencia y sagacidad para no romper el encanto. Solo el Sumo Sacerdote, el Vila Uma, seguía desconfiando. Cuando los castellanos trataron de ingresar al Coricancha, salió y airado les dijo: “¡Cómo entráis aquí!”. Todos los demás festejaban el éxito y agradecían a los Viracochas su divina intervención. Era el 15 de noviembre de 1533. Al día siguiente, con todo el ceremonial incaico sería coronado Manco Inca por el propio Francisco Pizarro ante las aclamaciones frenéticas de la multitud. El nuevo rey repartió tierras, rebaños, mujeres y siervos entre los Viracochas. Por su lado, “los quechuas dispuestos a recibir a los vengadores de Huáscar no solamente les abrieron las puertas sino que también les entregaron todo el oro y plata y piedras de valor que en la dicha ciudad se hallaron y pudieron recoger así de guacas y mezquitas e casas del Sol como de otras partes”, según consta en documento inédito hallado por J. A. del Busto.

La prisa de Francisco Pizarro en consolidar en el trono al nuevo Rey la explica su Secretario: “e hízolo presto para que los señores e caciques se fueran a sus tierras que eran de diversas provincias y muy lejos unas de otras y para que los naturales no se juntaran con los de Quito, sino que tuvieran un señor separado al que debían reverenciar y obedecer”.

## **BATALLA DE CAPI**

A los pocos días de la entrada al Cuzco vinieron noticias de que Apo Quizquiz había sido ubicado en agrestes montañas de Paruro, hacia Capi.

Francisco Pizarro no estaba dispuesto ya a abandonar la plaza del Cuzco y por tanto decidió que el grueso de su ejército permaneciera allí. Simultáneamente, Manco Inca, enterado de las mismas noticias de Apo Quizquiz se presentó ante los Viracochas para afirmar que había decidido marchar sobre su mortal enemigo y no regresar hasta matarlo. Es su hijo, el cronista Titu Cusi Yupanqui, quien señala que antes de partir el joven rey cuzqueño encargó a los suyos que proveyesen a los Viracochas de todo lo necesario, “hasta que él volviese, diciendo que quería ir a matar a aquel bellaco del Quizquiz y destruir toda su generación, pues tanto se le desvergonzaba”. En cuatro días juntó Manco Inca cinco mil hombres de guerra y buen número de servidores de campaña.

Solicitó luego comandar las fuerzas hispano-cuzqueñas que marcharan hacia Capi, al concedérsele cincuenta jinetes para la expedición. Poco antes Manco Inca había rechazado el deseo formulado por Francisco Pizarro para ir contra Apo Quizquiz.

Se vence a Quizquiz a escasas leguas del Cuzco. Este se repliega entonces más allá del río Apurímac. Consulta con sus lugartenientes la posibilidad de una retirada hacia Quito, a marchas forzadas a lo largo de los

Andes. Pero sus oficiales no aceptan; y especialmente se oponen los sacerdotes. Todos desean recuperar el Cuzco. Es entonces que partiendo de Tambobamba se inicia una contraofensiva de Apo Quizquiz.

Esta campaña de reconquista será detenida en el sangriento combate de Capi. Allí las huestes cuzqueñas, reorganizadas y con bríos incontenibles, reforzadas con orejones aguerridos, batieron a las tropas quiteñas. Estas no tuvieron más que retirarse en desorden, perdiendo ya toda esperanza de tomar el Cuzco.

Apo Quizquiz, sin embargo, se fijó pronto otro objetivo: Jauja. Se ha enterado de que allí quedó el oro del rescate de Atao Huallpa. Ordena entonces el avance sobre Vilcashuaman para poder, desde allí, proyectar el asalto a Jauja. Esta ciudad estaba defendida por una guarnición castellana y muchos miles de aliados indígenas, naturales del valle del Mantaro.

Estos son los tiempos en los cuales Apo Quizquiz, llegó a maldecir tanto a Huáscar Inca como a su propio señor, ya muerto, Atao Huallpa, por las disensiones que habían sumido al Imperio en un caos. Parece que hasta envió mensajeros a un príncipe cuzqueño, Paulo Inca, hermano de Manco Inca –y su rival-, a fin de ofrecerle apoyo como elemento de unidad entre el norte y el sur, entre los Hanan y los Hurin, entre Cuzco y Quito.

## **LAS GRANDES CELEBRACIONES**

Expulsado ya Apo Quizquiz de las comarcas cuzqueñas retornaron a la capital imperial Manco Inca y Diego de Almagro, donde se habría de festejar ese acontecimiento con inusitado regocijo.

Se acordó “hacer grandes fiestas en la plaza de la ciudad de bailes y danzas, ayuntando cada día tanta cantidad de gente que con mucho trabajo cabía en la plaza, trayendo a las dichas fiestas todos sus abuelos y deudos muertos”.

En esas festividades, al lado de Francisco Pizarro y el resto de los Viracochas estaba la respetada momia de Huaina Capac y de los demás grandes Incas. El entusiasmo fue de tal magnitud que los festejos se extendieron a lo largo de treinta días. Había llegado la hora de la venganza contra quienes masacraron sin piedad a la crema de la nobleza cuzqueña. Los jóvenes orejones Hanan pugarán pronto por marchar sobre Apo Quizquiz a quien se sabe en Condesuyos. Querían vengar el asesinato de sus padres y madres. El odio está aún encendido y tardará mucho en apagarse. Los castellanos no harán luego sino azuzarlo, mientras siguen asentando su dominio sobre el Tahuantinsuyu. Fingían a la perfección como omnipotentes deidades.

## **PERSECUSIÓN DE APO QUIZQUIZ**

Para exterminar al ejército de Apo Quizquiz, reunió Manco Inca diez mil nuevos combatientes.

Con ellos emprendió campaña hacia el norte, aunque sin alcanzar a su odiado enemigo. Se detuvo en Vincho, pero no halló ni noticia de su rival en todos sus alrededores. Pero como había ofrecido no volver “hasta que matase al traidor

de Quizquiz” siguió en campaña más hacia el norte. Probablemente las huestes cuzqueñas de Manco Inca tuvieron choques con las de Inca Ruallo, lugarteniente del general quiteño; quien quedó acantonado en Vilcashuamán; retirándose luego en seguimiento de su jefe máximo.

## SEGUNDA BATALLA DE JAUJA

Enfrentó esa cruenta batalla al Capitán Gabriel de Rojas y al tenaz General Apo Quizquiz. Bajo el mando del primero lucharon cuarenta castellanos - veinte montados – y el mínimo de tres mil guerreros indígenas, especialmente jaujinos; enemigos mortales de los quiteños. Cabe señalar que ya aquí, en este encuentro, se armó a los siervos yanaconas para que lucharan en el campo de batalla contra Apo Quizquiz.

Antonio de Herrera, siguiendo a Cieza de León, nos ha descrito así aquel encuentro:

Los españoles “determinaron de aguardar el acontecimiento en el campo, por aprovecharse mejor de los caballos, que como temerosos y espantables a los indios, , era su total remedio; y llevando consigo a los indios amigos y a los Yanaconas, llegaron a las manos, y no turbándose Quizquiz por hallarlos apercebidos, contra lo que había imaginado, acometió animosamente y los suyos peleaban con sus dardos, hondas y armas ordinarias, y en el primer ímpetu mataron a muchos indios de los que llevaban los castellanos y prendieron sesenta yanaconas y más prendieran y muchos más mataran, si el socorro de los caballos, contra los cuales no hallaban reparo, no los hiciese estar en freno, los cuales acudiendo con presteza a todas partes, bien cerrados y apretados, en una tropa, rompían, alanceaban y mataban”.

“Finalmente, conociendo el Quizquiz que su fortuna era contraria, dejó la batalla y tomó en camino de Quito, y luego hizo matar a los sesenta Yanaconas presos. Los castellanos hicieron gran mortandad en los indios, pero todos quedaron heridos y uno solo muerto, que así le hallaron debajo de su caballo; y también mataron tres caballos; cosa de gran pérdida, pues ya llegaba el precio de un caballo a cuatro y cinco mil pesos”.

Otra importantísima versión de esta batalla de las fuerzas indo-españolas, acaudilladas por Gabriel de Rojas, contra las tropas de Apo Quizquiz, es la que nos proporciona el Secretario de Francisco Pizarro:

“... después de oír misa tomó el Tesorero (Riquelme) veinte caballos y veinte peones con dos mil indios amigos, dejando en la ciudad otros tantos españoles de a caballo y de a pie, previniéndoles que cuando los enemigos los acometieran por la otra parte hicieran una señal que ellos la pudieran ver para que vinieran a socorrerlos.

Salidos de la ciudad los españoles con el lugarteniente vieron que los Indios de Quito habían cruzado el río pequeño con sus escuadrones en los que podría haber hasta seis mil de ellos, que viendo a los españoles que se retiraron y volvieron a pasar de la otra banda. Pues viendo los españoles que si ellos no acometían a los enemigos aquel día, la noche siguiente vendrían a saquear y poner fuego a la ciudad determinó de pasar el río y pelear con los enemigos, donde se tuvo una brava escaramuza así de tiros de ballesta y arcos como de piedras, y al tesorero que iba delante de todos por el río abajo le acertaron una en la coronilla de la cabeza que lo echó del caballo en medio del río y

atarantado se lo llevó el agua un buen tiro de piedra, de suerte que se hubiera ahogado si no lo hubieran socorrido unos ballesteros españoles, que lo sacaron con mucho trabajo.

Dieron asimismo a su caballo una pedrada en la pierna que se la rompieron y murió luego. En esto cobraron grande ánimo los españoles y apretaron para pasar el río, y viendo los indios su determinación se retiraron a un monte agrio, donde murieron unos cientos. Los caballos lo siguieron legua y media por el monte; y porque se habían recogido en lo más fuerte del monte en donde los caballos no podían subir, se retiraron a la ciudad. Y visto luego que los enemigos no salían de aquella fortaleza del monte se determinaron de volver de nuevo contra ellos y salieron la vuelta dellos veinte españoles con más de tres mil indios amigos, que los acometieron en aquel monte donde estaban fortalecidos, y mataron a muchos echándolos de aquella fortaleza y persiguiéndolos más de tres leguas, con muerte, de cuya victoria quedaron tan contentos los Indios amigos como si ellos solos la hubieran alcanzado”.

Mucho debieron festejar los jaujas y los yanaconas esa victoria sobre el general Apo Quizquiz. Este no tuvo otro remedio que apresurar su retirada hacia el norte. Pasó a Tarma, pero también fue arrojado de allí por los lugareños.

### **NUEVA PERSECUCION**

Las noticias de la victoria de Jauja causaron gran alegría en la capital imperial, tanto entre los cuzqueños como a los Viracochas. Pero como desde allá se pedían refuerzos para continuar la persecución a Apo Quizquiz, quien se había fortalecido en las comarcas huanuqueñas, se procedió nuevamente a reclutar gente.

### **FUNDACION ESPAÑOLA DEL CUZCO**

El 23 de marzo de 1534 se fundó la Ciudad del Cuzco, repartiendo solares y encomiendas. Oro y plata habían sido ya derramados abundantemente entre los Viracochas. Los indios debían mirar con mucho asombro todas estas raras ceremonias; del mismo modo como habían contemplado el Requerimiento a principios de enero.

### **PARTEN MANCO INCA Y FRANCISCO PIZARRO**

Manco Inca y el jefe de los Viracochas partieron rumbo a Jauja. En el camino se enteraron de que Apo Quizquiz se había rehecho. Fue entonces cuando Manco Inca solicitó a sus lugartenientes en el Cuzco la remisión de otros dos mil hombres escogidos. Así llegaron a Jauja, el rey indio y aquel a quien se creía enviado por los dioses.

## **OTRO COMBATE**

Hernando de Soto y cuatro mil indios aliados comandados por un hermano de Manco Inca batieron a Apo Quizquiz desalojándolo de muy buenas posiciones al norte de Jauja. Mientras tanto Diego de Almagro se dedicaba a pacificar las comarcas del Valle del Mantaro.

## **UN GRAVE RIESGO**

La alegría de los Viracochas por la forma como iban imponiéndose en el Tahuantisuyu se rompió de pronto. Llegaron noticias de que naves del famoso capitán Pedro de Alvarado habían sido vistas en la costa. Francisco Pizarro temió la competencia del aguerrido compañero de armas de Hernán Cortés. Fue entonces cuando despachó con celeridad a Diego de Almagro hacia el norte para consolidar la guarnición de Sebastián de Belalcázar, acantonada en San Miguel de Piura. Pero cuando llegó a esa ciudad, ya no encontró a aquel capitán. En efecto, Belalcázar había partido para conquistar Quito; pero muchos rumoreaban que estaba coludido con Pedro de Alvarado.

## **MANCO INCA Y HERNANDO DE SOTO**

Con pequeña tropa española y tres mil indios de linaje partieron de Jauja Manco Inca y Hernando de Soto para liquidar a Apo Quizquiz; quien había vuelto a tomar fuerza.

Así entre los Viracochas y esos guerreros cuzqueños selectos destrozaron la línea de defensa de Apo Quizquiz; quien, sin embargo, alcanzó a retirarse en buen orden hacia el norte.

Mientras tanto, Diego de Almagro, desesperado al no haber hallado a Sebastián de Belalcázar en Piura se lanzó a la aventura del segundo a través de las desconocidas serranías del norte del Tahuantisuyu. Rumbo a Quito lo encontraremos luego donde lo aguardarían increíbles aventuras. Pero antes veamos cuales fueron los hechos de armas de aquel a quién ahora perseguía desesperadamente y cuantos fueron los sufrimientos de Belalcázar para dominar a Rumi Ñahui.

## **CAMPAÑA DE RUMI ÑAHUI**

El General Rumi Ñahui, dueño de Quito, una vez muerto Atao Huallpa, había decidido romper definitivamente sus lazos con la dinastía norteña. Liquidó a sus más calificados representantes, especialmente a los que podrían tener alguna posibilidad a la sucesión en el dominio de esas regiones.

Cuando Francisco Pizarro partió a Cajamarca, rumbo al Cuzco, ya había encomendado a Sebastián de Belalcázar que reforzase la guarnición española en San Miguel de Piura. No mucho tiempo después de su arribo, se presentaron ante Belalcázar embajadores de los Cañaris con el fin de solicitarle que los ayudara en la guerra de independencia contra Rumi Nahui; quien había



cometido numerosos abusos contra esa poderosa confederación. Sebastián de Belalcázar no pudo hallar mejor ocasión para dirigir sus huestes sobre Quito. Así fue como, con unos doscientos Viracochas partió “a defender a los Cañaris, que se le habían dado por amigos”; y simultáneamente salió a defender esa parte del Imperio de los Incas de un nuevo conquistador, de ese intruso verdaderamente temible que era Pedro de Alvarado. Aquel veterano de las guerras contra los aztecas ahora estaba en el Perú en pos de nuevas glorias y tesoros.

Las tropas quiteñas comandadas por Chaqui Tinta, tuvieron un primer desastre ante Belalcázar en Zoropalta. Allí puso espanto la caballería y no se atinó a hacer frente a los españoles que venían ya con buenos auxilios indígenas. A poco se formará la alianza definitiva entre españoles y cañaris. En frente unido irán entonces los europeos y los indios amigos contra Rumi Ñahui.

### **BATALLA DE TEOXACAS**

Poco después se libró la furiosa batalla de Teoxacas, tan encarnizada que no hubo vencedores ni vencidos: “los unos y los otros se apartaron sin quedar la batalla sin ninguno”. Destacaron, con sus ancestrales virtudes guerreras, los Cañaris; eficaces aliados de los conquistadores.

El encuentro se realizó con una sorpresa sobre una vanguardia de diez jinetes. Luego el choque se generalizó. Los quiteños lograron matar varios caballos de sus enemigos, pese a su inexperiencia. Unas trampas que Rumi Ñahui había puesto para los caballos son denunciadas por gente que abandona su cuartel para pasarse al campo español. Terminado el combate mataron los indios cuatro castellanos. La reacción se debió a que un Capitán indígena detuvo la retirada de su gente para contraatacar a las huestes hispano-cañaris. Llega la noche y resultan virtualmente cercados por sus enemigos.

Decididos a romper el sitio atacaron sorpresivamente a las pocas horas por un solo lugar. Destrozado el cerco maniobran con la caballería y atacan por la retaguardia. Deshacen la resistencia india y capturan entonces muy buen botín de bastimentos y tesoros.

### **BATALLA DE RIOBAMBA**

Tras el desastre de Teoxacas, las fuerzas de Rumi Ñahui se volvieron a fortalecer en Riobamba. Allí volvieron a encontrarse con los Viracochas y sus Cañaris. Una emboscada que se preparó contra la caballería es otra vez delatada por gente que deserta de sus filas. Pero siempre alcanzan a matar a cinco españoles.

Al ser sorprendido un destacamento de su ejército, Belalcázar se retiró precipitadamente. Pero dando un rodeo, cayó de sorpresa sobre la ciudad; poniéndola así bajo su dominio.

En las cercanías de Ambato en Pancallo, se librará una nueva batalla que buscó Sebastián de Belalcázar; empeñado en liquidar todo vestigio de resistencia. Pero los quiteños lograron salvar buena parte de sus efectivos,

retirándose más hacia el norte. En esas campañas han destacado al lado de Rumi Ñahui, los Generales Inca Rabayu y Rupay Yupanqui.

### **TOMA DE QUITO**

Rumi Ñahui encuentra imposible la defensa de la gran ciudad y decide abandonarla a su suerte. De todos modos, Sebastián de Balalcázar encontraría resistencia en sus alrededores pero no de magnitud. Antes de partir, el jefe indio se llevó sus riquezas y mató a sus trescientas mujeres para impedir que cayeran en manos de los conquistadores. Decidió guarnecerse en un lugar agreste. Se realizaría a poco un intento sorpresivo de los quiteños para recuperar su capital. Fracasó por cuanto los castellanos estaban prevenidos para cualquier emergencia.

### **COMBATE DE YURBO**

Los últimos intentos de resistencia los realizará Rumi Ñahui en Yurbo. Aquí los Cañaris inician el combate contra ya muy reducidos efectivos quiteños. La caballería acabará de aplastar los postreros vestigios de esta lucha. Rumi Ñahui, fiel a su vida heroica, se hundió en las selvas; sin entregarse a los cristianos. Aquí se pierde ya su huella y los datos aparecen sumamente confusos y hasta contradictorios.

### **ALMAGRO Y BELALCAZAR**

Tras la definitiva derrota de Rumi Ñahui se encontraron Diego de Almagro y Sebastián Belalcázar en Quito.

El primero ha venido a marchas forzadas desde Jauja, advertido ya por Francisco Pizarro de la posibilidad de un desembarco de Pedro de Alvarado en el extremo norte de la costa del Tahuantinsuyu y, además, dudando de la lealtad de Belalcázar; quien tras abandonar San Miguel de Piura inició, por su cuenta y riesgo, una expedición al norte, hacia Quito. Aclaradas las cosas, los dos capitanes peninsulares se pusieron de acuerdo para eliminar a competidor tan peligroso como el lugarteniente de Hernán Cortés.

### **LA MARCHA DE LA MUERTE**

Sin que Almagro y Belalcázar supieran donde, Pedro de Alvarado había desembarcado en las tropicales playas septentrionales del Imperio de los Incas; región pantanosa, hostil y poco poblada por gente primitiva.

Venía con formidable ejército de quinientos hombres muy bien equipados, dos mil indios centroamericanos y considerable número de negros. Fue, sin embargo, una de las más desgraciadas expediciones de la historia.

El infierno de los pantanos y la maleza quedó regado de cadáveres. Pero luego vendría lo peor; los hielos de las cordilleras. Ignorando los pasos, trató de cruzar por donde juzgó más rápida la marcha. Pueblo indígena que

hallaban lo destruían para llevar como esclavos a sus pobladores. Indios y negros perecieron en forma inverosímil por el hambre y el frío. Se comió de todo; hasta cueros y ratas. Finalmente, no hubo más remedio que establecer el canibalismo entre los indios auxiliares como único medio de supervivencia. Con perros furiosos y a golpes de espada se aguijaba a los lerdos en las marchas; mientras se defendían de ataques de tribus hostiles. Finalmente perderían la vida en esta odisea ochenta y cinco españoles y seis mujeres castellanas. De los indios y negros que murieron, nadie llevó cuenta jamás. Se dice que los jefes arrebataban a las madres de sus hijos para que cargaran bultos y bagajes. Muchos dejaron allí dedos y manos y hasta la vista por efecto de la nieve. Sufrieron por último, la espantosa erupción del volcán Cotopaxi, cuya ceniza llovió sobre la expedición. Pero Alvarado, tenaz, no torció el rumbo. Iba sobre Quito, en donde estaban dos de sus importantes compatriotas: Almagro y Belalcázar, quienes tramaban la mejor forma de eliminarlos.

### **BATALLA DE LIRIBAMBA**

Como se ha visto, tras los reproches de Almagro a Belalcázar por haber abandonado sin aviso San Miguel de Piura vino la unión de esos dos jefes. El pacto había sido motivado por los rumores de presencia de Pedro de Alvarado en la costa y por la reorganización de las huestes de Apo Quizquiz.

Dejando de gobernador de Quito a Belalcázar partió Almagro rumbo al sur, pero no muy lejos tuvo ya un encuentro con indios rebeldes. Fue en Liribamba, y “venció con gran dificultad”. Cabe recalcar que pelearon allí escuadrones de mujeres contra los españoles y contra crecido número de aliados Cañaris.

Un general indígena capturado informó a Almagro de que Pedro de Alvarado estaba no lejos de allí, cercado por los indios en Sicho. Cundió entonces la alarma entre Almagro y los suyos.

### **PACTO DE RIOBAMBA**

Almagro partió aceleradamente en esa dirección, hallándose con que Alvarado había ya roto un breve cerco puesto por el Curaca Rupay Yupanqui. Ambos ejércitos españoles se acercaron y estuvieron a punto de entrar en armas. Todos estaban dispuestos a luchar por el botín y por la nueva tierra. Felizmente para ellos, hubo intermediarios que calmaron los ánimos y lograron un entendimiento.

La situación había sido tan tensa que Almagro se atrincheró, sabiendo del mayor número y mejor armamento de Alvarado. Para compensar esas deficiencias contaba diez mil indios cañaris y de otras naciones indígenas listos para entrar en acción a su favor. Pero las deserciones de los de Alvarado al campo almagrista favorecieron, pronto, un arreglo pacífico.

## **LA AMBICION DE FELIPILLO**

Antes de iniciarse las negociaciones, Felipillo se pasó al bando de Pedro de Alvarado, abandonando a su protector Almagro.

El ladino intérprete poseía –de hecho–, notable influencia entre los indios de guerra que ayudaban a los españoles. Logró que un Curaca lo acompañase en dicha aventura; y una vez en el campo de Alvarado se lo vio en varias reuniones con los jefes indios que respaldaban a aquel. Muchos creyeron que tramaba una revuelta para dar sobre los sobrevivientes de la feroz batalla entre españoles que parecía avecinarse.

Como resultado de las negociaciones de Riobamba, Pedro de Alvarado acordó vender toda su escuadra y ejército en cien mil pesos de oro. Precio elevadísimo que Almagro se comprometió a pagar para salvar la paz entre los cristianos.

Tal venta quedó en secreto hasta mucho después; y fue bastante criticada como poco honorable.

## **LA VENTA SECRETA**

Como resultado de las negociaciones de Riobamba, Pedro de Alvarado acordó vender toda su escuadra y ejército en cien mil pesos de oro. Precio elevadísimo que Almagro se comprometió a pagar para salvar la paz entre los cristianos.

Tal venta quedó en secreto hasta mucho después y fue bastante criticada como poco honorable.

## **NUEVAS CAMPAÑAS CONTRA APO QUIZQUIZ**

Fundado oficialmente San Francisco de Quito el 28 de agosto de 1534, y quedando allí Sebastián de Belalcázar, iniciaron su marcha hacia el sur Pedro de Alvarado y Diego de Almagro.

No mucho después de la partida, el jefe de los Cañaris le advirtió que Apo Quizquiz contaba con nuevo ejército y que estaba por el sur de Tumbabamba. Manco Inca y Hernando de Soto no habían logrado aniquilarlo del todo. Fue entonces cuando el belicoso jefe de los Cañaris dijo a Diego de Almagro que “se lo pondría en sus manos si lo quería aguardar”. Pero los españoles prefirieron tomar a su propia cuenta la campaña contra Apo Quizquiz.

El tenaz General partía mientras tanto de sus refugios en Huancabamba y tras reclutar nuevos escuadrones en las serranías piuranas continuó bregando por su plan inicial: recuperar Quito. Fue así como cayó sobre Pedro de Alvarado.

## **COMBATE DE CHAPARRA**

Por dominar algunos pequeños grupos rebeldes, Almagro se rezagó. Fue en esas circunstancias que sobrevino el combate entre los jefes indios y Pedro de Alvarado, hombre sin piedad como veterano de las guerras mejicanas.

En Chaparra se impuso Alvarado y logró capturar al jefe de la vanguardia de Apo Quizquiz, el General Socta Urco, a quien “lo prendieron peleando”. El grueso del ejército de Apo Quizquiz, no obstante, no había participado en Chaparra y estaba intacto.

### **BATALLA ENTRE ALVARADO Y APO QUIZQUIZ**

Alentado por el éxito, Alvarado prosiguió avanzando hacia el sur sin aguardar a Almagro. Fue entonces que chocó con Apo Quizquiz. Catorce españoles muertos fue el saldo de ese encuentro.

### **BATALLA ENTRE ALMAGRO Y HUAINA PALCON**

Mientras Alvarado se batía adelante con Apo Quizquiz, Almagro en la retaguardia tuvo que hacer frente a las tropas del lugarteniente de aquel, Huaina Palcon.

Este encuentro constituyó un fracaso para los españoles, pues no consiguieron desalojar a los indios de las magníficas posiciones en que se habían atrincherado.

### **CATASTROFE ESPAÑOLA**

Empeñados en abrirse paso hacia el norte, Apo Quizquiz y Huaina Palcon, unidos, continuaron batallando.

Defendiéndose de la implacable persecución española, tras cruzar un río, aprovechando una cuesta que seguía, Apo Quizquiz consiguió matar 53 españoles y buen número de caballos. Pero perdió cuatro mil de sus hombres; quienes desertaron se fueron al campamento español. Fueron posiblemente los siervos portadores del bagaje, llevados por la fuerza en regiones adversas a Quito.

### **DESASTRE INDIO : SEGUNDA BATALLA DE RIOBAMBA**

Ese resonante triunfo fue seguido de una terrible derrota de Apo Quizquiz. Sus ya escasas legiones fueron deshechas por un lugarteniente de Balalcázar en Riobamba.

### **ASESINATO DE APO QUIZQUIZ**

Discutiendo en su refugio de las montañas la estrategia a asumirse en el futuro, Apo Quizquiz y Huaina Palcon se trabaron en una ardorosa discusión.

Ambos eran nobles quiteños, pero de mayor linaje Huaina Palcon. Indignado éste por la decisión de Apo Quizquiz de mantener una prudente lucha guerrillera, y no obedecerle en salir a librar un combate a campo abierto, cogió una lanza y lo atravesó por el pecho.

Así acabó el eje de la resistencia incaica en esta primera etapa de las guerras Castellanas en el Antiguo Perú. Con su muerte se cierra todo un ciclo de la Conquista del Tahuantinsuyo. Como símbolo de la tragedia del Incario, cayó victimado por un hombre de su propia raza y aún de su propia nación.

Desde entonces los Viracochas, cuya divinidad es aceptada también en muchísimos valles del norte, y hasta en parte de Quito, reinarán con absoluta omnipotencia por un buen tiempo. A todo lo largo del dilatado lapso que duraron las multitudinarias festividades cuzqueñas que celebraban el restablecimiento en el trono de la legítima dinastía de los Hanan Cuzcos.

## **ENTREVISTA DE PACHACAMAC**

Algún tiempo después del asesinato de Apo Quizquiz se efectuó en Pachacamac la conferencia entre Francisco Pizarro y Pedro de Alvarado, pagándose entonces los cien mil pesos de oro ofrecidos por Almagro.

Almagro y Alvarado, al venir de Quito a Pachacamac, fundaron la ciudad de Trujillo el 6 de diciembre de 1534. Antes se habían detenido varias semanas en San Miguel de Piura.

La eliminación de un rival tan poderoso como Pedro de Alvarado causó gran satisfacción entre los almagristas y pizarristas. Quedaron aquí, además, sus indios guatemalas y sus esclavos negros, aparte de los cientos de españoles que había traído consigo. Grandes fiestas hubo en Pachacamac con tal motivo. Se jugó, además, desenfrenadamente y hubo hasta apuestas de cincuenta mil pesos de oro.

## **SEGUNDA PARTE**

### **MANCO INCA**

#### **SE ROMPE EL ENGAÑO**

Tras las celebraciones fastuosas por el triunfo de la legítima dinastía cuzqueña vino, lentamente, el desengaño de Manco Inca y de los orejones imperiales. Tal hecho se debió a que los españoles, una vez dueños de la situación, se revelaron tales cuales eran. Vencidos los Generales de Atao Huallpa y apropiados del Cuzco tras engañar a Manco Inca, cambiaron de conducta mostrando sus verdaderas intenciones. El trato amistoso hacia los nobles incaicos desapareció. Fue reemplazado con violaciones, saqueos, robos, torturas, humillaciones y asesinatos. De respeto falaz se pasó al vejamen; y del cinismo a la burla.

En un principio hubo, entre los Hanan Cuzcos, muchas dudas en torno a la actitud que se debía adoptar frente a tan extraña situación. ¿Cómo explicarse el raro cambio de los hasta entonces justicieros Viracochas? Mil respuestas debieron surgir. No fue violentamente, sin duda, como los orejones cuzqueños dejaron de creer en la divinidad de sus incondicionales aliados de otrora.

Manco Inca, especialmente, quien había propiciado la política de unión con los Viracochas, fue uno de los últimos en darse por vencidos. Hubo de sufrir

serios ultrajes para que cayera en cuenta de su grave error. Hasta dos veces estuvo en cadenas el joven Inca; presionado con cobardes amenazas, para que pagara sendos rescates por su libertad.

La llegada de Hernando Pizarro al Cuzco –quien venía desde España-, atenuó en algo la desdicha del monarca quechua; pero la insurrección ya estaba decidida por los Hanan Cuzcos; siendo Villa Uma, Cahuide y Tisoc los dirigentes más radicales. Secretamente se trazaban claros planes de reconquista, expulsión y muerte de los castellanos. Estos por su lado, mientras tanto, y no sin destreza, habían fortalecido sus lazos de amistad con determinados sectores de la heterogénea sociedad del Tahuantinsuyo. Aún en el Cuzco conservaron algunos partidarios, fundamentalmente en el seno de los Hurin Cuzcos. Fueron adalides de la tendencia hispánica Pascac Inca y Paullo Inca, hermano e hijo de Huaina Capac, respectivamente. Jefes indios a cuya decisión, firmeza e influencia muchos escritores atribuyeron en el siglo XVI que el Perú se mantuviera en el seno del Imperio Español. Esos pocos aristócratas incaicos no supieron estar a la altura de las legendarias tradiciones del Cuzco Imperial y negaron a su raza; a cambio de mercedes y privilegios.

## **FUNDACION DE LIMA**

La segunda mitad de 1534 y el año de 1535 fueron –a pesar de los vejámenes a los Hanan Cuzcos– de acelerado proceso de hispanización del Tahuantinsuyu; favorecido por la notable experiencia logrado por los castellanos en cuarenta años de conquista de señoríos americanos.

Se fortaleció así los pocos centros españoles existentes; y surgieron otros nuevos. Símbolo de aquella etapa fue la fundación de la Ciudad de los Reyes (Lima), al borde del mar, el 18 de enero de 1535. Se trasladó así la capital hispánica de Jauja al valle del Rímac.

Con esta medida, el Cuzco y los Andes quedaron postergados; y se escindió al Perú. La capital nueva debió permanecer, al igual que en México, en el asiento de la vieja capital india. Pero era grande el temor a los orejones y mucha la rudeza del clima. Se prefirió pasar al litoral; puerta de socorros o de fuga.

En el Rímac los españoles –al igual que lo hicieron en otras comarcas– fueron afianzando sus vinculaciones con antiguas aristocracias locales; con aquellas castas señoriales de las sociedades pre-incaicas; grupos estos que fueron en parte marginados por los Incas tras la expansión imperial cuzqueña. Engañados por los cristianos, o sobornados por éstos, esos régulos locales habrán de ser el mejor escudo de los castellanos en muchísimos lugares, al producirse la insurrección de Manco Inca. Rivalidades con los Incas los mantuvieron en pasividad o los empujaron a prestar su adhesión a España.

## **LAS RIVALIDADES**

Durante este lapso, igualmente, han surgido hondas rivalidades entre los conquistadores. El oro, los indios y la tierra no han bastado para satisfacer todas las ambiciones. La mítica fama dorada del Perú atrae gente de todas partes pero no hay ya tesoros que darles. Los españoles que llegan piden privilegios. Los que recibieron poco en la primera hora de la Conquista,

demandan nuevos repartos o traman la liquidación de los castellanos ricos. Continuamente arriban a las playas peruanas oleadas de peninsulares que ya nada tienen que conquistar; pero que, eso sí, exigen tierra y señorío. Por encima de la servidumbre de los indios y de la desintegración de la eficaz economía incaica, iba agravándose una crisis entre los mismos cristianos. Algunos conquistadores disgustados con el clan Pizarro se fueron, osadamente, a buscar nuevas aventuras, como Hernando de Soto. Otros, como el soldado cronista Ruiz de Arce, se fueron a Europa a gozar de sus fortunas.

## **EXPEDICION DE ALMAGRO A CHILE**

En medio de las tormentosas relaciones entre los cristianos en el Perú destacaba la sorda pugna de los dos grandes de la Conquista: Francisco Pizarro y Diego de Almagro. En más de un momento estuvo a punto de estallar la primera guerra civil española.

La crisis halló una solución temporal en la Conquista de Chile. Así jurándose paz eterna sobre una hostia consagrada, ambos jefes transigieron momentáneamente en su lucha por el Cuzco acordándose que uno de ellos, Almagro, iría a sojuzgar el extremo sur del Tahuantinsuyu. Tantas y tan excelente eran las versiones que corrían sobre la opulencia de esas comarcas que invirtió en la expedición casi todo su caudal; que era enorme a consecuencia del reparto del oro y de la plata del Cuzco.

Partió a principios de julio de 1535, con varios cientos de españoles; amparados en el príncipe Paullo Inca y sus treinta mil indios auxiliares. Fue también como ellos el Villa Uma, quien conspiraba ya contra los castellanos.

La expedición constituyó un desastre absoluto. Se perdió caudales, hombres, esclavos y siervos. Las páginas más trágicas de esa expedición están referidas a los pavorosos sufrimientos de los indios siervos. Para evitar las fugas se usaban sogas y cadenas: “Español hubo que metió doce indios en una cadena y se alababa que todos doce murieron en ella y cuando ya el indio había expirado, por espantar a los otros, y por no desaherrosarlos, le cortaba la cabeza por no abrir el candado de la cadena”. A los enfermos y cansados no los dejaban en paz “hasta que muriese del todo”. Parece fantasía, pero testigos presenciales –un sacerdote como Cristóbal de Molina– cuenta espantado que hasta a los grandes perros y potrillos se los llevaba en andas y en hamacas.

Viendo tanta abyección, Villa Uma fugó, muy al sur, del campamento de Almagro; decidido a retornar al Cuzco y acelerar el desencadenamiento de la rebelión. Villa Uma fue seguido de Felipillo, quien, alcanzado por partidas de caballería española, sufrió el descuartizamiento.

Desde entonces Diego de Almagro y Paullo Inca perdieron todo contacto con el Cuzco. Sólo año y medio después ya de regreso del lejano Chile, estando en el valle del Misti, se enteraron de la insurrección cuzqueña. Los huesos de quince mil indios auxiliares, numerosos españoles e incontables negros, dejados en nevados y arenales, fue todo el fruto de esa costosa expedición. Para entonces hacía ya dieciocho meses que Manco Inca señoreaba desde Jauja hasta el Collao.



## **LAS LEYES ESPAÑOLAS**

Por esta época había también otra España. La España sublime del Renacimiento en la cual ya escribía el poeta Garcilaso y el anónimo del Lazarillo de Tormes; y donde tallaba el Berruguete. Aquella España que después habría de obsequiar al mundo con el Quijote, con extraordinarias pinturas y versos exquisitos. La otra España que dio a los grandes del Derecho. A Francisco de Vitoria y a toda su escuela. A ese Vitoria que desde su cátedra en la famosa Universidad de Salamanca negaba al Papa potestad temporal y al Emperador títulos suficientes para decidir sobre el porvenir de los pueblos americanos. Aquel Vitoria que dictaba su cátedra audaz, mientras los Pizarro quemaban indios en el Perú con la tolerancia de los capellanes.

Muchos fueron los juristas que siguieron la huella de aquel gran sacerdote y verdadero cristiano que fue Francisco de Vitoria. Los lauros de la fama se los llevó Fray Bartolomé de las Casas, quien, con sus exageraciones, con su pasión de apóstol, tanto hizo en pro de una nueva legislación a favor de los indios del nuevo continente.

Todas esas leyes, no obstante, caían siempre en el vacío. Las tendencias protectoras de la Corona, jamás fueron aceptadas por los conquistadores castellanos. Fue letra muerta. Lo máximo que se lograba era el ocultamiento de las matanzas y de la violencia en general. De allí que las crónicas oficiales fuesen tan pudorosas para narrar determinados hechos de sangre.

Los conquistadores argüían que la conquista se había gestado como empresa privada. Jamás Carlos V arriesgó un maravedí de sus arcas, o la sangre de uno de sus soldados en la empresa de conquistar América. Por tanto –para ellos-, aunque no lo expresaran nunca abiertamente, no tenía mucho derecho para intervenir en las cosas de estas tierras. Germinaba entre las huestes conquistadoras un indiscutible sentimiento autonomista, apenas frenado por el temor casi religioso que existía por el Rey. Por un Carlos V que, además, era en esos tiempos el señor del mundo.

## **LOS PRECURSORES**

Entre los numerosos movimientos menores que se pueden considerar como de carácter precursor del levantamiento de Manco Inca se hallan dos que merecen ser destacados en forma especial.

El primero de ellos es el de Tisoc, un tío de Manco Inca, y por tanto de linaje imperial. Este orejón ilustre se sublevó en el centro de los Andes, teniendo como ejes las belicosas regiones de Tarma y Bombón.

Al ser combatido por las mesnadas castellanas, dado lo reducido de sus fuerzas, no tuvo más remedio que perderse en la espesura de la selva. Pero antes de hacerlo “avisó a su sobrino Manco que lo más presto que pudiese procurase de salirse de entre los castellanos y juntase gente y les hiciere la guerra, que él acudiría”.

El otro caso tiene perfiles de grandeza clásica. Fue un levantamiento fracasado por la fratricida división entre los indios del sur. Pero su final resultó tremendo, pues varios de los jefes se suicidaron para no caer en la tortura y la muerte infame. Por último, “un principal y de buena persona, nombrando muchas veces a Huaina Capac, ató en una cuerda a su mujer y dos hijos, con

seis ovejas y seis fardelas y dando dos o tres vueltas al brazo, cerrando los ojos, se despeñó por aquellos grandes riscos llevando tras de sí aquella compañía.

Era época en que se multiplicaban los suicidios. Pronto empezarían a multiplicarse los asesinatos de españoles. Se estaba ya a las puertas de la gloriosa insurrección.

### **REGRESA EL VILA UMA**

Precipitadamente ha retornado de Chile el Vila Uma o Sumo Sacerdote. Ha dejado allá a Diego de Almagro y a Paulo Inca, el gran aliado de españoles, quien tiene aún bajo su mando unos veinte mil hombres en esa expedición.

Vila Uma adelantó su decisión, seguramente, al contemplar los innumerables abusos cometidos por los castellanos en el sur del Tahuantinsuyu.

Por caminos secretos debió llegar Vila Uma al Cuzco; donde ya se lo acusaba de haber agitado el Collasuyo. Manco Inca lo excusó hasta donde le fue posible; y finalmente fue a verlo. Entonces Vila Uma y otros representantes de la nobleza cuzqueña manifestaron claros puntos de vista a Manco Inca sobre la urgencia de una inmediata insurrección. Era buen momento, pues cientos de españoles estaban comprometidos en la conquista de Chile y con ellos estaba Paulo Inca. Tras un prolongado y difícil proceso conspirativo, el joven Rey aceptó el proyecto y acordó salirse del Cuzco con pretextos de nuevos tesoros, Hernando Pizarro cayó en la trampa y lo dejó partir, aunque con custodia de españoles y contingentes de indios fieles. Muchos rumores corrían ya de levantamientos.

### **LA ESCISION TRAGICA**

Las rivalidades dinásticas entre los Hanan Cuzcos y los Hurin Cuzcos no se habían apagado aún.

Fue así como en el momento decisivo no acompañaron a Manco Inca en su heroica empresa “por particulares pasiones u odios que entre ellos hubiese”. Pascac, Huaypa Rosu, Cayo Tupac, sobrinos todos de Huaina Capac, y Rimachi, así como “muchos indios naturales del Cuzco”. El ciego sentido de fidelidad a sus Curacas hizo que gruesos sectores del sur del Tahuantinsuyu combatieran también por España; a causa de la actitud adoptada por algunos dirigentes indígenas Hurin.

Se negaron terminantemente a salir con Manco Inca hacia Yucay –sede de la conspiración-, los Cañaris y Chachapoyas, bravos guerreros que decidieron dar todo su apoyo a los castellanos.

Llama en realidad la atención el modo como Manco Inca logró engañar a Hernando Pizarro, pues era voz general en el Cuzco que se preparaba el levantamiento. Los mismos españoles se lo dijeron al jefe castellano. Se lo confirmaron tardíamente los dos cristianos que el Inca envió de regreso desde Yucay.

## **COMBATE DE YUCAY**

Enterado de la verdad, Hernando Pizarro, despachó de inmediato un pelotón de caballería para traer al Inca antes de que acopiase gente: “se defendió con grandísimo ánimo y osadía y embistiendo a los españoles los hizo retirar y a los indios que venían con ellos, y no contento lo fue siguiendo y lo hizo huir hasta el Cuzco”.

## **EL GRAN ERROR DE MANCO INCA**

Error gravísimo de Manco Inca desde la iniciación de la Reconquista fue su política draconiana hacia los indios aliados de los españoles. Decretó la pena de muerte inmediata para cuanto indio amigo de cristianos cayera en manos del ejército cuzqueño. Esta actitud le enajenó eventuales socorros que habían llegado hacia él, procedentes del campo español. Particularmente se sabe que los siervos yanaconas, desengañados del trato que les daban los castellanos, ansiaban pasarse a las filas rebeldes. Pero los castigos de Manco Inca los hicieron, primero vacilar, y luego mantenerse en el bando cristiano para salvar sus vidas.

Manco actuó así movido por la natural repugnancia que le provocaban quienes seguían ayudando a enemigos declarados de su raza. Pero no comprendió con claridad que en el seno de la sociedad incaica existían aún diversas concepciones que separaban mucho a unos pueblos de otros: lenguas, tradiciones, costumbres, economías, leyes. Además las antiquísimas rivalidades del Cuzco con varias confederaciones tribales no se habían borrado; y sus jefes seguían valiéndose de los españoles para recuperar privilegios. Numerosos altos Curacas de provincias mantuvieron su adhesión a los cristianos.

Por su lado los yanaconas no se quedaron atrás ante las medidas represivas del Inca. Iban en las batallas “cortando piernas y brazos con infinito derramamiento de sangre”. “Ningún daño mandaban hacer los españoles en esos indios de servicio que no los ejecutaban como si fuera contra enemigos capitales”, se lee en testimonios de dicha época. Fue crecidísimo su número en el Cuzco, pues los españoles los trajeron en abundancia de todas las comarcas del Tahuantinsuyu recorridas desde la iniciación de la Conquista del Perú.

## **OTROS INDIOS ALIADOS**

Tuvieron en el Cuzco por Capitán a Pascac, hombre esforzado que luchó denodadamente por la causa de España.

Los núcleos fundamentales fueron integrados con los aguerridos Cañaris, endurecidos enemigos de los Incas. Sus batallones constituyeron el mejor escudo de los castellanos. Al lado de ellos estaban los Chachapoyas, que destacaron también por su valor. Numerosos indios cuzqueños, siguiendo a los príncipes pro-españoles se batieron, asimismo, en el Cuzco contra Manco Inca. Finalmente, cabe considerar a los Nicaraguas y Guatemalas, indios

centroamericanos traídos por miles al Perú y que fueron siervos fieles de sus amos cristianos.

Aparte de los siervos yanaconas peruanos se debe mencionar también a los esclavos negros; que jugaron papel decisivo en aquel momento histórico. Ya se contaban por cientos y quizá por miles en el Perú. Pelearon también al lado de sus amos contra la insurrección cuzqueña.

Pascac, el capitán general de los indios aliados, parece que fue el hombre de consejo y experiencia. En las antiguas relaciones aparece consultado sobre las medidas bélicas a adoptarse. Por lo demás era viejo pizarrista. Jamás fue del bando almagrista.

Meses más tarde, mucho después de estallado el levantamiento, Manco Inca habría de recibir un rudo golpe cuando se le apartaron varios de sus colaboradores de sangre real: Cayo Tupac, Cari Tupac y Huallpa Roca, “cada uno de ellos con grandes cuadrillas de indios”. Todos pasaron a auxiliar a los cristianos y sus aliados que sufrían gran hambre en el Cuzco.

### **UN AUSENTE IMPORTANTE**

Por el momento no consideramos al mejor aliado que los cristianos tuvieron en el Perú: Paulo Inca. Cuando se produce el ataque al Cuzco por Manco Inca, este príncipe se halla todavía en las campañas de Chile con Diego de Almagro; combatiendo en vanguardia con su prestigio de hijo de Huaina Capac. Más tarde, ambicionando la corona incaica, se lanzará decididamente contra su hermano.

Su participación en las campañas contra Manco Inca será de tal magnitud que no faltó quien dijera en esos tiempos que Paulo era el “gran pilar de este reino”. “Si no fuera por él a repelones hubieran muerto a todos los españoles”. Al igual que Manco luchaba a la europea, (con casco, coraza y espada y montado) y fue siempre seguido de considerables masas indígenas; las cuales no atendían sino a su calidad de príncipe imperial de primera sangre.

### **LOS COLLAS**

Los collas del altiplano habrían sido un factor decisivo en la primera etapa de la guerra de Reconquista de Manco Inca.

Pero no participaron en el ataque inicial al Cuzco. No se logró coordinar una campaña conjunta con esa poderosa nación, separada también del Cuzco por lengua, religión, leyes y tradiciones. Sólo mucho después se unirán a Manco Inca. Se batieron además con mucho coraje, pero será demasiado tarde para inclinar la suerte a favor de la insurrección. Manco Inca se hallaba ya a la defensiva.

La otra gran comarca del Tahuantinsuyu, Quito, no participó tampoco en el levantamiento. Aún estaba frescas las heridas de las crudelísimas guerras contra el Cuzco; especialmente las libradas entre Manco Inca y Apo Quizquiz. Esto aparte, sus reservas humanas debían hallarse muy mermadas, tras la resistencia de Rumi Ñahui a los conquistadores.

Vistas en aprestado resumen las disenciones indígenas, especialmente las de tipo aristocrático, entremos ahora al desarrollo cronológicamente ordenado de la insurrección de Manco Inca.

### **ATAQUE AL CUZCO**

Pronto reunió Manco Inca un ejército de unos cuarenta mil soldados, procedentes de todas las comarcas del Tahuantinsuyu inmediatas al Cuzco. Eran sus generales Vila Uma, Inquill Inca, Coyllas, Cori Atao, Taipi, Lliclli, Surandaman, Quicana, Suri Huallpa y Ronda Yupanqui.

Se dividieron las zonas de ataque y decidieron presionar simultáneamente en siete frentes distintos.

Esto ocurría a fines de abril de 1536. Pronto empezó a rodear el Cuzco una masa imponente de soldados. Manco Inca, sin embargo, no atacó de inmediato. Se limitó a ordenar que se sacaran de sus lechos a los riachuelos. Eso sí, dispuso la toma de la fortaleza de Sacsahuamán.

### **CAPTURA DE SACSAHUAMAN**

Los castellanos habían entregado a los Cañaris la defensa de Sacsahuamán.

El encuentro debió ser muy sangriento dada la enorme rivalidad existente entre los dos grupos. Vencieron los cuzqueños, tras dos días de combate, posesionándose del más importante bastión de esa zona. No existen mayores datos sobre aquella batalla por cuanto se libró sólo entre indios, sin participación de españoles.

### **CUERPO A CUERPO**

Por todos los cerros que rodean a la capital incaica empezaron a descender los cuzqueños.

Los jinetes hacen maravillas para contener a los atacantes. Pero no pueden vencerlos, como creían. Los cuzqueños, con su infantería ligera de formación simple, con sus diademas de plumas y sus escudos de estera, atacaron muy animosamente a los cristianos. Y aunque resultaban abatidos por todos lados, siguen avanzando en el campo enemigo. Nuevas hileras de soldados reemplazan a las que caen. Sus caudillos, luciendo las mejores galas, con sus vistosas insignias, combaten en primera línea, alentando a sus esforzados guerreros. Así, ante el asombro europeo, pese a la feroz carnicería, a pesar de que las endeble armas de madera eran segadas por los tajantes aceros castellanos, mientras las porras de piedra se destrozaban sobre los yelmos y corazas de hierro, los capitanes de Manco Inca continúan adelante sobre un suelo apenas manchado con la sangre española. Tinto sí de la sangre de los indios aliados de los cristianos, que constituían la fuerza de choque de los defensores.

Para detener la furia de los caballos, los cuzqueños, conforme avanzan, van construyendo fosos con estacas. Empantanan cuanto pueden y una vez en las calles de la ciudad la van incendiando mientras construyen improvisados muros

de piedra. Las más atrevidas de las cargas de los jinetes cristianos tienen que ser lanzadas, precisamente, contra esas albarradas: que los caballos rompen con sus pechos mientras hieren y matan a los jinetes, al paso que los indios aliados deshacen lo levantado por los sitiadores. Los Pizarro presentes en el Cuzco –Hernando, Gonzalo y Juan– se baten con singular denuedo y son ejemplos para sus infortunados compañeros de armas.

En la lucha no hay cuartel. Los prisioneros de uno y otro bando son inmediatamente descuartizados. Así acaban españoles y caballos y sobre todo los Cañaris, Chachapayas, Nicaraguas, Guatemalas, yanaconas y negros. Igualmente, tal suerte corrían los cuzqueños. Es así como en medio de una atroz carnicería el cerco se va estrechando y los defensores acosados por todas partes se van reduciendo a un espacio cada vez menor. En los peores momentos sólo quedarán en manos de los sitiadores la gran plaza principal y parte de sus alrededores.

Fue entonces cuando muchos de los españoles así encerrados –que no llegaban a doscientos-, comenzaron a vacilar; especialmente los peones de infantería. Los indios aliados seguían batiéndose por decisión, pero los cristianos empezaron a temer por sus vidas. Algunos hasta se escondieron entre las pilas del forraje. Es entonces cuando, de hecho, asume el comando Hernando Pizarro por encima de su hermano Juan, quien era, legalmente, el jefe de la plaza.

### **FIEREZA DE LA LUCHA**

Todo el odio de un pueblo humillado se volcó esos días en las calles del Cuzco contra los castellanos y sus aliados. Los cuzqueños “con este tesón y perseverancia más de fieras encarnizadas en su propia sangre que no de hombres a los españoles muy apretados y apurados diecisiete días continuos en el mismo puesto y lugar sin casi dejarlos descansar”... “que nunca paraban aunque veían caer muertos a lanzadas delante de sus ojos a sus hijos, hermanos y parientes, antes esto los embravecía más y se entraban ciegamente por las lanzas y picas siempre con la esperanza los habrían de degollar presto y volverlos en ceniza”.

Los indios cuzqueños hostigaban con gritos y bravatas a los sitiados. La situación en un momento fue tan grave que cuenta Pedro Pizarro –quien allí combatió como los mejores– “los españoles se escondieron creyendo que los indios ya nos llevaban de hecho”. Hernando Pizarro afrentó públicamente a un castellano por su cobardía y quiso ahorcar a otro. Y no faltó español que se entregó a los cuzqueños, pasando desde entonces a servir a Manco Inca. Hernando Pizarro, previendo las dificultades que sobrevendrían cuando el combate llegara a su punto más arduo, no concedió ninguna posesión de responsabilidad a los peones. Desechada la infantería, solo la caballería tuvo que batirse allí; respaldada, eso sí, por los miles de indios aliados, que se portaron también con un valor a toda prueba: “los yanaconas e indios amigos también ayudaban por su parte tirando sus hondazos por sus cuadrillas”. La lucha entre indios adquirió caracteres de espantosa matanza.

Otra tortura era el humo. Alonso Enríquez de Guzmán cuenta que “demás de la ferocidad y multitud de ellos (los atacantes) era tan grande el humo que no nos veíamos los unos a los otros en la ciudad, porque acertaron en día de

mucho aire". Casi toda la población estaba quemada y los castellanos apenas si poseían la gran plaza principal y lugares adyacentes. A estos factores se sumaba el ensordecedor griterío de los cuzqueños; quienes siempre combatían con alaridos de triunfo: "era tanto el alboroto y grito de los indios y de bocinas que no había hombre que no anduviese como atónito de las voces". Y unas tras otras salían las filas cuzqueñas "a pelear con lanzas, dardos y porras en las manos", en medio de "muchos chiflos y bocinas y trompetas y gran gritería de voces". "Era tan grande la grito de los indios y el humo tan espeso que no se veían ni oían los unos a los otros". El ejército cuzqueño "se ensoberbecía, pareciéndole que ya los españoles no eran parte para defenderse", "con grandísima determinación se metían por las calles y peleaban mano a mano con los españoles".

Toda esta situación era mucho más difícil de lo que parece si se considera que la lealtad de los miles de indios amigos que allí combatían contra las tropas cuzqueñas no era cosa del todo segura; ni tampoco las de los muchos esclavos negros a los cuales se armó para la defensa. Gran temor debieron tener los castellanos de un probable abandono o rendición por parte de esos sectores aliados; que llevaban la peor parte de la lucha.

Otro elemento decisivo era la vacilación de la infantería española. Son cronistas castellanos que allí combatieron quienes escriben que durante el cerco del Cuzco sólo los "de a caballo hacían la guerra, porque los demás representaban gente"...la gente de a pie la mayor parte de ellos era flaca y ruin"...y los de a pie hacían, poco, porque los indios no los tenían en nada, y era cierto así que un indio podía más que un español de a pie"... los indios hacían muy poca cuenta de ellos".

## **EL VALOR DE UN JEFE**

En tan difíciles circunstancias asomó más que nunca la calidad de hombre de guerra de Hernando Pizarro. Afrentando a los cobardes y animando a los valientes, se negó rotundamente a toda fuga o rendición.

"Juraba sobre el hábito de Santiago no desamparar el pueblo aunque todos lo desamparasen, sino de morir en la Plaza del Cuzco, peleando". Cuando se le habla de retirada, aquel capitán de poco más de treinta años, responde serenamente a los curtidos guerreros: "No sé yo señores como queréis poner eso por obra, porque a mí no me viene ni ha venido, temor alguno"...no quiera Dios que se diga que otro ganó el pueblo y que yo lo perdí".

Pero Hernando Pizarro apeló allí no sólo al conocido heroísmo castellano – probado entonces en cien victorias europeas-, sino también a la sensatez y a la propia debilidad humana. Dio, entre otros, dos argumentos de mucho peso. La retirada también significaba abandonar el oro y la plata. Fugar significaría exponerse a ser destrozados en los desfiladeros de las cordilleras. Fue así como reprimió a quienes "muy a las claras hacían corrillos" conspirando contra el valiente jefe a cuya decisión debían hasta ese momento la vida.

## **¿UN MILAGRO?**

En estas circunstancias ocurrió un suceso excepcional. Fue rara magia para los cuzqueños y un milagro para los castellanos. Pese a las muchas flechas incendiarias lanzadas sobre el templo cristiano, éste no ardió. Varios vieron descender allí a la Virgen María y caracolear el caballo de Santiago Apóstol. Indios hubo que juraban ser esto verdad; hecho que desalentó a los atacantes y entusiasmó vivamente a los españoles y a sus indios aliados; muchísimos de los cuales habían sido ya ganados a la nueva fe.

## **DIOS Y ESTE INDIO**

En aquellos y difícilísimos días del apretado cerco de los cristianos fue cuando más lució la importancia decisiva del aporte de muchos miles de guerreros indígenas que apoyaban a los castellanos.

Sobre Pascac, capitán general de los indios aliados, escribió un cristiano que allí combatió, que la ciudad se salvó “mediante ayudarles Dios y este indio”. Era un antiguo orejón hermano de Huayna Capac. Lo apoyaban varios príncipes de sangre real, ganados a la nueva causa.

Perdida ya casi toda esperanza en los más altos de los defensores, Pascac fue consultado por los cristianos sobre la urgencia de recuperar Sacsahuamán, que era el eje de la ofensiva cuzqueña. El jefe indio aprobó de inmediato la idea. Se preparó así un contraataque de emergencia, mientras las líneas defensoras retrocedían por todos lados.

## **PRIMER ASALTO A SACSABUAMAN**

Juan Pizarro solicitó personalmente dirigir el ataque a la fortaleza alegando que por su culpa los cuzqueños la habían tomado, ya que descuidó su vigilancia. Los planes para esta acción de emergencia los trazó muy de prisa el comando de los sitiados, mientras la tropa resistía desesperadamente los ataques de los batallones imperiales.

Como buena parte de la capital se hallaba en manos de los incaicos, Juan Pizarro se vio obligado a dar un gran rodeo. Lo imprevisto de la salida de los cincuenta mejores jinetes, seguidos de lucida peonada de indios auxiliares, provocó sorpresa entre los jefes cuzqueños; y luego súbita alegría. Todos los incaicos creyeron que huían y se dieron en las tropas grandes gritos de triunfo. Se intensificó entonces el ataque sobre los que habían quedado en la plaza del Cuzco y sus alrededores, en tanto que el resto de los cuzqueños descendió para perseguir a Juan Pizarro.

Los guerreros incaicos que defendían los cerros de acceso a Sacsahuamán bajaron para acosar a quienes habían salido de la plaza principal. Desguarnecieron así, inadvertidamente, las laderas de defensa de la fortaleza. Dando un gran rodeo que engañó a los cuzqueños, Juan Pizarro empezó a subir por la cuesta menos protegida en brava lid con los infantes incaicos que allí habían quedado. Dos españoles fueron derribados de sus cabalgaduras. La lucha se tornó difícil, pero al fin lograron subir, con respaldo en la mucha



gente de indios aliados. Una vez en la altura, ubicados en el llano de Sacsahuamán, decidieron atacar las murallas.

Dirigió Juan Pizarro dos furiosas cargas sobre los defensores; quienes habían bajado a la planicie. Estos ataques fracasaron por la desesperada resistencia de los indios que apenas si podían poner sus pechos al caballo, la pólvora y el acero. Los atacantes, rechazados por dos veces consecutivas, se vieron obligados a retirarse a las vecindades. Se proyecta entonces aguardar la noche, por cuanto saben que los incas carecen de experiencia en luchas nocturnas. Además, consideran imprescindible un asalto sorpresivo.

Llegada la medianoche ataca Gonzalo Pizarro con los cincuenta jinetes, “conjuntamente con los indios amigos”. Rompe una de las albarradas, “porque aquella hora están los indios somnolientos y dormidos”. Ganada la primera muralla por el gesto valiente del jefe atacante, pasan a un cuerpo a cuerpo feroz con los indios, mientras llueven piedras. Cae muerto un español y muchos sufren heridas. Los que peor la llevan son los indios aliados, quienes se hallan en igualdad de armas frente a los cuzqueños.

Viendo indecisa la lucha sobre la primera muralla, Juan Pizarro cree que ha llegado el momento para ir a reforzar a su hermano. Carga con su innegable bravura, acuchillando a más y mejor a sus rivales. La violencia del refuerzo castellano hace retroceder a los indios y numerosos caen en una de las fosas que habían cavado. Hombres y caballos siguen en batalla encima de aquella zanja que es zona disputada arduamente. De los dos torreones continúa cayendo cantidad de flechas y piedras. Una de ellas, lanzada con acierto desde la segunda torre, da en la cabeza a Juan Pizarro quien se desploma mortalmente herido. Pagó así su imprudencia de combatir sin casco de hierro.

La caída del Capitán General de las fuerzas defensoras del Cuzco provoca pánico entre los atacantes a la fortaleza. Gonzalo Pizarro, hombre también de gran ánimo en tales trances, trata de continuar el ataque, pero no pudo, “porque los cristianos aflojaban cada hora más”. Es entonces cuando se ordena la retirada; retirada que se efectúa velozmente para sufrir menos daño. Mientras tanto, se baja al Cuzco el cuerpo de Juan Pizarro. Morirá a poco y será enterrado secretamente para que nadie se entere de la verdad. En esas horas, arriba, los cuzqueños mataban “mucho número de indios amigos, en las cuales hartaron su saña y rabia”.

Muerto Juan Pizarro tomó el cargo de Capitán General su hermano Hernando Pizarro. Lo primero que hizo fue desanimar a quienes deseaban fugar del Cuzco. La situación, realmente, era desesperada. Pero la serenidad del jefe castellano pudo más. Y animando a los valientes los exhortó a que se tomara la fortaleza que era el principal bastión de los atacantes.

## **SEGUNDO ASALTO A SACSABUAMAN**

Pese al ruego de sus compañeros de armas, Hernando Pizarro decidió subir a luchar por la fortaleza. Hombre de guerra, lo primero que hizo fue dar un rodeo a fin de contemplar sus puntos débiles; y acertó con una brillante solución: hacer escalas. Así la impetuosa fogosidad de Juan Pizarro será reemplazada con un modesto instrumento occidental gracias a la sagacidad del nuevo jefe de los cristianos.

Mientras tanto, Gonzalo Pizarro debía impedir que llegasen refuerzos cuzqueños. Manco Inca ha despachado cinco mil guerreros. Pero colocado en posiciones altas, el jefe español logra rechazar el avance incaico. Tal combate, como todos los demás en torno a Sacsahuamán fue “de una parte y de otra muy ensangrentado por la mucha gente de indios que favorecían a los españoles, entre los que estaban dos hermanos de mi padre, llamados el uno Inguill y el otro Huaipay, con mucha gente de su bando y chachapoyas y cañaris”, recordará más tarde el cronista indio Titu Cusi Yupanqui, hijo del monarca rebelde. Contó, asimismo, de los negros esclavos muertos en estos combates.

Al no llegar los refuerzos Vila Uma decidió abandonar la fortaleza, por considerar inútil su defensa. Faltaban ya agua, alimentos y municiones. No obstante, Cahuide y otros jefes se empeñaron en permanecer en el sitio. La salida de Vila Uma fue tan sorpresiva que los españoles nada pudieron hacer. Con aquel bravo jefe cuzqueño se retiraron los mejores contingentes de Sacsahuamán.

Ocurrido esto pasó Hernando Pizarro al ataque llevando tres o cuatro escaleras. Los indios se defendieron con fiereza y se calcula que otros mil perecieron al pie de la primera muralla. Debió ser terrible aquel combate en el cual se mezclaban cuzqueños contra españoles, negros esclavos, cañaris, chachapoyas e indios centroamericanos. Entre los varios heridos castellanos figuró el Capitán Gabriel de Rojas, a quien un flechazo traspasó nariz y paladar.

Tomada por varios sitios la fortaleza, se convirtió la lucha en una gigantesca carnicería entre los dos bandos. Se estima que unos tres mil de los defensores murieron en esta fase del combate. A su término, sólo quedaban resistiendo los hombres ubicados en los dos grandes torreones. Desde allí seguían lanzando piedras y flechas, pero cada vez en menor cantidad. Los pertrechos de guerra se iban terminando. El agua prácticamente se había acabado.

Estuvieron dos días allí los castellanos y sus aliados atacando a las torres sin lograr éxito. Finalmente comprendieron “questo no se les podía ganar sino era por sed”. Se pasan así dos o tres días más en escaramuzas y los indios se iban despeñando desde las altas torres, prefiriendo el suicidio a la rendición. Así acabaron muchos.

## **VALENTIA DE UN ESPAÑOL**

Vista la situación, un español decidido, Hernando de Badajoz, demandó permiso para subir al primer torreón, pese a la munición que seguía cayendo a cuantos se acercaban. Para ello era necesario alcanzar un terrado desde el cual se levantaba la torre. Ese castellano, entrando por una ventana, trabó pelea con los indios cuzqueños –que ya desfallecían de sed– y los venció con gran ánimo. Fue entonces cuando dio la vuelta al torreón y vio una larga sogas que de su cumbre pendía.

Sin pensarlo dos veces “encomendándose a Dios, metió la espada en su talabarte en la vaina y echó mano de la sogas y gateó arrimados los pies al homenaje hasta lo alto de él”. Muchas piedras le arrojaron, mas no se arredró, pese a que una de ellas, que fue tan grande como un cántaro, “rebotó en la adarga y casi lo bota”.

Llegado a lo alto se arrojó en medio de los pocos indios que allí se encontraban. Estos lo rodearon, pero él les intimó rendición prometiéndoles toda clase de garantías. Rendido así aquel torreón, pasaron los españoles y sus indios amigos a tomar el otro.

## EL GESTO DE CAHUIDE

Cuenta Pedro Pizarro, soldado y cronista, que llegados los Conquistadores a la segunda torre de la Fortaleza vieron que “tenía un orejón por Capitán, tan valeroso que cierto se podría escribir de él lo que de algunos romanos. Este orejón traía una adarga en el brazo y una espada en la mano y una porra en la mano de la adarga y un morrión en la cabeza. Estas armas las había habido éste de los españoles que habían muerto en los caminos”... “andaba, pues, este orejón, como un león de una parte a otra del cubo en lo alto de todo, estorbando a los españoles que querían subir con escalas”... “pues avisándole que subía algún español por alguna parte, aguijaba a él como un león con la espada en la mano y abrazada la adarga”.

Finalmente, Pedro Pizarro, narra cómo murió Cahuide: “Subiendo a una los españoles por dos o tres partes ganaron el cubo. Visto este orejón que se los habían tomado por dos y tres partes el fuerte, arrojando las armas se arrojó del cubo abajo más de cien estados y así se hizo pedazos”.

El soldado anónimo que escribió la extraordinaria “Relación de Sitio del Cuzco”, en el cual guerreó, dice de Cahuide “que no se escribe de romano ninguno hacer lo que hacía y después hizo, que con una porra en la mano iba discurriendo por todas partes, y al indio que iba cobarde, luego con ella le hacía pedazos, echándole abajo. En este tiempo le dieron dos saeteadas e hizo tan poco caso de ellos como si no le tocaran”. Indica el cronista que luego, “viendo clara la perdición de todo, arrojó la porra que tenía en las manos a los cristianos” ... “y no pudiendo ver sus ojos entrarse la fortaleza, conociendo que entrada era forzado morir según la promesa que había hecho al Inca, se echó del alto de la fortaleza abajo, porque no triunfasen de él”.

Una anónima “Relación de Varios Sucesos”, también escrita por un actor de aquellos hechos, nos cuenta que Cahuide “se defendió muy bien gran rato después de todos muertos y se le rogaba que se diese, porque quisiera tomarlo vivo, y después que vio que ya le entraban, que no podía ser sino tomado, arrojó una porra que tenía en las manos a Hernando Pizarro, pensando acertarle, y hecho esto, se arrojó de la peña abajo, sobre una peñas que allí había, donde se hizo muchos pedazos”.

El cronista indio Titu Cusi Yupanqui –hijo de Manco Inca-, asegura que varios indios adoptaron esa actitud suicida frente al enemigo. De todos modos, allí se derrochó heroísmo; y en ambos mandos. Cahuide lo representa con su valentía.

Se sabe bien que Cahuide no se llamó Cahuide; y aún más, que nadie sabe cómo se llamó en realidad. No obstante, todo el pueblo peruano lo venera igual. Existe en el fondo, un empeño de identificación con el espíritu aguerrido que nos legó. El nombre en sí poco vale. Importa muchísimo más el símbolo. El contenido de su fogosa temeridad precursora del salto de Alfonso Ugarte en Arica.

Con la toma del segundo torreón de Sacsahuamán se completa el dominio de la fortaleza y los cristianos podrán respirar con más alivio en el Cuzco. Ese hecho marca el abandono por los cuzqueños de los barrios que ocupaban en la capital imperial. Todos los atacantes se replegaron para tratar una nueva estrategia. La primera reacción fue intentar la recaptura de Sacsahuamán.

### **INTENTO DE RECAPTURA**

“Otro día después se retornaron a reformar los indios para ver si podían tornar a recobrar el fuerte que habían perdido y con gran ánimo acometieron a los españoles que estaban en el fuerte, mas ni pudieron hacerles cosa alguna por las muchas guardas que de todas partes tenían, así de Cañaris que les ayudaban como de los mismos españoles”. Era el jefe de la plaza Tomás Ortiz, con mando sobre cincuenta españoles y numerosos indios amigos con equipo de ballestas y arcabuces.

### **OFENSIVA CRISTIANA**

A pocos días los españoles y sus aliados salieron de la fortaleza. Los batallones indios se retiraron hacia Calca, lugar donde se encontraba Manco Inca.

### **SIGUE LA GUERRA**

En los próximos días se librarán numerosos encuentros en los alrededores del Cuzco, los que terminan siempre en triunfo rotundo de las armas españolas. El número de los sitiadores ha descendido notoriamente: la luna nueva obligaba a los cuzqueños a suspender las campañas. Los indios auxiliares mantenían toda su lealtad a la causa cristiana.

### **COMBATE DE CALCA**

Terminada una expedición a Jaquijaguana que fue por alimentos, Hernando Pizarro pensó en capturar al inca. Por espías indios supo que se hallaba en Calca.

Fue una incursión nocturna, pero que se frustró, a causa de que el Inca alcanzó a ponerse en buen recaudo. Mientras tanto, el rebelde, sabiendo que Hernando Pizarro saldría del Cuzco para buscarlo, remitió a la capital todas sus fuerzas militares. El jefe castellano tuvo que retroceder precipitadamente, enviando adelante a los peones e indios aliados a capturar unos pasos. Se produce así una violenta refriega, tras la cual alcanzó el Cuzco antes que llegaran los atacantes. Una sucesión confusa de encuentros se producirá luego. Se libran innumerables escaramuzas aisladas aquí y allá.

## **LAS BURLAS CUZQUEÑAS**

Los cuzqueños “como ya tenían toda experiencia de la guerra, atrevíanse a lo que antes les parecía imposible”. Lentamente habían empezado a asimilar enseñanzas de la dura lucha contra el acero, la pólvora y el caballo. A superar tres mil años de diferencia en artes bélicas.

En esta etapa es cuando los cuzqueños “hacían su ademanes a manera de escarnio llamándolos a que fuesen a pelear, tocando muchas bocinas en instrumentos”. No faltaron desafíos individuales de cuzqueños a españoles, que éstos no aceptaban; y que eran recogidos por los indios aliados.

## **LA OSADIA DE HERNANDO PIZARRO**

A fin de responder a tanto ataque de los sitiadores salió Hernando Pizarro con una tropilla de jinetes. Tanto avanzó sobre el campo que al fin fue rodeado por sus enemigos. Larga fue la lucha. Y cuando los caballos ya desfallecían de tanto cargar sobre los cuzqueños y se temía por la vida, llegó refuerzo comandado por Gonzalo Pizarro.

Apenas alcanzó a abrir brecha para que saliera Hernando y su gente. Todos, precipitadamente, retornaron al Cuzco a buscar resguardo. Fueron seguidos de los indios en feroz gritería; algunos tan de cerca que se prendían de las colas de los caballos.

## **PRESION DEL CHINCHAYSUYU**

Por el lado del Chinchaysuyu empezaron a presionar fuertemente los sitiadores. Salieron entonces Hernando y Gonzalo Pizarro, seguidos de los indios aliados, y trabaron batalla, alanceándose gran cantidad de soldados incaicos.

## **COMBATE DE MUINA**

Como en Muina “se juntaba mucha gente, mandó a Gonzalo Pizarro que fuese con su compañía a darles una vista, el cual fue y peleó tan animosamente con ellos que los desbarató y mató más de trescientos hombres”.

## **COMBATE DE JAQUIJAGUANA**

Fue una expedición de caballería con indios aliados a traer bastimento a Jaquijaguana.

Resultaron atacados por los contingentes cuzqueños que se hallaban próximos, sobreviniendo un furioso encuentro en el cual vencieron los cristianos. Mas repararon en que no cejaban los incaicos ni en el cerco ni en hostilizar a cuanto grupo indo-español se alejase del Cuzco.

## **LA MATANZA DE LAS MUJERES**

Fue entonces cuando “viendo Hernando Pizarro la perseverancia que tenían en cercarle la ciudad, mandó a todos los españoles que en los alcances no dejaran mujer a vida, porque cobrando miedo las que quedasen no vendrían a servir a sus maridos”.

La bárbara medida del comando español no dejó de dar resultados, provocando desorganización en las líneas cuzqueñas. Se llevaba ya tres meses de encarnizada lucha.

## **EXPEDICION HACIA COLLASUYO**

Tras una breve incursión en las proximidades del Cuzco para reprimir a un Curaca que había matado a tres españoles, Hernando Pizarro envió una escuadra de caballería con indios aliados hacia el Collasuyo, produciéndose una refriega con tropas frescas que el Inca hacía traer del sur del Imperio. Gente aquella sin experiencia en una guerra europea, fue deshecha por el grupo indo-español.

## **MUTILACIONES EN MASA**

Despachado Gonzalo Pizarro hacia otro extremo del Valle se tropezó con un batallón Chinchaysuyu, el cual le dio combate.

Tras matar un ciento de sus enemigos, ese capitán trajo unos doscientos prisioneros.

Guiados ya por una política de terror, a la matanza de mujeres los cristianos sumaron una nueva medida punitiva: el cercenamiento de la mano derecha de todos los prisioneros. Las mutilaciones se efectuaron en la plaza principal. Luego se soltó a los cautivos para que pregonaran los castigos que esperaban a los rebeldes.

Pero Hernando Pizarro sabe que no bastarán esas represiones, pues los cuzqueños no se han arredrado ante nada. Decide por ello salir a buscar a Manco Inca en su propio cuartel general: la fortaleza de Ollantaytambo.

## **LA VICTORIA DE OLLANTAYTAMBO**

La famosa fortaleza de Ollantaytambo fue escenario de uno de los numerosos triunfos alcanzados por las armas incaicas sobre las huestes españolas durante el transcurso de la insurrección iniciada por Manco Inca en 1536. Venció allí el monarca rebelde a uno de los más notables hombres de guerra de su tiempo, Hernando Pizarro, obligándolo a precipitada fuga tras hacerle perder gruesa parte de sus efectivos.

En aquel ciclópico escenario, la infantería ligera cuzqueña, bien atrincherada, derrotó a la caballería hispánica, a pesar de estar de actuar ésta con respaldo de los peones castellanos y numerosísimos auxiliares indígenas. La flor y

crema de España en el Perú se batió en retirada ante el empuje del ejército incaico.

La expedición sobre Ollantaytambo se decide en el Cuzco en circunstancias asaz difíciles para los españoles. Sitiados desde meses atrás, aunque roto el cerco de la ciudad, tras feroz lucha, no han logrado perforar las líneas incaicas que rodean toda la comarca. Casi a diario se producen combates y a veces duelos singulares. Como el centro de operaciones de Manco Inca se encontraba en Ollantaytambo, acuerdan los castellanos capturar la plaza y coger al jefe de la insurrección.

Parten así sesenta jinetes, de los mejores y treinta peones seguidos de varios miles de indios aliados de guerra; aliados que una relación española eleva hasta a treinta mil. Una vanguardia indo-española de infantería es vencida en un combate, porque “como tenían en poco a la gente de a pie, cerraron con ellos con tanta presteza que, como eran pocos, fueron desbaratados”.

Ya cerca de Ollantaytambo Hernando Pizarro decidió efectuar un movimiento de flanqueo y para ello despachó a un capitán. Con el grueso de las fuerzas él siguió hasta la fortaleza. Desde su arribo recibe una lluvia de flechas y piedras, impidiéndole avanzar. Un batallón cuzqueño, que había permanecido oculto, aparece y se ve entre dos fuegos. Retroceden sus hombres y Hernando Pizarro para animarlos se pone a la cabeza y carga contra las legiones enemigas. Pero fracasa y vuelve grupas. Perecen numerosos auxiliares indígenas de los castellanos y muchos de éstos salen heridos. Finalmente, para colmar la desdicha española, se empieza a oír fuego de arcabucería en las murallas de la fortaleza.

Sobrevino entonces la carga final de Manco Inca sobre los atacantes. La lucha se realizó en la plaza de la fortaleza en medio de gran matanza, destacando por su ferocidad los indios selváticos que el rey cuzqueño había incorporado a sus huestes. A poco se supo que el capitán encargado del movimiento de flanqueo ha sido vencido por los cuzqueños; y mientras tanto se observa que el comando incaico empieza a sacar el río de su cauce. Hernando Pizarro sabe que la noche puede serle fatal.

“Hubo mucha matanza de indios, así de los que eran nuestros amigos como de los del Inca. Había entre los del Inca muchos caribes (así llamaban los cristianos a los indios de la selva) que no saben qué cosa es huir, porque están muriéndose y todavía pelean con las flechas”. “Era cosa notable ver salir algunos ferozmente con espadas castellanas, rodela y morriones y tal indio hubo que, armado de esta manera, se atrevió a embestir con su caballo, estimando en mucho la suerte de la lanza, por ganar nombre de valiente”. Varios esclavos negros perecieron también en estos choques; quizás alguno atravesado con la lanza de Manco Inca; quien a caballo y armado a la española recorría las líneas cuzqueñas.

A los indios “les había crecido la soberbia”. Pero para Hernando Pizarro no había más remedio que sostenerse aguardando en calma la hora de la retirada. Con las primeras sombras se inició el repliegue que muchos españoles convirtieron en precipitada fuga con riesgo para el conjunto de la expedición. El camino fue estorbado por cactus y púas que los cuzqueños tenían puestos para dificultar el paso de los caballos. Llegados al río, recrudeció sorpresivamente el ataque de las huestes de Manco Inca. Los peninsulares, sacrificaron allí a los indios aliados que terminaron masacrados en las manos de los cuzqueños; muriendo, aparte de golpes y tajos, quemados con

antorchas o ahogados en las aguas heladas de Yucay en su afán de huida. Los castellanos ni trataron de socorrerlos, empeñados en salvar sus vidas. La fuga castellana terminó en Maras, de donde pasaron al Cuzco. Los indios – según soldado que allí peleó– “quedaron tan victoriosos que les pareció todo el mundo ser poco para ellos”. En cuando a Hernando Pizarro, “tuvo en tanto poder salir de allí sin perderse como haber en otra parte victoria contra cien mil hombres, porque...en semejantes casos, donde caballos no pueden pelear, (estos indios) es la gente del mundo más ejecutiva”. Titu Cusi Yupanqui dice que esa mañana a los cuzqueños “les dio muy gran risa, diciendo que habían huido de miedo”.

## **LOS GRANDES TRIUNFOS DE MANCO INCA**

La alegría de los combatientes cuzqueños será aún muchísimo mayor al enterarse de los resonantes triunfos alcanzados por los Generales incaicos durante su marcha sobre Lima.

Las derrotas españolas –tan aplastantes que a veces no quedó un sobreviviente-, se producen al chocar los ejércitos castellanos que suben desde la costa para auxiliar al Cuzco sitiado contra las huestes incaicas que bajan de la sierra para cercar la capital costeña, la entonces denominada Ciudad de los Reyes.

Varias expediciones envió Francisco Pizarro en auxilio de sus hermanos sitiados en el Cuzco. La primera de ellas fue la comandada por el Capitán Gonzalo de Tapia.

## **VICTORIA DE HUAITARÁ**

Con unos ochenta jinetes, cuarenta infantes y mucha gente de indios amigos subió a los Andes el Capitán Gonzalo de Tapia, tomando el camino de Pisco y Huaitará con rumbo provisional a Vilcahuamán.

Avistado por las avanzadas de Titu Yupanqui, se preparó el encuentro en las escarpadas laderas de Huaitará. Con criterio de gran capitán, el jefe incaico esperó a que los españoles y sus aliados cruzaran un puente y empezaran a subir la cuesta. Luego ordenó disparar a los honderos mientras soltaba galgas especialmente preparadas para el efecto. Simultáneamente, una de sus unidades destruyó el puente, que era el único camino posible de retirada para Gonzalo de Tapia.

“Los españoles quedaron encerrados entre el río y la sierra”, cuenta un cronista soldado. “De manera que unos con otros embarazaron. El capitán y personas particulares pelearon muy bien, mas ¿qué les aprovechaba? Que de los caballos no se podían aprovechar”.

Todos murieron peleando, salvo algunos negros que se tomaron a vida para presentar al Inca. Los indios auxiliares debieron ser ejecutados por el vencedor. Los trofeos de la victoria fueron enviados a Ollantaytambo.



## **VICTORIA DE PARCOS**

Por el camino de Jauja envió a poco Francisco Pizarro otra expedición, la del Capitán Diego Pizarro.

Este ejército debía procurar juntarse con el de Gonzalo de Tapia (del cual nada se había vuelto a saber) y marchar luego conjuntamente sobre el Cuzco.

Esta vez la derrota española ante Titu Yupanqui se produjo en la cuesta de Parcos. Allí cayeron combatiendo los ciento cincuenta españoles que lo acompañaban y sus miles de auxiliares indígenas: “no quedó hombre e les robaron cuanto llevaban”. Parece que algunos cristianos fueron conducidos en cautiverio a Ollantaytambo; donde se convirtieron en esclavos de Manco Inca. Asimismo, no todos los caballos fueron destrozados por los vencedores. Algunos debieron ser conservados y remitidos al comarca cuzqueño.

Los trofeos de guerra comenzaron a engalanar Ollantaytambo. Manco Inca sintió especial aprecio por las armas españolas. Empezó a revestirse de hierro, al igual que sus enemigos. A usar espada al cinto. Aprendió a montar a caballo. Gustó del casco bruñido. Supo de las ventajas de la adarga y la pica. Un grupo reducido de sus hombres empezó también a adiestrarse en manejo de las armas occidentales.

Atraía mucho a Manco Inca el uso de la pólvora. Los cautivos castellanos fueron obligados a producirla y a enseñar el manejo de arcabuces a los capitanes cuzqueños. Pronto darán más sorpresas al enemigo.

## **VICTORIA SOBRE MOGROVEJO DE QUIÑONES**

Ante la alarmante ausencia de noticias en torno a la suerte corrida por los ejércitos de Gonzalo de Tapia y de Diego Pizarro, en Lima el gobernador Francisco Pizarro decidió enviar al Cuzco uno de sus mejores capitanes y muy experimentado en las guerras de conquista: Juan Mogrovejo de Quiñones, antiguo compañero de aventuras del Gobernador.

Con él fueron muchos de los vecinos del Cuzco que se hallaban en Lima al momento de la insurrección de Manco Inca; gente toda muy diestra. Subieron por la ruta de Jauja, contando con la paz de los Curacas de esa zona y luego se adentraron en las serranías del sur con meta en Vilcashuamán.

La catastrófica derrota de Mogrovejo revistió tal magnitud que los dos únicos sobrevivientes que lograron fugar no pudieron dar cuenta precisa del sitio donde fueron batidos. En realidad, parece que la expedición se deshizo en una serie interminable de pequeños combates. Hostilizados sin tregua por los cuzqueños, uno a uno fueron cayendo los hombres de Mogrovejo mientras desesperadamente trataban de abrirse paso hacia la costa.

Para esto ya Francisco Pizarro ha empezado a recibir los primeros refuerzos de consideración. Por otro lado, ha pedido socorro, virtualmente, a toda América; y especialmente a todas las comarcas del Perú. La ausencia de informaciones sobre su estimado Capitán Mogrovejo mucho debió desazonarlo. Alguna gente en Lima era de opinión de abandonar el país; y no faltaron los que lo hicieron.

## **VICTORIA DE JAUJA SOBRE GAETE**

Francisco Pizarro, en vista de los sucesos ocurridos en las cordilleras, cuya gravedad presumía por la total ausencia de noticias concretas sobre sus tres expediciones, despachó esta vez al Capitán Alonso de Gaete, con un hijo de Huaina Capac, Cusi Rimac, al frente de las fuerzas auxiliares.

Llegados a Jauja fueron pronto sitiados por las tropas incaicas, acaudilladas siempre por Titu Yupanqui. Murieron los más en el combate. Probablemente se ejecutó a todos los indios aliados de los castellanos. En cuanto a los españoles prisioneros, los fueron sacrificando al sol cada día.

Dos de éstos, en un gesto de audacia, lograron fugar de la prisión en la cual se encontraban; y desesperadamente se dirigieron hacia la costa.

## **GODOY FUGA ANTE TITU YUPANQUI**

La quinta expedición despachada por Francisco Pizarro hacia la sierra fue la de Francisco de Godoy.

Yendo camino de Jauja con sesenta jinetes, peones y considerable cantidad de indios amigos, recibió a uno de los que venían huyendo de Jauja. Informado de la situación, el Capitán Francisco de Godoy no esperó más: “volvió, como dicen, con el rabo entre las piernas, trayendo consigo a dos españoles de Gaete que habían escapado a uña de caballo”.

En su precipitada huída, Francisco de Godoy abandonó buena parte de los indios auxiliares a su suerte. Parece que hasta se perdieron cabalgaduras; y de todos modos el fardaje de abastecimientos.

Fue así como, “considerando más su vida que su honor” volvió espaldas, dándose a alocada fuga hacia la capital. A poco empezaron a perseguirlo las avanzadas de Titu Yupanqui, “y lo siguieron los indios más de veinte leguas, dándole grande guerra”.

Precipitadamente Francisco de Godoy irrumpió en la ya inquieta Ciudad de los Reyes, informando a Francisco Pizarro de cuanto había ocurrido. Pronto todos supieron que miles de soldados incaicos descendían de las cordilleras. Otras expediciones menores enviadas a las serranías de Lima regresaron también muy de prisa, avisando de la presencia de tropas imperiales. El cerco de Lima era inminente y Francisco Pizarro empezó a tomar las medidas necesarias para semejante emergencia.

## **EL CERCO DE LIMA**

Alentado con las aplastantes victorias obtenidas sobre las armas españolas, Titu Yupanqui decidió proseguir su marcha sobre Lima, aún llamada entonces Ciudad de los Reyes. Por sus hazañas había sido premiado por Manco Inca con una Coya hermosísima de sangre imperial y con privilegio de ir en andas reservadas a los Incas.

En compañía de Illa Tupa y de Puyu Huillca trazó el plan de operaciones en Jauja, donde perdió un mes precioso, reclutando gente y sin lograr la adhesión franca de los Curacas del Mantaro. Luego descendió la cordillera rumbo a la costa, habiéndose acordado que como Capitán General Titu Yupanqui tuviese

el sector central con los batallones cuzqueños. Puyu Huillca debía atacar por el sur con los contingentes huancas, yauyos, angaraes y chahuircos. Mientras tanto, el frente norte lo debía sostener el temible Illa Tupa con los Tarmas, Atabillos, Huánucos y Huailas.

## **VARIOS COMBATES**

Francisco Pizarro había remitido a algunos capitanes a que averiguaran en las serranías de Lima por la suerte de sus expediciones. Se libran varios combates de poca monta, pues los cristianos no hacen sino huir al ver tanta cantidad de cuzqueños. En el encuentro de Huarochirí destaca el general Camac Cachi, de las fuerzas atacantes.

## **INDIOS CONTRA INDIOS DE LIMA**

Flechas y espadas se cruzan a la vera del Rimac. Fuego mortífero de arcabuces y lluvia de piedras. Tajos cortantes de tizonas y golpes recios de macanas. Botes de lanzas filosas y juego de boleadoras. Cruentas luchas en las cuales se mezclaban españoles, indios y negros.

Desde Ollantaytambo habían venido las huestes cuzqueñas, para arrojar al mar a los conquistadores castellanos. Descendieron desde las cordilleras a los valles del litoral, en pos de guerra tal cual lo hicieran, tiempo atrás, sus antepasados. Mas ahora eran otros los enemigos del Inca. Antes lo fueron los altivos y refinados régulos de los señoríos yungas. Ahora en 1536 deseaban cruzar armas con las mesnadas españolas. Los cuzqueños no veían lejana la victoria. Desafiantes fueron bajando desde las nieves eternas a los cálidos valles de la costa.

Pronto, sin embargo, repararon en que fermentos de división se notaban también entre los yungas al igual que en otras partes. Las aristocracias costeñas subyugadas por el Cuzco prestaban irrestricto apoyo al conquistador europeo. Viejas rivalidades nativas y cierta impresión sobre supuesta divinidad de los castellanos conducíalos a tal actitud. Y así, descendiendo hacia Lima, sufrieron los primeros choques con fuerzas indias leales a los españoles. Habían aplastado a varios ejércitos hispánicos, pero resultaba ahora más difícil luchar contra el creciente número de indígenas que apoyaban a los Viracochas de ultramar. A la insurrección proclamada por Manco Inca, los conquistadores habían respondido fomentando el levantamiento de todas las noblezas locales contra la hegemonía imperial cuzqueña.

## **EL SOSTEN DE LOS CAÑARIS**

Al igual que en el Cuzco, los castellanos habrían de contar en Lima con el apoyo decidido de los mortales enemigos de los Incas: los Cañaris.

El Capitán Sandoval trajo de regiones norteñas cinco mil guerreros de esa nación.

También vino un número considerable de Chachapoyas bajo el mando de Alonso de Alvarado; cuyo socorro fue solicitado desde Lima por el propio Francisco Pizarro.

En general, los cristianos acopiaron gente de cuanto lugar pudieron. Como base de acción tenían a los Curacas yungas de la costa a los cuales los Generales cuzqueños no trataron de atraer sino de destruir.

## **BATALLA DEL RIMAC**

A fin de preparar un ataque masivo los rebeldes al avanzar sacaron al río de su lecho para dificultar la acción de la caballería, que era lo que más se temía en el caso de un encuentro.

Para impedir que dicha acción prosiguiera y de ser posible para batir a los atacantes, fue enviado Pedro de Lerma, Capitán Generales de las fuerzas indio-españolas defensoras. Cargó así con setenta castellanos y “muchos indios amigos y cristianos”. Se trabó un recio combate. Cogidos en terreno plano, los sitiadores fueron destrozados en sus filas delanteras, pero se recogieron en los cerros vecinos, especialmente en el San Cristóbal. La pelea se prolongó gran parte del día, siendo muy encarnizada especialmente entre los indios rivales. Los cuzqueños lograron matar un cristiano y un caballo; y herir a muchísimos españoles. La ausencia de contingentes de flecheros en buen número impidió un resultado más ventajoso para Titu Yupanqui. Las hondas no fueron muy eficaces ante armaduras y caballos. De todos modos, hasta el propio Pedro de Lerma recibió una pedrada en la boca que le voló los dientes.

El peligro inmediato de un ataque ha sido superado, pero Francisco Pizarro sabe bien lo que le aguarda. Aunque ha recibido refuerzos de españoles y de indios, no está seguro de poder resistir una carga masiva de los sitiadores. Por ello se decide a aplicar medidas de terror.

## **EL ASESINATO DE LA ÑUSTA**

Francisco Pizarro no vaciló en medios para amedrentar a los atacantes. Torturas y mutilaciones son cosas de todos los días. Para imponer terror en el enemigo opta por una medida sumamente cruel.

Dio muerte con pena de garrote a una joven hermana de Manco Inca, Azarpay. Parece que estuvo complicada en el plan de fuga de la princesita Inés Huailas Ñusta, cuyos catorce años rechazaban las caricias de su amante quien no era otro que el viejo Gobernador Francisco Pizarro.

Por espacio de diez días estuvieron entonces los sitiadores en escaramuzas con los indios cristianos y españoles. Finalmente, el comando cuzqueño acordó pasar nuevamente al asalto de la capital española, en vista seguramente de que no había posibilidades de cortar el apoyo que los indios comarcanos daban a los castellanos.

## **LUCHA EN LAS CALLES DE LIMA**

Titu Yupanqui, con los batallones cuzqueños, decidió atacar la ciudad; “determinó entrar en ella y tomarla por la fuerza o morir en la demanda, y habló a todas sus gentes, diciéndoles: “Yo quiero entrar hoy en el pueblo y matar a todos los españoles que están en él y tomaremos sus mujeres, con quien nosotros nos casaremos y haremos generación fuerte para la guerra”

Fue así que entre alaridos de triunfo, yendo adelante en sus andas Titu Yupanqui, se inició el ataque a la ciudad de los Reyes. Cruzó el Capitán General el río Rímac, mientras los cuzqueños se desprendían de los cerros gritando “A la mar, barbudos. A la mar barbudos”. Entraron por la parte de Santa Ana. Tras Titu Yupanqui iban veinte jefes escogidos “con camisetas muy galanas, con collaretes y brazaletes de oro y las camisetas del mismo”.

Terrible debió ser el choque con el frente que oponían los castellanos, amparados en sus miles de belicosos indios auxiliares y sus esclavos negros armados para la lucha: “adelantaron tanto que entraron dentro de la ciudad, haciendo en ella grandísimo estrago y mataron muchos españoles e infinito número de indios amigos”. Algunos estimaron que aquel día “concluía la guerra, asolando a Lima”. Pero los jefes españoles sabían cuán útil resultaba en semejantes casos ultimar al jefe supremo de un ejército, a quien los indios siempre seguían con fe ciega.

Pizarro había dividido sus huestes en dos grandes escuadrones. Uno de ellos estuvo en reserva al producirse el ataque de Titu Yupanqui, y luego salió a la lucha violentamente. Se batieron allí a todo dar los castellanos amparados por sus indios aliados, quienes “haciéndoles las espaldas, peleaban muy bien”. En el combate pereció Titu Yupanqui, atravesado por la lanza del decidido jinete Pedro Martín de Sicilia (inédito hallado por Héctor López Martínez). Otras versiones suponen que Titu Yupanqui recibió un disparo de arcabuz que le destrozó la pierna y habría de agonizar, pocos días después, junto a la laguna de Chinchaycocha. De todos modos, los españoles liquidaron en esa carga definitiva a la flor y crema de los Curacas atacantes y hasta a su Capitán. Vino entonces la retirada inmediata de los indios de las calles de la ciudad, pero mantuvieron el cerco desde los cerros.

El asalto fracasó fundamentalmente por la inacción de los jefes huancas quienes debían penetrar por el sur. Ellos y sus aliados con su vacilación decidieron la victoria cristiana, pues –como lo dice un cronista español– “si llegan no quedara memoria de la ciudad de los Reyes ni de los españoles”. Más pudo en los curacas huancas el recuerdo de las antiguas rivalidades con los Incas. Aún tenían muy presentes las terribles guerras libradas con Cuzco y con Quito pocos decenios atrás. Y los castellanos habían sido hábiles en conceder a estos caciques huancas innumerables privilegios.

## **GUERRAS DE ILLA TUPA**

Fracasado el ataque a Lima a causa de la adhesión de vastos sectores indios a los castellanos, y muerto en Chinchaycocha Titu Yupanqui, el General Illa Tupa decidió posesionarse de las comarcas de la sierra central, hasta Huánuco, a fin de continuar la guerra contra España.

Illa Tupa no dejará en ningún momento de atacar a los españoles. Era de sangre real y logró asentar su dominio en amplias regiones. Cuentan las relaciones que “no perdonaba alevosías”, que iba siempre “haciendo robos”, que “andaba por ahí perturbando el servicio de los indios”.

Illa Tupa mantendrá así a salvo parte de sus efectivos en las agrestes cordilleras tras el cerro de Lima. Otros grupos cuzqueños, sin embargo, más optimistas, creyeron posible, de inmediato, ganar en campo abierto a las huestes indo-españolas. Y se concentraron a sur de Lima, entre Atocongo y Pachacamac. Veamos, pues, ahora lo que ocurrió al sur de Lima, donde los sitiadores se habían reunido y por donde Francisco Pizarro pensaba romper a los atacantes tras haber puesto todo el mando bajo Alonso de Alvarado.

## **BATALLA DE PACHACAMAC**

Príncipes cuzqueños acaudillaron allí a las huestes incaicas, y a los castellanos, un capitán veterano en guerras de conquista: Alonso de Alvarado. La Batalla de Pachacamac constituye una de las tantas efemérides olvidadas. En ella lucieron con tal brillo el arrojo español y la ciega valentía de los cuzqueños, que el propio Garcilazo, reacio siempre al recordar pugnas entre el indio y lo hispánico, se refirió a este encuentro en sus Comentarios: “tuvieron una batalla muy sangrienta con los indios que todavía andaban levantados, aunque su príncipe estaba ya retirado en las montañas. Los cuales, como vencedores que hasta allí habían sido de los socorros que al Cuzco habían ido, acometieron a Alonso de Alvarado con grande ánimo, y pelearon mucho espacio con grande ferocidad, mas murieron muchos indios, que, no habiendo sierras o montes que les defendiesen de los caballos, siempre les iba mal, y al contrario en las tierras fragosas, aunque también mataron en esta batalla once españoles y siete caballos”. Otros cálculos elevan estas cifras hasta sesenta españoles muertos, contando sin duda a los que perecieron posteriormente a consecuencias de las heridas.

Admirable es la breve descripción del combate que nos ha dejado el ilustre cronista Francisco de Gómara: la batalla –dice-, “fue muy dura y sangrienta, pues los indios peleaban como vencedores y los españoles para vencer”. Precisa luego que costó “muchos españoles y muchos indios amigos, que los servían y ayudaban”.

A la impetuosidad de los caballos, se sabe que en Pachacamac los castellanos sumaron una impresionante potencialidad de fuego: cien arcabuces, amén de artillería. Se utilizó también a los guerreros cañaris; indios que –como hemos visto– eran acérrimos enemigos de los cuzqueños y que habían llegado a Lima durante el asedio. Combatieron también contingentes de indios yungas, cuyos régulos, rivales de los Incas, fueron siempre afectos a los cristianos. Y, como en todas las lides de aquella época, también derrocharon bravura los esclavos negros, tan ansiosos de botín como sus amos.

No lejos del célebre santuario, el comando cuzqueño decidió esperar a las mesnadas españolas, quizás confiando en las divinidades tutelares del Tahuantinsuyu. Hasta ese sitio Alonso de Alvarado “con trescientos españoles de a pie y de a caballo fue talando y conquistando la tierra...tuvo una recia batalla con los indios, los cuales desbarató y mató a muchos de ellos”. Pero no cejó con esta derrota la resistencia incaica.

## **LA GRAN CAMPAÑA DE ALONSO DE ALVARADO**

Ganada la victoria en Pachacamac, Francisco Pizarro dispuso que Alonso Alvarado partiera comandando una sexta expedición de socorro al Cuzco. Se temía que esa ciudad hubiera sido tomada por Manco Inca con muerte de todos los cristianos que en ella estaban. En el mejor de los casos podía suponerse que Diego de Almagro -mortal enemigo de la facción pizarrista-, iba ya cerca de la antigua capital de los Incas, si es que había logrado retornar de Chile.

Por esa misma época parten de Lima otras expediciones menores para pacificar las vecindades, especialmente hasta Chíncha y Huarochirí. Pero las esperanzas del Gobernador están puestas en Alvarado, quien se lleva varios cientos de soldados españoles veteranos y 4,000 indios escogidos de guerra.

A poco estallarán serios desórdenes en el norte, cubriendo hasta Piura. Illa Tupa fue, sin duda, el eje de dicho movimiento. Pero en Lima esos acontecimientos poco interesan. Lo que a todos importa es la suerte que pueda haber corrido la guarnición que en el Cuzco comandaba Hernando Pizarro. Lo que Francisco Pizarro quiere es recuperarla a toda costa antes del retorno de don Diego de Almagro, a quien, sin embargo, muchos rumores daban por muerto en Chile.

## **SANGRE Y MAS SANGRE**

Pequeños grupos del ejército incaico continuaron resistiendo en la provincia de Huarochirí, apoyados por la belicosidad de los hijos del lugar.

Alonso de Alvarado, para reprimir la resistencia de los indios, no se midió en sanciones. Este ascenso a los Andes se caracterizó por su crudeza. Ordenó cortar manos y narices a diestra y siniestra. A otros los ataban y les disparaban con cañón, para aniquilarlos en masa. Se iban quemando todas las poblaciones y talando las cosechas. Se violaban mujeres. Se mataba niños. Los perros feroces cumplieron aquí un gran papel. Y se marcó en abundancia con hierros calientes los rostros de los prisioneros.

La expedición que subía a marchas forzadas requería de gran cantidad de siervos. De allí que cadenas y sogas fuesen cosas comunes. La vida, nada importaba. Despoblado hubo en el cual, sólo de sed, murieron más de quinientos indios de aquellos que portaban los bagajes de los conquistadores y de sus aliados. Curacas de los Jaujas subían con los españoles, para luchar contra quienes en el Mantaro habían optado por adherirse a la insurrección. Indios de Nicaragua, buenos guerreros, y Cañaris y Chachapoyas, así como esclavos negros, integraban aquella expedición de tan trágicos contornos.

## **REFRIEGA DE JAUJA**

La expedición al llegar a Jauja desalojó en breve combate a una pequeña guarnición rebelde. Luego de perseguir a los indios que habían apoyado a la conquista de Manco Inca, se pasó a marcarles con fuego la cara. Los vencedores procedieron de inmediato a venderlos como esclavos. Concretamente se sabe que en Jauja “herró más de tres mil hombres, mujeres

y muchachos”. Especialmente sufrieron castigos los de Tarma y Bombón, por el apoyo que otorgaron a Titu Yupanqui durante el cerco de Lima.

### **RESISTENCIA EN ANGOYACU**

El Angoyacu se habían hecho fuertes algunos regimientos incaicos, muy diezmados. Sobre ellos envió su vanguardia Alonso de Alvarado. Vencidos los rebeldes, a los prisioneros se los quemó vivos en grandes hogueras o se los arrojó en fosos para enterrarlos en vida.

Reunido todo el ejército de Alvarado en Jauja, decidió seguir la marcha hacia el Cuzco. Eran más de quinientos hombres los que partían, pues habían sido reforzados con cerca de 200 que llevó a Jauja Gomes de Tordoya.

Se dice que en las refriegas mencionadas anteriormente perecieron no menos de cuarenta cristianos.

### **BATALLA DE RUMICHACA**

Con su ejército de 500 hombres y dejando tras de sí una huella de espanto, Alonso de Alvarado continuó avanzando, cautelosamente, hacia el sur.

Su avance fue detenido al avisársele que en Rumichaca existían contingentes cuzqueños dispuestos a cerrarle el paso.

No encontrando otra solución decidió atacar, “pero lo cercaron los indios por todas partes y hubo con ellos batalla en que los venció y mató muchos de ellos”. Sabemos que el éxito español se debió a un ataque sorpresivo al alba, el cual les permitió tomar un puente de peña que era la posición clave.

### **MATANZA DE RUMICHACA**

Continuando con su política terrorista, Alonso de Alvarado decidió escarmentar tanto a los cuzqueños como a las poblaciones comarcanas que les habían prestado apoyo en estas guerras. Fue así como “mandó juntar una plaza de indios e indias, (y) les mandó a matar a todos”. Asimismo hizo ahorcar a más de cien personas y luego entregó las vecindades al irrestricto saqueo de sus tropas.

### **GUERRILLAS Y MASACRES**

Los últimos restos del ejército cuzqueño que meses atrás había sitiado Lima no cejó en la lucha. Impedido el comando de librar batallas frontales se dedicó a la hostilización permanente de tipo guerrillero. Dicen los cronistas que “de Rumichaca a Abancay hubo muchas escaramuzas”.

Alvarado respondió en esta campaña matando y quemando sin piedad. Testigos hubo que vieron que “mandó matar a muchos indios e indias, aporrearlos y quemarlos, y cortó tetas y cortó manos a indios e indias”. Que “hizo herrar por esclavos muchos indios e indias, con un hierro caliente (que) se lo ponían en la cara”. En la provincia de Huamanga “hizo mucha junta de



gran cantidad de indios viejos y mozos e indias y muchachos... a todos juntos los mandó aperrear y quemar y cortar manos y tetas". En Parcos quemó cuarenta indios e indias. Iba incendiando asimismo los almacenes imperiales. Entre estos miles de mártires se contaron muchos orejones distinguidos.

Esta feroz campaña prosiguió en Andahuaylas, donde, por varios días, se entretuvieron los cristianos en saqueos y matanzas mientras herraban a cuanto indio cogían. Allí dejó "destruida la tierra y abrasada, quemando los naturales y cortándoles las manos y a las mujeres las tetas y a los indios chiquitos las manos derechas y talando los maizales y destruyéndolos y no guardando paz ninguna". No obstante su ferocidad, Alonso de Alvarado no era muy rápido para avanzar. Posiblemente temía al grueso de las fuerzas de Manco Inca y también al ejército de Almagro.

Francisco Pizarro le censuró más tarde que hubiera empleado tanto meses en marchar desde Jauja hasta Abancay.

## **EMPALME DE LA HISTORIA**

Con la expedición de Alonso de Alvarado nos hemos ido acercando lentamente al Cuzco. Bueno será saber sucintamente cuanto ocurrió en la antigua capital incaica mientras los ejércitos cuzqueños despachados por Manco Inca desde Ollantaytambo se desprendían de los Andes para asaltar Lima tras haber derrotado a cinco expediciones castellanas. Los sucesos ocurridos en la costa, y luego la expedición de Alvarado, nos han hecho perder bastante de vista el cuartel general de operaciones del comando rebelde incaico.

Conviene conocer que mientras las mesnadas imperiales avanzaban por las cordilleras hacia Lima, en el Cuzco seguía la lucha a muerte entre Manco Inca y Hernando Pizarro. Ligeramente revisaremos ahora los principales episodios ocurridos en esa tenaz guerra desde la Batalla de Ollantaytambo.

## **LAS CABEZAS CORTADAS**

Los españoles sitiados en el Cuzco se enteraron de las varias derrotas castellanas en las cordilleras en forma realmente macabra.

Ocurrió el suceso no mucho después de la derrota de Hernando Pizarro ante Manco Inca en Ollantaytambo: "... aparecieron sobre un cerro a vista de la ciudad hasta cien mil indios dando muy gran grito. Salió a ellos Hernando Pizarro con hasta cuatro de a caballo que se hallaron más prestos; como llegaron cerca, los indios huyeron dejando en el suelo dos líos: Hernando Pizarro con los demás fue siguiendo el alcance bien una legua. Vuelto al lugar donde estaban antes los indios, mandó llevar los líos a la ciudad llevando consigo tanta tristeza cuanta por aquella muestra era razón que mostrase, porque hallaron dentro cabezas de cristianos. Llegado a su posada halló que en un lío venían seis cabezas, y en el otro muy grande cantidad de cartas rasgadas, y entre ellas una casi entera de la Emperatriz, nuestra señora, en que hacía saber a esta tierra la victoria que V. M. había contra la Goleta y reino de Túnez, y contra Barbarroja y los turcos que con él allí estaban. Por otras cartas particulares se supo como el Gobernador había enviado gente a socorrer a esta ciudad; Hernando Pizarro para saber qué se había hecho de

ella hizo dar tormento a algunos indios que se habían prendido, los cuales dijeron que mucha gente había venido de Los Reyes, y que todos habían sido muertos por los indios de guerra, porque el Inca tenía doscientas cabezas de cristianos y cientos y cincuenta cueros de caballos, diciendo también que el gobernador con toda la gente que consigo tenía en Los Reyes se habían embarcado y desamparado la tierra. Oyendo esto los españoles, en todos cayó grandísima tristeza, quedando tan tibios y pensativos que no sabían de sí, todos muy temerosos”.

Estos informe sobre los triunfos de Titu Yupanqui, hicieron vacilar, otra vez, la firmeza de los defensores del Cuzco. Fue, nuevamente, el indesmayable Hernando Pizarro quien en una arenga ejemplar alentó a su gente a sostenerse allí a cualquier precio y conquistar mayores glorias. Era, sin duda, tan cruel como valiente.

### **EXPEDICION A CANCHIS**

Un poco antes o un poco después del macabro episodio de las cabezas, viendo el peligro del hombre, y la merma visible de los grupos que seguían a Manco Inca, (buena parte se había despachado sobre Lima), Hernando Pizarro decidió enviar por bastimentos a Canchas. Mandó a un capitán con los peones españoles y la mayor parte de los indios aliados.

### **IMPRUDENCIA ESPAÑOLA**

Con ánimo de observar los movimientos de las tropas de Manco Inca, partió Gonzalo Pizarro al frente de un escuadrón de caballería.

Sin duda penetró mucho en el área enemiga, pues, cuando menos lo pensaba, se vio rodeado de tropas cuzqueñas. Fue entonces cuando se produjo un furioso choque.

### **OTRA BATALLA EN JAQUIJAGUANA**

Acosado Gonzalo Pizarro se defendió lo mejor que pudo, pero no le bastaban las fuerzas ni sus hombres para resistir tanta cantidad de enemigos.

Decidió entonces picar espuelas rumbo al Cuzco. Era seguido muy de cerca por la infantería cuzqueña. De cuando en cuando volteaban grupas para cargar contra los que los perseguían. Pero el riesgo era cada vez mayor.

Avisado Hernando Pizarro de lo que ocurría, se lanzó de inmediato al galope con refuerzos para su hermano. Rompieron uno de los escuadrones enemigos y todos pudieron retornar al Cuzco, con mucha prisa y más heridos. De todos modos, fueron los auxiliares yanaconas los que con su aviso salvaron esta vez de un desastre total a lo mejor de la caballería española. Vale anotar que los jinetes utilizaron ya corceles nacidos en el Perú.

## **OFENSIVA CASTELLANA**

Como nuevamente empezaban gruesos contingentes de unidades incaicas de los alrededores del Cuzco, Hernando Pizarro decidió tomar la ofensiva antes de que el cerco se estrechase nuevamente sobre la ya muy agobiada ciudad.

Reuniendo a lo mejor de la caballería decidió atacar. Entre los que se acercaban figuraba un batallón de mil flecheros, “de la guardia del Inca, era muy buena gente y peleaban muy sin miedo. Hiriéndole a Hernando Pizarro su caballo y otros dos de los seis, de flechazos”. Sin desanimarse, los españoles los atacaron de frente, rompiendo el batallón y arrojándolos en una laguna. “Gonzalo Pizarro los acometió echándose a caballo al agua: fue muy hermosa montería, que se tomaron como pescado sobre agua”. El resto de los atacantes alcanzó a refugiarse en unos cerros a fin de salvarse de las cargas de caballería. De esa caballería al parecer imbatible.

## **NUEVAS REPRESALIAS**

Las matanzas de mujeres prosiguieron con el estrechamiento del cerco. Asimismo se cortó la mano derecha a cuatrocientos prisioneros del último combate. Pero eran pocos los cuzqueños que se desanimaban.

## **BATALLA DE CHINCHERO**

Fue muy furiosa, especialmente por un grupo decidido de nobles orejones. Uno de ellos llegó al extremo de esperar con sangre fría la carga de un jinete y le arrebató la lanza a la carrera. Otro español picó espuelas sobre él y el indio le asió igualmente la lanza. Viendo esto Gonzalo Pizarro arremetió contra el orejón y éste le dio con una de las lanzas en la cabeza del caballo. Cabrioleó el corcel de Gonzalo Pizarro y casi cae. Sacó su espada y pronto fue rodeado el orejón y hecho prisionero.

Salvaron de perecer en este encuentro gracias al socorro de Hernando Pizarro; aunque hubieron sí de retirarse.

## **BATALLA CON ARMAS OCCIDENTALES**

En uno de los encuentros librados en los alrededores del Cuzco cargaron los indios sobre los españoles con “armas castellanas, y caballos y algunos mosquetes”. Eran los despojos de los caídos en las batallas ganadas por Titu Yupanqui a los españoles.

Se señala que había “gran orden” en las filas indias y que la reciedumbre del ataque hizo ver que “no había otro medio de salvarse sino huyendo”. Llegó, sin embargo, a tiempo, un auxilio de ballesteros y piqueros. Una rociada de saetas rompe lo mejor del escuadrón enemigo y se los coge con maniobra de tenaza. Los cuzqueños, además, no sabían manejar bien los arcabuces.

De todos modos se tomó allí “los tres mosquetes encabalgados que se dispararon cuatro o cinco veces en esta batalla”. “Y viéronse en esta ocasión muchos indios con espadas y rodela y alabardas y algunos a caballo con sus

lanzas haciendo grandes demostraciones y bravezas y algunos embistiendo hicieron hechos en que mostraron ánimo más que de bárbaros”.

### **REGRESA ROJAS**

Gabriel de Rojas, quien había ido como jefe de la expedición a Pomacanchis (Canchas) retornó trayendo muy buenos bastimentos. Consiguió asimismo la rendición de muchos curacas de importancia.

Finalmente trajo noticias de sumo interés: corrían rumores entre los indios de que Don Diego de Almagro se acercaba al Cuzco con un poderosísimo ejército de cientos de españoles y varios miles de indios adictos que comandaba el famoso Paulo Inca: hermano y rival de Manco Inca.

### **TEMORES DE HERNANDO PIZARRO**

Hernando Pizarro empieza a temer una alianza de Manco Inca con Diego de Almagro.

Los indios afirman que el monarca rebelde ha mostrado gran satisfacción por las noticias del retorno de Almagro. Por otro lado, nadie se olvidaba que tiempo atrás habían mantenido una estrecha relación contra el bando pizarrista.

### **NEGOCIACIONES DE OLLANTAYTAMBO**

En efecto, Almagro no vaciló en establecer contacto con Manco Inca. En realidad lo pensaba utilizar para desalojar al odiado Hernando Pizarro del Cuzco.

Sus emisarios visitaron al Inca en Ollantaytambo sin llegar a un acuerdo concreto, coincidiendo sólo en la enemistad a Hernando Pizarro.

Ciertos mensajes delataron a Manco Inca que Diego de Almagro le jugaba doble; y que no deseaba restablecerlo en el trono de Huaina Capac sino eliminarlo una vez que fuese vencido Hernando Pizarro. Tales informes motivaron la detención de los dos emisarios de la segunda embajada enviada por Almagro a Ollantaytambo, uno de los cuales era el distinguido Capitán Ruy Díaz. Asimismo, ordenó que se atacara de inmediato a Diego de Almagro, quien se aproximaba a Yucay con fuertes efectivos.

### **REFRIEGA DE YUCAY**

Los contingentes de don Diego de Almagro, son, no obstante, muy superiores a lo sospechado por Manco Inca. La batalla se limita a varias escaramuzas en una de las cuales matan el caballo del Mariscal Rodrigo Ordóñez, lugarteniente del jefe español. Salvó la vida en ese momento por intervención de varios compañeros de armas que presto lo socorrieron.

Tras un cerco de tres días a las huestes almagristas, que cuentan con un respaldo de indios auxiliares que excede en número a las fuerzas rebeldes. Almagro logra salir para dirigirse hacia el Cuzco.

## **PANICO EN EL CUZCO**

Hernando y Gonzalo Pizarro no se sienten muy seguros de su situación. En primer lugar Manco Inca sigue en pie de guerra y se sabe que negocia una alianza con Diego de Almagro. En segundo término, el odiado Almagro ha retornado de Chile con sus efectivos casi intactos y con la adhesión de Paulo Inca. Finalmente, dentro de la ciudad se conspira intensamente. Hernando Pizarro es odiado por la mayoría de los españoles a causa de su carácter duro y su señorío aristocrático. Muchos son los que añoran un triunfo almagrista; sobre todo porque se sabe que Almagro es pródigo. Se dice que prestaba y regalaba dinero sin tasa ni medida. Se le debe –según se afirma– quizás hasta un millón de pesos de oro. Y nunca cobraba lo adeudado. Por otro lado, se lo ve plebeyo, popular. Es muy distinto a Hernando Pizarro. Y no integra un clan familiar como sus rivales.

## **REFUERZOS INDIOS**

En vista de lo difícil de su situación, Hernando Pizarro decidió aumentar los contingentes de indios aliados. Incluso les entregó lanzas y espadas. Finalmente adiestró a grupos de indios de Pascac para que supiesen usar las picas contra los caballos enemigos. Cometió asimismo otro acto por el cual sería más tarde acusado ante la justicia española: enseñó a los esclavos negros el manejo de la pica. De tal modo Hernando Pizarro –decidido como siempre– estaba dispuesto a jugárselas íntegro frente a Almagro y a Manco Inca.

Cuando Almagro apareció por los alrededores del Cuzco, el jefe de la plaza hizo formar sus efectivos de españoles y de indios aliados. Estos últimos, al decir de un almagrista, llegaban nada menos que a cuarenta mil. Conviene anotar que el Capitán General de los indios aliados se había distanciado de Hernando Pizarro a causa de las disenciones internas nacidas de disputa por mujeres.

Numerosos vecinos del Cuzco, igualmente, hicieron llegar mensajes secretos al campo almagrista, dando adhesión.

## **EL ASALTO DEL CUZCO**

Una noche rompiendo unas treguas parciales, don Diego de Almagro se lanzó al asalto del Cuzco.

Virtualmente nadie peleó en su contra. Fue hasta un ingreso triunfal. Sólo resistieron, y con heroísmo singular, los Pizarro y un pequeño grupo de colaboradores. Rodrigo Orgóñez tuvo que incendiar la casa desde la cual se defendían, para obligarlos a salir y rendirse. De inmediato pidió que se matase a Hernando Pizarro con un argumento muy de la época: “Perro que muere no muerde”. Pero Almagro contemporizó y perdonó las vidas a los jefes vencidos; lo cual, a la postre, le costaría la suya propia y la de todos sus amigos. Entre ellos Rodrigo Orgóñez, el Mariscal Judío de la Conquista del Perú.

## **EL MARISCAL JUDIO Y MANCO INCA**

Dueño del Cuzco, Diego de Almagro decidió acometer una empresa esencial: liquidar a Manco Inca. Se la encomendó al impetuoso joven Mariscal: Rodrigo Orgóñez. Sus cien duelos y hazañas hacían presumir un fácil triunfo. Si había capturado al Rey de Francia en Pavía, bien podía dominar a un monarca indio rebelde y casi ya sin fuerzas. Por lo demás, su calidad de judío converso le daba una creciente animosidad para terminar con éxito cuanta empresa se le encomendara en nombre del Rey y la Religión.

Pero antes queda un problema que arreglar: vencer a Alonso de Alvarado, a quien dejamos páginas atrás, acercándose al Cuzco desde Lima en feroz campaña. Almagro sabe que el asunto no será muy arduo, ya que ha recibido manifestaciones de adhesión del campo rival. La soldadesca española, a la verdad, parecía identificarse más con el segundón de la Conquista que con el clan Pizarro.

## **BATALLA DE ABANCAY**

Marchó así Rodrigo Orgóñez con sus fuertes efectivos (almagristas de la expedición a Chile más los ex-pizarristas de Cuzco) sobre Abancay. Delante iba Paulo Inca con sus miles de fieles guerreros indios. Tras un prolongado hostigamiento de los honderos de Paulo sobre las huestes de Alonso de Alvarado, se produce un breve ataque del ejército de Orgóñez. De inmediato se le pasaron con armas y bagajes varios de los jefes más importantes de las tiendas enemigas. Más que batalla fue una entrega en masa. Poca disposición para pelear demostraron quienes por varios meses no habían hecho sino quemar, violar y torturar.

Con la disolución de la expedición de don Alonso de Alvarado –que constaba de quinientos hombres, más indios auxiliares y cuantiosa cantidad de negros-, el poderío de Almagro se fortaleció extraordinariamente en el Cuzco. Francisco Pizarro se estremeció en Lima al conocer la noticia. Pero mucho más lo sintió Manco Inca. Comprendiendo lo insostenible ya de su posición en Ollantaytambo optó por retirarse más hacia el norte tomando camino de las agrestes comarcas de Vilcabamba. Se habían deshecho sus esperanzas en una cruenta batalla entre cristianos.

## **TRIUNFO DE ORGOÑEZ**

Se alistó en el Cuzco una poderosa expedición de varios cientos de españoles, perfectamente equipados y muy escogidos al mando de los cuales estaba Rodrigo Orgóñez. Muchos miles de indios también se prepararon para salir, comandados por Paulo Inca. Una vez partidos, don Diego de Almagro los acompañó hasta Ollantaytambo, plaza fuerte abandonada hacía poco por el monarca rebelde.

Manco Inca se había replegado hacia Amaybamba. Allí tuvo que afrontar una dura lucha con gruesa colonia de mitimaes chachapoyas que le eran hostiles. La pequeña guerra acabó con el triunfo de los cuzqueños y el degollamiento

del régulo Chuqui Llasac. Ya afianzado, Manco Inca se posesionó de las fortalezas de esa región (según documentos hallados por María Rostworowski). A estas alturas Manco Inca no contaba ya sino con reducidísimos efectivos; aunque conservando, eso sí, lo mejor del alto comando. Sus líneas de comunicaciones debieron romperse a causa de lo dilatado de la extensión que lo separaba del Cuzco; a través de quebradas montañas cubiertas de espesura. Y fue entonces cuando se encontraban celebrando unas festividades que cayó como un rayo la expedición de Rodrigo Orgóñez. El Mariscal, audazmente, había penetrado hasta esas apartadas comarcas.

Fue una fiesta fatal para Manco Inca: “y al mejor tiempo que estaban en ella, desacordados de lo que les sucedió, halláronse cercados de españoles y como estaban pesados los indios por lo mucho que habían bebido y tenían las armas en sus casas, no tuvieron lugar de poderse defender”. Miles de aguerridos soldados de Paulo Inca empezaron a tomar las posiciones del rey rebelde. El desastre fue completo. Se tomaron allí numerosos prisioneros (aunque pocos principales), varias Coyas, esposas de Manco Inca, momias venerables de los antepasados, joyas, caballos, esclavos negros, armas indígenas y españolas en buena cantidad, la gran imagen de oro del sol. Entre los capturados estuvo, igualmente, el niño Titu Cusi Yupanqui, hijo del jefe insurrecto y futuro cronista de estas guerras. Asimismo, se puso en libertad a los varios cautivos españoles que en condición de siervos guardaba consigo Manco Inca. A éstos los hacía trabajar como a esclavos e incluso los obligó a que revelaran los secretos de la pólvora y la equitación. Todos ellos lograron su libertad merced al sorpresivo ataque de Rodrigo Orgóñez y Paulo Inca.

El monarca cuzqueño, por verdadero milagro, logró traspasar las líneas enemigas acompañado de sus lugartenientes. Después se dispersaron, a causa de la incesante búsqueda de las patrullas indoespañolas las cuales tenían orden de tomarlo vivo o muerto. Indios Lucanas muy fieles le salvaron allí la vida, conduciéndolo a salvo entre tanto peligro.

Rodrigo Orgóñez emprendió su persecución, al lado de los indios de Paulo; pero pronto llegó orden de Diego de Almagro para retornar de inmediato al Cuzco. Era necesario enfrentar a Francisco Pizarro. Subía ya gente de Lima, y aunque venían con afán negociador, y era poca, parecía necesario tomar providencias por lo que pudiera ocurrir.

Quizás Paulo Inca continuó por algún tiempo esta campaña de Amaybamba, llamada también de Vitcos. Se sabe que durante todo el transcurso de esta guerra. Destacó el hermano de Manco Inca como eficaz colaborador de los cristianos. En un principio Manco trató de atraerlo, haciéndole ver lo incorrecto de su actitud; pero al fin desistió a causa de la decisión de Paulo de mantenerse de lado de los castellanos.

Los miles de soldados de Paulo Inca, veteranos de la campaña de Chile, fueron un factor preponderante. Basta leer los elogios que le dedicaron los españoles: “los indios de la tierra lo tienen en mucho y además es ardiloso en la guerra”; “le ha hecho guerra como buen amigo y servidor de Su Majestad”; “trajo muchos caciques de paz”; “ha servido muy bien”; si quisiera “fuera parte para hacer mucho mal y daño a los españoles y matara a los más de ellos”, Así iba Paulo Inca, a caballo y con armas europeas, luchando al frente de los suyos o aconsejando la paz a los partidarios de la revolución.

## **RECUPERACION DE MANCO INCA**

Cuando probablemente veía definitivamente perdida su causa, Manco Inca recibió gratas noticias.

Retornaba, aunque con pocos efectivos, el General Chiri Manchi quien había hecho la guerra con Titu Yupanqui en las sierras y en la costa cuando el cerco de Lima. Con ellos habrá de formar el núcleo de un nuevo ejército.

## **CONFERENCIA DE MALA**

Para zanjar definitivamente sus diferencias con Francisco Pizarro, Diego de Almagro decidió descender a la costa. De una vez por todas debía resolverse a quién pertenecía el Cuzco y dónde terminaban las Gobernaciones; por lo menos hasta que una Real Cédula lo aclarase.

Almagro bajó muy confiado en las fuerzas que dejaba acantonadas en el Cuzco, pero luego reconoció su error al ver que Francisco Pizarro había recibido muy cuantiosos refuerzos de toda América a causa de los pedidos de ayuda lanzados a raíz del levantamiento de Manco Inca.

La entrevista se realizó en Mala el 14 de noviembre de 1537. Los ánimos estaban tan enconados que ambos grupos –12 de cada bando– presididos por Francisco Pizarro y Diego de Almagro respectivamente, concurren con sumo recelo. Entre las condiciones puestas a Almagro se hallaba el que no fuese Rodrigo Orgóñez cuya impetuosidad se temía. Por otro lado, no sólo corrían rumores de que el Fraile Bobadilla –quien actuaría como árbitro– estaba llano a venderse al mejor postor sino que se hablaba de celadas.

Esto último –según acusaciones almagristas– fue tramado por el clan dominante del Perú. Conviene aquí recordar que Gonzalo Pizarro había logrado fugar de sus captores almagristas en el Cuzco junto con Alonso de Alvarado y un numeroso grupo de prisioneros. Una vez llegado a Lima, esta gente, como era natural, se puso a órdenes de Francisco Pizarro. Convocándose poco después la Entrevista de Mala, el viejo Gobernador encomendó a Gonzalo Pizarro que estuviese muy cerca de este pueblo con 500 de los mejores hombres. Aunque estos hechos fueron posteriormente aceptados por las dos facciones, los pizarristas siempre negaron que la aproximación de Gonzalo Pizarro hubiese sido de intención artera.

No obstante estos desmentidos se sabe que Almagro recibió una advertencia de un pizarrista. Al parecer iba a ser cogido al término del almuerzo con Francisco Pizarro. Ciertamente, o no, Almagro prudentemente, se levantó con precipitación de la mesa y se retiró al galope hacia el sur.

El fallo de Bobadilla fue favorable al clan Pizarro. Pronto se emprendieron nuevas negociaciones en Guarco, Lunahuaná y Chíncha pero ya sin la presencia de los caudillos.

## **ALMAGRO ACORRALADO**

Estando muy enfermo Almagro se vio en difícilísima situación, pues contaba con menos de cien españoles para hacer frente a más de mil de Francisco



Pizarro quien además poseía un extraordinario poder de fuego: treinta piezas de artillería y cerca de doscientos escopeteros.

Fue entonces que Almagro cometió yerro fatal: dejó en libertad a Hernando Pizarro. Este juró paz ante el altar “diciéndose la misa el uno y el otro, en todos los días de su vida no ser el uno contra el otro”. Diego de Almagro el joven, hijo mestizo del viejo capitán, condujo a Hernando Pizarro al campamento de sus hermanos. Allí mismo, delante de los enviados almagristas, Hernando Pizarro solicitó marchar en guerra sobre Almagro.

Este no tuvo más remedio que subir a las serranías iqueñas rumbo al Cuzco, perseguido por el clan Pizarro y numeroso ejército. A poco Francisco Pizarro decidió retornar a Lima y continuó la campaña sólo Hernando Pizarro con muy buenas tropas.

### **BATALLA DE HUAITARA**

La ganó Hernando Pizarro con sus cuatrocientos soldados españoles y auxiliares indígenas a Rodrigo Orgóñez, quien contaba con menos de un ciento, y su aliado Paulo Inca, el que llevaba cinco mil indios de guerra. Hernando Pizarro dirigió personalmente el difícil ascenso por las escarpadas cuevas de Huaitará; pero fue un triunfo fácil ya que los almagristas no querían –ni hubieran podido tampoco– defender la plaza en semejantes condiciones. Fue un encuentro de hostigamiento, donde la parte principal cupo a los guerreros de Paulo Inca, quienes hostigaron sin tregua a los pizarristas con sus hondazos.

De allí se retiraron los almagristas a Vilcashuamán; y a paso rápido, pues Hernando Pizarro ha impartido órdenes de disparar sin intimar rendición. Es la guerra a muerte.

### **OFERTA DE PAULO INCA**

Diego de Almagro se agravó mucho en Vilcashuamán, pues su mal venéreo llegaba ya a últimas etapas: “estuvo a punto de muerte de bubas y dolores y allí estuvo veinte o veinticinco días”. Fue entonces cuando Paulo Inca le dijo “en los pasos que hay yo mataré la mayor parte de la gente que trae Hernando Pizarro y le desbarataré. Y si tus cristianos no quisieren ir, déjame ir a mí solo con mis indios y yo haré lo que digo, que estos tus cristianos con tanta mujeres como tienen, no hacen cosas a derechas”.

Almagro se negó a lanzar a sus indios aliados contra los cristianos pero muchos almagristas censuraron sus escrúpulos. Poco después se retiró hacia el Cuzco, en litera. En la capital incaica cundía gran desconcierto, por la mucha fuerza que traía Hernando Pizarro. Paulo Inca, el sempiterno tráfuga, estuvo también entre quienes conspiraban contra Diego de Almagro. Veía acercarse el fin de su aliado circunstancial.

## **BATALLA DE LAS SALINAS**

Muy cerca del Cuzco, en el campo de Las Salinas, se enfrentaron el 26 de abril de 1538 los ejércitos de Hernando Pizarro y de Rodrigo Orgóñez habiendo mediado antes un desafío personal de éste último al jefe enemigo. La superioridad numérica y de fuego de la facción pizarrista determinó un rápido triunfo sobre los de Almagro pese al denuedo con que lucharon unos pocos de este bando.

Rodrigo Orgóñez iba delante recorriendo de un extremo a otro el campo en medio del fragor del combate buscando a Hernando Pizarro, para cruzar armas con él. Cuando vio a un pizarrista ricamente vestido se lanzó confundiéndolo con su odiado rival. Mató a ese pizarrista y a otros más y siguió peleando aun cuando estaba ya herido de un arcabuzazo. Tomado prisionero, fue degollado de inmediato en el campo de batalla.

Fueron sangrientas las represiones que siguieron. Unos 200 almagristas fueron asesinados; muchos hallándose malheridos o prisioneros. La fuga precipitada que emprendieron los de Almagro, a poco de iniciado el combate, le fue fatal. No faltaron mutilaciones y marcaciones de cuchillo en las caras. Diego de Almagro, quien muy enfermo había visto el combate de lejos, fue tomado prisionero.

La cabeza de Rodrigo Orgóñez antes de ser puesta en la picota fue refregada en el rostro de varios almagristas. Sobrevino luego un nuevo reparto de tesoros, cargos, siervos y tierras. En cuanto a Almagro, fue estrangulado el 8 de julio de ese mismo año: 1538. El clan Pizarro quedaba, nuevamente, dueño de los destinos del Perú.

Pasado el momento de las sanciones y venganza contra los almagristas hubo que pensar otra vez en reiniciar las campañas contra Manco Inca y sus lugartenientes. Especialmente preocupaba a los castellanos la rápida recuperación del rey cuzqueño. No sólo había empezado a desarrollar una guerrilla permanente en los Andes sino que logró prender la mecha de la insurrección del Collao. Esta última acción era obra de Tisoc, uno de sus más fervorosos partidarios.

## **ALZAMIENTO DEL COLLAO**

“Viendo ya las collas y todas las demás provincias que andaban alborotadas mediante la diligencia que para ellos hacía Tisoc, General de Manco Inga, a quien dijimos que había enviado para que hiciese gente y que se rebelase El Collao, (que) Manco Inga andaba de caída y que le habían muerto los españoles mucha gente y otra le había desamparado, acordaron de alzarse desde Vilcanota hasta Chile todas las provincias y negar la obediencia a Manco Inga y tampoco reconocer a los españoles, por los cuales estaban mal por sus tiranías y opresiones. Y concertado, nombraron por señor principal de todos a un curaca principal y de gran valor, natural de los Pacaxes, llamado Quinti Raura, el cual lo aceptó con gran voluntad y ánimo, prometiendo echar a los españoles de la tierra y ponerlos a todos en libertad, más de la que tenían en tiempo de los Ingas. Y de la otra parte del Desaguadero, donde hay ahora unos paredones viejos, se fue y estuvo haciendo el ayuno, que era ceremonia que

ellos usaban entre sí en semejantes actos y solemnidades para que le hiciesen señor de todos, como lo trataban”.

La intervención española fue esta vez solicitada por indios colindantes con el Lago Titicaca; quienes se oponían a Cari Apaza, uno de los lugartenientes de Tisoc y Quinti Raura. Los cristianos no encontraron mejor medio para penetrar hacia el Collao y dispusieron que Paulo Inca armara unos seis mil soldados indígenas de plena confianza.

## **BATALLA DE DESAGUADERO**

“Sabida pues esta conmoción y alzamiento en el Cuzco, salió Hernando Pizarro con mucho número de españoles, y fue en su compañía Paulo Topa, llevando indios amigos para apaciguarlos y llegando al (río) Desaguadero salió a ellos Quinti Raura con su ejército y Hernando Pizarro les presentó batalla, y ellos la dieron con mucho ánimo y osadía. Y en ella murieron muchos españoles e indios de los de remate, y la causa de tantos muertos fue el no poder pasar el Desaguadero con tiempo. Y viendo esto Paulo Inca dio una industria con que todos los indios y españoles pasaran en balsas muy cómodamente y sin peligro, y Paulo Inca dio con los suyos sobre los collas y los hizo retirar del Desaguadero, y luego llegó Hernando Pizarro con los españoles, y juntándose con ellos, los collas, como se vieron perdidos, se hicieron fuertes en un paso y de allí de nuevo dieron batalla. Pero al fin, fueron desbaratados por el valor de los españoles y pelearon aquel día valerosamente, y los collas deshechos algunos se fueron hacia la laguna y ampararse en ella y otros se fueron hacia sus tierras. Y en esta batalla fue preso Quinti Raura, que no tuvo ventura de gozar mucho tiempo el mando y señorío que le habían dado, y los españoles quemaron toda la población que allí había, y Hernando Pizarro en los presos y en todos los que pudo haber a las manos que se habían alzado, de los principales hizo gran castigo, para escarmentarlos que en lo de adelante estuviesen obedientes y no se alzasen”.

Durante el transcurso de la Batalla del Desaguadero, murieron ahogados diez españoles; casi pereció en la misma forma Hernando Pizarro (fue salvado por indios auxiliares); se ahogaron muchas bestias de los conquistadores. Un cristiano capturado vivo fue sacrificado de inmediato a los dioses por los rebeldes.

El triunfo del primer día fue tan rotundo que los indios les gritaban desde la otra orilla que pasasen, que los estaban esperando. A la mañana siguiente Hernando Pizarro dividió sus fuerzas para cruzar por los dos sitios distintos aunque próximos. Son los españoles unos doscientos y los auxiliares muchos miles de hombres; muy experimentados en las guerras. Algunos autores elevan el número del ejército de Paulo Inca a cuarenta mil personas, de las cuales 5 mil eran soldados. De todos modos, queda en claro en las viejas crónicas que los rebeldes cedieron a causa del número abrumador de sus adversarios, los indoespañoles. Como de costumbre hubo innumerables víctimas entre los auxiliares y casi todos los castellanos resultaron heridos.

## **HACIA COCHABAMBA**

Ganada esa comarca, Hernando Pizarro decidió proseguir la conquista del Collao y enfiló hacia Charcas, donde sabía que se hallaba Tisoc, el empeñoso lugarteniente de Manco Inca, organizando la resistencia a los cristianos.

## **BATALLA DE TAPACARI**

Este fue el primer encuentro en esta campaña hacia Charcas. La perdió Tisoc, pero salvando en buen orden a su gente. Lejos de desalentarse, hizo secretamente junta de mucha gente de guerra.

Mientras tanto los cristianos llegaron a Cochabamba. Tomada la plaza, decidió Hernando Pizarro retornar al Cuzco dejando el comando a su valiente hermano Gonzalo Pizarro, secundado por los seis mil soldados de Paulo Inca.

## **BATALLA DE COCHABAMBA**

“Y estándose holgándose una mañana sin pensarlo, antes que amaneciese, se hallaron cercados de los indios, que, sin duda, debían estar escondidos cerca, pues tuvieron lugar de poner en torno del real infinidad de maderos a manera de talanqueras muy espesos y fuertes, porque los españoles no se pudiesen aprovechar de los caballos, que era con los cuales hacían más daño en las batallas. Se vieron en grandísimo aprieto, porque estaban rodeados por todas partes, sin poder entrar ni salir fuera del real, y si allí se estaban habían de perecer de hambre y las bestias de pasto. Tisoc con los indios, que en aquella ocasión había hecho junta de infinidad de ellos, y los había traído con promesa de matar todos los españoles y quedar de aquella vez libres y salvos de sus molestias, y él había incitado y movido a todas aquellas provincias para que se alzasen, con promesa y aun con amenazas que les había hecho de parte de Manco Inga, en cuyo nombre había venido como dicho es”.

## **EL CRANEO DE GONZALO PIZARRO**

Tisoc había conseguido excelentes aliados en el Collao para apoyar la insurrección de Manco Inca. Uno de los más combativos fue Tiori Nasco. Fue este quien dijo que “del casco de la cabeza de Gonzalo Pizarro habían de hacer un vaso para beber”. Tales eran los trofeos guerreros en el Tahuantinsuyu. Ningún modo mejor de humillar al enemigo vencido que bebiendo en su cabeza forrada en oro y plata.

## **“A NO ESTAR YO ALLI”**

Gonzalo Pizarro calculó en veinte mil hombres el número de sitiadores. Para resistir contaba con 40 jinetes, 30 peones y 6,000 guerreros de Paulo Inca más personal de servicio. La lucha fue durísima, pues “pelearon largo rato sin conocerse ventaja”, “haciéndolo muy bien el Inca Paulo con su gente”.

Tisoc efectuó sangrienta matanza en los indios aliados de los españoles pero, al fin al cabo, éstos fueron los que desgastaron a los sitiadores. Cuatro españoles heridos y cuatro caballos lesionados, y cinco días de enconada guerra, preocupan a Gonzalo Pizarro. Es así como formando con los escuadrones de los indígenas amigos dirige personalmente una carga, con la cual rompió el cerco.

Poco después Paulo Inca podría decir con orgullo: “a no estar yo allí no quedara cristiano de ellos”.

Un cronista resumió así ese encuentro con quechuocollas de Tisoc: Viéndose Gonzalo Pizarro y sus hombres cercados “y que no tenían remedio, sino a fuerza de brazos romper aquellos maderos y palizadas como pudiesen y salir a los enemigos que estaban afuera con las armas aguardando, dieron traza que unos rompiesen y otros peleasen desde dentro. Y así españoles e indios amigos, con Paulo Topa, empezaron a deshacer las talanqueras y a salir a pesar de los indios de Tico, que lo defendían con todo ánimo y furia y peleaban haciendo cuanto era en ellos, y estuvieron de aquella manera todo el día y la noche, sin descansar los unos ni los otros, con el mayor tesón que se había visto en batalla de indios en este reino. Pero, al fin, fue Dios servido que los españoles, con la ayuda de los indios de Paulo Topa, que los hicieron con mucho esfuerzo, vencieron a Tisoc y a los suyos y los hicieron huir con muertes de grandísima cantidad de ellos, como la pelea duró tanto y con tanta porfía”.

## **SEGUNDA BATALLA DE COCHABAMBA**

El comando militar incaico, sin embargo, no se da por vencido. Tisoc deseaba hacer honor a su calidad de “Capitán General del Inca en aquella provincia” y a su terrible fama de “grandísimo enemigo de cristianos”.

Fue así como reunió un nuevo ejército con el cual marchó otra vez sobre Cochabamba. Se empeñó una larga lucha en la cual Gonzalo Pizarro estuvo a la defensiva gastándose cada vez más las reservas de Paulo Inca.

## **COMBATE DE PARIA**

Estando Gonzalo Pizarro en tan difícil situación, retornó Hernando Pizarro, acudiendo al llamado de los mensajes urgentes que le había enviado.

Allí atacando por sorpresa en Paria, cerca de Cochabamba, a los sitiadores, Hernando Pizarro logró un triunfo definitivo sobre Tisoc. Este alcanzó a retirarse, tratando de volver a juntar fuerzas, pero ya no lo consiguió, pues fue seguido muy de cerca. Finalmente, Paulo Inca obtuvo su rendición y fue conducido al Cuzco. El Collasuyu quedaba sojuzgado.

Al poco tiempo ocurrirán dos hechos trascendentales. Partirá Hernando Pizarro a España, llevando nuevos tesoros para el Rey y a explicar su conducta en el Perú. Mientras tanto, Gonzalo Pizarro organizará una poderosa expedición sobre los baluartes de Manco Inca en Vilcabamba. Las hazañas del primero las premiará Carlos V con veintiún años de encierro en la cárcel del castillo de La Mota del Campo. En cuanto al segundo, no logrará capturar al monarca rebelde. Estamos en abril de 1539.

## **BATALLA DE ORIPA**

Es un triunfo de la caballería incaica sobre el ejército español. Realizaba Manco permanentes correrías desde su cuarte general en Viticos. Razón por la cual Francisco Pizarro decide enviar a Illán Suárez de Carvajal para que “acabe aquella guerra”. Sale este Capitán del Cuzco hacia Vilcashuamán y de allí pasa a la provincia de Guamanga (regiones todas dominadas por las guerrillas incaicas), “y asentó su ejército en el lugar de Oripa, cuatro leguas de Curamba o Cubamba”.

“Manco en sabiendo la llegada de los castellanos, quiso retirarse más a la montaña, de la cual había salido algo para hacer sus cabalgadas, y siendo el Factor avisado del lugar donde se hallaba Manco, que no era muy lejos ordenó al Capitán Villadiego que con treinta soldados, los más sueltos fuese a un puente, tres leguas del cuartel, y que acometiéndole de repente procurasen prenderlo”.

Marcha Villadiego a cumplir con la misión encomendada. Cruza el puente “a pocos pasos” se entera por los indios aliados, siempre numerosos entre el ejército español, que el Inca “está en lo alto de una sierra con hasta ochenta hombres”, “porque sabía la llegada de los castellanos había enviado toda la gente adelante”.

Villadiego arengó a sus soldados: treinta españoles con cinco arcabuces y siete ballestas. Empiezan los peones a subir la cuesta. Es entonces cuando Manco “subiendo en uno de los cuatro (caballos) que tenía, con una lanza jineta en la mano, mandó a tres parientes suyos que subiesen en los otros, y apercibió a los ochenta indios y a todos les dijo que aquella ocasión no se debía perder pues que ellos estaban fuertes y los castellanos flacos”.

Carga entonces Manco con su pequeño pelotón de caballería contra Villadiego y su gente, toda fatigada por ascensión. Se disparan los arcabuces. Se cruzan las armas. A Villadiego le parten el brazo de un macanazo; y termina destrozado en manos indias. Perecen allí veinticuatro españoles, y sólo salvan seis heridos “con la ayuda de los indios amigos que los ayudaron y llevaron en hamacas”.

Manco procede entonces a las represalias de rigor en aquel tiempo “mandó cortar las manos, narices y orejas y sacar los ojos a muchos de los indios amigos de los castellanos, cuyas cabezas envió a Viticos”. Hizo luego a reclutar más gente y prosiguió la campaña de hostilización de los conquistadores. Es entonces que se funda Guamanga, con el único objeto de disponer de una base de operaciones contra el Inca rebelde.

La batalla de Oripa, ganada de buena cuenta por cuatro jinetes indígenas a treinta peones castellanos y varios de cientos de auxiliares indios, nos demuestra la enorme importancia del caballo en la Conquista.

## **FUNDACION DE GUAMANGA**

Vista esta derrota española y las permanentes incursiones de Manco Inca en esas regiones, Francisco Pizarro decidió fundar una ciudad entre Lima y Cuzco. Esa fue Guamanga, creada el 9 de enero de 1539, con nombre de San

Juan de la Frontera. Desde entonces los castellanos tuvieron un lugar de refugio en las cordilleras andinas, camino al Cuzco.

### **GONZALO PIZARRO FRENTE A MANCO INCA**

Alentado por la conquista del Collao, Gonzalo Pizarro decidió emprender una gran campaña que pusiese fin a las constantes guerras que daba Manco Inca a los españoles desde el río Santa hasta las vecindades del Collao. Alista para ello cerca de quinientos españoles, perfectamente equipados. Simultáneamente Paulo Inca hizo una nueva leva de gente entre los indios. Partieron así a buscar a Manco Inca en su cuartel general ubicado en algún lugar de las abruptas cordilleras de Vilcabamba. La imponente expedición llevaba refuerzos de 4,000 mil soldados indígenas. Al lado de Paulo Inca, aspirante a la corona incaica bajo protección española, marchan también dos príncipes de sangre imperial, enemigos del monarca rebelde: Inguil y Guaipar, seguidos de sus cortejos y escoltas.

### **BATALLA DE CHUQUILLUSCA**

Enterado Manco Inca de la aproximación del formidable ejército indo-español comandado por Gonzalo Pizarro, se adelantó algunas leguas a fin de preparar una emboscada. El resultado fue un desastre completo para el jefe español. En un paso muy angosto, cuando menos lo pensaba Gonzalo Pizarro, cayó una galga, que llevó tres españoles al abismo y separó en dos grupos a los expedicionarios. Adelante quedaron los príncipes Inguil y Guaipar, fuerte grupo de españoles y esclavos negros. Atrás, Gonzalo Pizarro, Paulo Inca y el grueso del ejército. Una lluvia de piedras y flechas cayó sobre todos ellos. Gonzalo Pizarro, alarmado por la sorpresa, dio orden de retirada. Se le opuso Paulo Inca haciendo ver los peligros de esa medida y la necesidad de salvar a los sobrevivientes del grupo de adelante. Una acalorada discusión en el comando indo-español terminó en acusaciones de traición a Paulo Inca. Se decía que retardaba la retirada para que el resto del ejército cayera en manos de Manco Inca. El incondicional aliado de los cristianos negó tal imputación y hasta pidió cadenas y guardias a cambio de un poco de tiempo para ubicar a los desaparecidos. Aceptada la propuesta de Paulo Inca se procedió a reconocer la zona. Se descubrieron 36 cadáveres españoles y doce heridos graves. Multitud de indios aliados había caído víctima del furor incaico. Asimismo, fueron capturados por los rebeldes los dos príncipes imperiales amigos. Más de cien españoles que se dispersaron ante el sorpresivo ataque de Manco Inca fueron reintegrados al conjunto de las fuerzas expedicionarias. Esta catástrofe hizo retroceder a Gonzalo Pizarro a fin de buscar refuerzos con los cuales iniciar una nueva campaña.

## **LA JUSTICIA DE MANCO INCA**

Entre los prisioneros cogidos por Manco Inca en Chuquillusca se hallaron los príncipes Guaipar e Inquill. El joven monarca, inflexible para con sus enemigos, especialmente para con los aliados de los españoles, ordenó de inmediato la decapitación de sus hermanos.

“Más justo es que corte yo sus cabezas que no que lleven ellos la mía”, fue todo el comentario del rey cuzqueño al ordenar el degollamiento.

## **FIRMEZA REVOLUCIONARIA**

Pese a contar ya con muy mermados efectivos, no había decaído el espíritu aguerrido de Manco Inca.

Sus capitanes habían lanzado gritos a los españoles diciéndoles que ya tenían muertos a más de dos mil cristianos y a incontables indios auxiliares, y que, además, “pensaba matarlos a todos y quedarse con la tierra que era suya y lo había sido de sus abuelos”.

Las pérdidas indias en estas guerras, por los dos bandos, el cristiano y el rebelde, han sido calculadas en unas quinientas mil personas.

## **LA ARCABUCERIA DE MANCO INCA**

Con los refuerzos enviados por Francisco Pizarro, Gonzalo Pizarro pasó a la ofensiva sobre Manco Inca. Este al parecer había disuelto su pequeño ejército, dividiéndolo en reducidas unidades de combate.

Una de ellas era de arcabuceros. Aunque mal entrenados los cuatro arcabuceros cuzqueños se enfrentaron desde unas troneras de piedra a la expedición española. Rodeado Manco Inca y su pequeño grupo por el numeroso ejército indo-español, se perdió en la maleza, tras cruzar rápidamente un río cargado por varios de sus hombres. Desde la otra orilla alcanzó a voltear a los españoles y decirles: “Yo soy Manco Inca”. Gonzalo Pizarro tuvo así que pasar dos meses en esas duras comarcas. Si bien no encontró al rey cuzqueño, en cambio se capturó a muy buena parte de sus máximos colaboradores: Vila Uma, Cori Atao, Tisoc y otros más. Sobre todo, cayó en manos de las fuerzas expedicionarias su hermana y esposa favorita, Cura Ocllo; de notable fama por su belleza singular. La expedición fue un éxito para Gonzalo Pizarro. Pero el rebelde se negó a entregarse a pesar de las constantes gestiones efectuadas por enviados de Paulo Inca.

## **UNA TRAMPA A FRANCISCO PIZARRO**

Mientras Francisco Pizarro estaba en el Valle de Arequipa, Manco Inca remitió mensajeros del Cuzco afirmando que sólo se entregaría al máximo jefe español si personalmente iba a verse con él en Yucay. Era el mes de septiembre de 1539.

Francisco Pizarro cayó en la trampa y subió al Cuzco desde donde, como vanguardia, despachó a un grupo numeroso. Este llevaba como presentes una



yegua y otras prendas. Creyendo que en aquel grupo venía el viejo jefe castellano, el Inca hizo que una unidad de combate lo atacara. Cayeron los incaicos sobre la avanzada. Capturaron cuanto pudieron causando mortandad en los indios aliados. De todo esto tomó gran indignación Francisco Pizarro y con el deseo de amedrentar al monarca rebelde dispuso uno de los actos más reprobables de la Conquista el Perú.

### **ASESINATO DE CURA OCLLO**

Fracasado el intento de rendir a Manco Inca, la expedición de Francisco y Gonzalo Pizarro emprendió la retirada, llevando en cautiverio a distinguidos jefes cuzqueños y a Cura Ocllo, esposa principal del monarca insurrecto. En Pampaconac la soldadesca había tratado de violarla, mas ella se defendió llegando a extremos indecibles. Tales incidentes se repitieron varias veces. Finalmente, al encontrarse Gonzalo Pizarro en Ollantaytambo con su hermano el Marqués y Gobernador del Perú Francisco Pizarro, decidieron matar a la Coya para escarmiento de los rebeldes.

### **OTRA MARTIR CUZQUEÑA**

El crimen se ejecutó con pasmosa sangre fría. Es el propio sobrino y paje de Francisco Pizarro, el soldado cronista Pedro Pizarro quien cuenta que “mandó el Marqués matar esta mujer de Manco Inca”. Titu Cusi Yupanqui, el cronista hijo de Manco Inca, narra que todo lo que dijo la reina con señorío imperial fue “¿en una mujer vengáis vuestros enojos? Daos prisa en acabarme, porque se cumpla vuestro apetito en todo”.

Para humillar más a la dinastía incaica, se encargó a los indios cañaris el cumplimiento de la orden de Francisco Pizarro. Cedemos la palabra nuevamente a Pedro Pizarro: “atándola a un palo unos cañaris la varearon y flecharon hasta que murió. Decían los españoles que allí pelearon que nunca esta india habló palabra ni se quejó y así murió de varazos y flechazos que le dieron. Cosa de admiración que una mujer no se quejase, ni hablase, ni hiciese ningún mudamiento con el dolor de la heridas y de la muerte”.

### **LA HOGUERA**

El crimen suscitó violentas protestas de parte de los prisioneros Vila Uma, Tisoc, Taipi, Tamqui Gualpa, Orco Guaranga, Atoc Suqui y otros más.

La respuesta de Francisco Pizarro fue tajante: enviar de inmediato a la hoguera al Sumo Sacerdote y Capitán General, Vila Uma, y a la mayor parte de los jefes indios cautivos. Una vez quemados vivos esos orejones retrocedió la expedición hacia Yucay.

## **LA MASACRE DE YUCAY**

Llegados a Yucay, Francisco Pizarro decidió matar a los dos últimos jefes importantes que tenía prisioneros.

Cori Atau, Oscoc y capitanes de menor importancia fueron también quemados vivos.

Hecho esto los españoles con sus indios aliados retornaron al Cuzco. Por estos días se debió quemar a Guaman Malqui Topa, ilustre indios, abuelo de Guaman Poma, el futuro cronista indio.

## **PAULO INCA**

En esta campaña, como en todas las de las guerras contra Manco Inca, destacó en filas españolas el príncipe Paulo Inca. Ambicionaba el trono incaico y no vaciló en ponerse incondicionalmente a órdenes de los cristianos.

Sus méritos fueron tantos que hasta la Corona Española le reconoció innumerables prebendas, tierras, títulos y beneficios. No solamente hacía uso de su prestigio para convencer a los Curacas de la necesidad de una paz con los castellanos, sino que combatió denodadamente por su causa.

Fue llamado “el gran pilar de este reino” y “buen vasallo de Su Majestad”. En los combates más recios iba armado a la española y “obligaba a pelear a los indios, hiriendo a los que huían”. Era “muy brioso”. Al igual que Manco Inca, combatía a caballo, cargando a la cabeza de los suyos. Hasta usaba un arcabuz en ciertas ocasiones.

## **FUNDACION DE AREQUIPA**

Terminada esta campaña vino la fundación de Arequipa. Se efectuó el 15 de agosto de 1540. A poco será llamada a concurrir a la lucha conjunta contra Manco Inca.

## **EL HERODES ESPAÑOL**

Mientras ocurren todos estos hechos, en el norte se libran feroces guerras. El movimiento de resistencia encendido por Illa Tupa no ha sido sofocado, pese a los tres años de brava lucha. Es entonces cuando se decide enviar a las regiones de Huánuco, Huaura, Huailas y Conchudos a un hombre de alto linaje castellano, con fama de gran crueldad: Francisco de Chávez.

Chávez practica la táctica de la tierra arrasada. Superó a todos en métodos de terror. Entre julio y septiembre de 1539 destruye cuanto encuentra. Incendios, saqueos, asesinatos y violaciones son su huella.

Se ensañaba con niños y mujeres, y se cuenta que hacía cantar su ilustre nombre antes de ahorcar o quemar. Tenía a orgullo haber matado a todos los menores de tres años. En cierta ocasión, de golpe, exterminó a seiscientos niños indígenas.

Otros compañeros de armas efectuaron también por esta época expediciones punitivas en esas comarcas levantiscas. La hoguera y los perros furiosos

fueron los mejores medios para castigar a quienes demandaban respeto a sus legítimos fueros. Las tierras usurpadas eran de inmediato repartidas entre los vencedores.

### **LAS “PACIFICACIONES”**

Estando inquieta toda la tierra, se organizaron algunas expediciones con el objeto de “pacificar” a los levantiscos.

La más famosa de estas expediciones fue la de Francisco de Chávez. Mas no le fue a la zaga Alonso de Alvarado, quien esta vez sobrepasó las tropelías cometidas durante su expedición de socorro al Cuzco. Asoló comarcas de Ancash y Huánuco quemando y aperreando gente. Incendio y talas fueron el rastro de su expedición –así como de otras varias menores– las cuales trataban de sofocar los últimos brotes de la heroica resistencia de Illa Topa y de otros capitanes de Manco Inca quienes aún subsistían dispersos entre los Andes.

### **MAS MUERTE**

Por estas épocas se despacharon varias expediciones a la misteriosa selva, huestes que fueron integradas, generalmente, por los recién llegados al Perú.

A la verdad, muchos españoles querían descubrir nuevos reinos, pues, al llegar habían encontrado ocupada toda la tierra por los conquistadores de la primera hora. Estos, a su vez, quisieron siempre deshacerse de la incómoda presencia de tanto castellano que llegaba, y en tan fuerte cantidad, cuando no había ya nada que repartir. Ni tierras, ni minas, ni siervos, ni mujeres, ni rebaños.

Surgieron pronto leyendas sobre reinos fabulosos perdidos en la selva. La imaginación creó hasta ciudades de oro. Luego desaparecerían, unas tras otras, varias expediciones. Dejaron así sus huesos en la selva cientos de españoles, multitud de negros esclavos y decenas de miles de indios auxiliares. Apenas los sobrevivientes de esas marchas al trópico lograron contar los padecimientos sufridos. Pantanos y maleza, cuando no las flechas de los chunchos, eliminaron a los más. No obstante, la fiebre por la riqueza, se contagió con celeridad y todos acabaron por creer en los míticos reinos de tierra adentro. Quizás los mismos indios hallaron una forma de vengarse con las fábulas de Dorados legendarios. Hasta Gonzalo Pizarro cayó en tan tentador señuelo.

### **EL AMAZONAS**

La principal de estas expediciones fue la que descubrió el río más caudaloso del planeta.

Para conquistar el reino de la Canela partió del Cuzco Gonzalo Pizarro, ya terminada su campaña contra Manco Inca y liquidada en Yucay la crema de la nobleza cuzqueña. Llegado a Quito, desde allí bajó a la selva, siguiendo el Coca y el Napo. No mucho después, su lugarteniente Francisco de Orellana,

descubrirá el Amazonas en 1542 cuando, al ser arrastrado por la corriente, no pudo ya retornar al campamento de su jefe.

Se dio luego una maravillosa epopeya geográfica. Orellana construyó en plena selva un bergantín; y con él salió hasta el Atlántico, en medio de hambres, guerras y padecimientos indescriptibles.

Mientras tanto, Gonzalo Pizarro, abandonado en plena amazonia, no tuvo otro camino que iniciar su penoso retorno llegando por azar a Quito, donde ya se lo daba por muerto a causa del mucho tiempo transcurrido desde su partida. Hambres y enfermedades agobiaron a Gonzalo Pizarro y pocos sobrevivieron a tan ardua empresa. Hasta con carne huma hubo que alimentar a los fieles perros de la expedición.

Pero mientras Gonzalo Pizarro se abría paso entre la maraña de la selva, importantísimos hechos acaecían en el Perú andino. En Lima hervían las conspiraciones contra su hermano el Marqués Gobernador del Perú. En el interior Manco Inca seguía empuñando el estandarte de la revolución.

## **EL ASESINATO DE FRANCISCO PIZARRO**

Lentamente se habían ido acrecentando los odios de los almagristas. Vencidos los partidarios de “el tuerto” en Las Salinas fueron marginados muy severamente tras draconianos castigos a sus jefes. Cundía el despecho por una injusta postergación. Fue entonces cuando Diego de Almagro el Joven, hijo mestizo del segundo socio de la Conquista del Perú, se decidió acaudillar el movimiento sedicioso de la facción almagrista.

El domingo 26 de julio de 1541 fue asaltado el Palacio por un grupo decidido que comandaba Juan de Rada y Francisco Pizarro cayó ante quienes tanto había humillado. A su lado pereció también Francisco de Chávez, el Herodes Cristiano.

## **BATALLA DE CHUPAS**

Proclamado Diego de Almagro el Joven como Gobernador del Perú tuvo que enfrentarse con Cristóbal Vaca de Castro, enviado por el Rey de España para poner orden en estos territorios.

El 16 de septiembre de 1542 se midieron el ejército realista y el almagrista en Chupas, derramándose heroísmo y firmeza en ambos bandos. La victoria de Vaca de Castro se atribuyó a la decisión de Francisco de Carvajal y a la traición o grave error de Pedro de Candía, jefe de la artillería almagrista.

## **MUERTE DE ALMAGRO EL JOVEN**

Apresado tras el desastre de Chupas, Diego de Almagro el Joven fue conducido al Cuzco donde se lo condenó a muerte, ejecutándose la sentencia en el mismo lugar donde se mató a su padre. Pronto llegaron noticias de que Carlos V había creado el Virreynato del Perú a través de Real Cédula de 20 de noviembre de 1542. Está próximo el arribo del Virrey Blasco Núñez de Vela,

quien sería portador de un genio irascible, de las Nuevas leyes y de una política favorable a los indios.

Las Nuevas Leyes eran el producto de la lucha denodada de los sacerdotes juristas a favor de un cambio radical en América. Representaron al auténtico cristianismo, aplicado al Derecho. Eran, no obstante, violentamente rechazadas por los conquistadores. Estos se fueron agrupando en torno a Gonzalo Pizarro.

### **BATALLA DE YURACMAYO**

Por estos años la historia de Manco Inca se vuelve sumamente borrosa. No obstante, podemos recoger tanto de las crónicas de su hijo Titu Cusi Yupanqui, como de documentos españoles, la versión de una nueva batalla: Yuracamayo. Fue, al parecer, un triunfo de Manco Inca sobre una de las expediciones enviadas a la conquista de la selva por los castellanos.

Según Morúa en este encuentro “los españoles que eran ciento y sesenta, sin los indios amigos que les seguían, que era mucha cantidad” fueron batidos en Yuracamayo. Murió en el encuentro Yunca Ayllu, capitán muypreciado por el rebelde.

### **AVANCE HACIA EL NORTE**

Atraído por algunas propuestas, y viendo difícil su situación en el sur, Manco Inca se dirigió hacia el norte rumbo a una fortaleza en tierras de los Chachapoyas. Quizás la batalla descrita en el capítulo anterior se dio durante esta marcha, cuyos incidentes no se conocen aún con precisión.

### **CUARTA BATALLA DE JAUJA**

Este avance de Manco Inca hacia el norte lo habría conducido hasta el mismo Valle del Mantaro, donde apareció sorpresivamente ante los españoles. Se libró entonces la cuarta Batalla de Jauja.

Manco instaló su cuartel de operaciones en Sapallanga. Desde allí supo cómo varios curacas jaujas continuaban dando su adhesión a los cristianos. Ordenó entonces castigar con pena de muerte a todos los que se aliasen con los castellanos.

A poco se produjo la batalla que duró dos días entre las fuerzas hispano-jaujinas y las cuzqueñas. Murieron cincuenta españoles y enorme cantidad de jaujas.

### **PROFANACION DE VARIVILLCA**

Terminado el encuentro., Manco Inca no encontró mejor medio de humillar a sus enemigos que destruir su huaca. Marchó sobre el pueblo de Huayucachi, derribó su templo y arrojando al Mantaro a su ídolo Varivillca ordenó dar la vuelta hacia el Cuzco. Seguramente, no se sintió con fuerzas suficientes como para proseguir hacia su lejana meta: Chachapoyas.

## **RETIRO EN ACOSTAMBO**

Muchas dificultades debieron presentársele a Manco Inca porque se detuvo un año en Acostambo, a la defensiva.

## **COMBATE EN PILLCOSUNI**

Hallándose en Acostambo fue llamado por algunas tribus de la ceja de selva, a causa de la presencia de una expedición castellana. Manco Inca cayó sobre ella y la destrozó, recogiendo buen botín de armas españolas.

## **ASALTO DE HUAMANGA**

Por estas épocas Manco Inca o sus capitanes asaltaron Huamanga. Asimismo, sus correrías cubrieron las comarcas de Carahuasi, Abancay, Oripá, Andahuaylas, Limatambo, Tambo etc. Son datos escasísimos y confusos los que se tienen de toda esta etapa.

Finalmente Manco Inca, sumamente debilitado en sus filas con tantos años de guerra, decidió ponerse por un tiempo en espera.

Mientras tanto, los españoles continuaban luchando carniceramente por el dominio del Perú. Batallas, asesinatos, ejecuciones e infamias eran cosas de todos los días. No había cuartel entre almagristas y pizarristas.

## **RAPTO DE TITU CUSI YUPANQUI**

Manco Inca no se resignó a ver perdido a su hijo llevado en rehenes por Gonzalo Pizarro tiempo atrás y organizó su rapto. Envío gente al Cuzco y secretamente lo secuestraron de la casa del español que lo tenía en su poder. Desde entonces volverá a acompañar a su padre en sus campañas y estará con él hasta el momento de su asesinato.

## **ASESINATO DE MANCO INCA**

Para salvarse de las represiones de los Pizarro, tras la batalla de Chupas, varios almagristas buscaron refugio en las montañas de Vilcabamba ofreciendo sus servicios a Manco Inca quien les brindó generoso asilo en su propia fortaleza.

Sin reconocer la hidalguía de aquel gesto, los refugiados tramaron, tiempo después, el asesinato del monarca indio, por cuanto un capitán de Gonzalo Pizarro les habría ofrecido amnistía total a cambio de su felonía. Aguardaron así la salida de la breve guarnición cuzqueña, y luego, tomando como pretexto una diferencia en el juego de herrón, cayeron los siete almagristas sobre Manco Inca, atravesándolo a puñaladas. Los asesinos emprendieron fuga, pero a poco fueron alcanzados por la escolta muriendo todos de mala muerte. El joven rey tuvo una larga agonía. Al fallecer debía contar con unos 26 años de edad. Había estado en pie de guerra desde 1536.

Las cenizas del gran rebelde, que yacen en algún lugar olvidado de la cordillera, aguardan aún que las jóvenes generaciones, superando las tremendas ingratitudes del pasado, concedan a los héroes incaicos el sitio que merecen en los altares de la Patria. Sólo se formará conciencia nacional en el Perú cuando reconozcamos plenamente la epopeya legada por la raza gloriosa de los Incas. Aquel joven rey será entonces orgullo nuestro y de todos los pueblos que luchan por su liberación. Y sólo entonces la resistencia heroica quechua tendrá el lugar que hasta ahora se le ha negado en la historia.

## COMENTARIO FINAL

El heroísmo consiste más en saber morir que en saber matar. Aunque no quiera o no pueda matar, el valiente muere con dignidad. Cae con altivez. Así pasa en la guerra. El triunfo poco indica. Lo que cuenta es la sangre vertida en la lucha. Es también hueste valerosa la que pierde ante un enemigo abrumadoramente superior en técnica o en número. Las derrotas son honrosas cuando van precedidas de arrojo y firmeza por más que el olvido tienda a cubrir con el tiempo a los vencidos a causa de una fatal tendencia a exaltar con exceso a los vencedores.

Podemos decir, pues, como Walt Whitman:

“¡Hurra por los generales que perdieron el combate y por todos los héroes vencidos! Los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los héroes más grandes de la historia”.

Cuanto se ha dicho es aplicable a los ejércitos incaicos durante la Conquista Castellana. Sus hombres supieron morir. Lucharon en cien combates contra España, mientras se derrumbaba el Incario, presa de rebeliones y guerras intestinas. Lidiaron contra el caos y la invasión. Perdieron con gloria. Pero casi todos los nombres de esos héroes yacen en el más absoluto olvido.

Fueron hombres a los cuales no amilanaron las brechas que en sus filas abría la mágica pólvora, hija del rayo. Hombres que resistían a pie firme las impetuosas arremetidas de los misteriosos centauros fogueados en Europa y América. Hombres que continuaban combatiendo pese a las feroces carnicerías. No le importó saber que al acero no tendrían otra cosa que oponer que sus pechos desnudos; que sus endeble armas de madera serían cegadas por las tajantes tizonas castellanas; que sus frágiles escudos de esteras y plumas de nada servirían frente a los invasores; que sus porras de piedra se destrozaban inútilmente sobre los yelmos o las corazas de hierro de sus poderosos enemigos. Y cuando la técnica militar de los conquistadores no bastaba, entraba en juego otro factor determinante: los auxiliares indígenas.

Los antiguos peruanos, pues, supieron morir. En incontables combates y batallas cayeron quizás hasta por cientos de miles. Y al principio morían sin poder matar pues no sabían cómo combatir a tan temibles adversarios. Mas en breve lapso aprendieron mucho de veinticinco siglos de las artes guerreras europeas. Poco a poco, a costa de terribles sacrificios, fueron captando las formas de guerrear de sus adversarios. Y alcanzaron a ganar encuentros a los castellanos.

Se midieron así con la pólvora, con los corceles, con el hierro. Se enfrentaron a la espada y a la barda, al casco y al escudo, al estribo y a la espuela, al puñal y a la montura, a la coraza y a la partesana.

Se comprende la magnitud de este esfuerzo cuando se recuerda que el hierro revolucionó la historia de la humanidad, o que la pólvora derribó Constantinopla y terminó de liquidar al feudalismo, o que la caballería ha creado imperios a lo largo de tres mil años de la historia del mundo.

Y el marcado desequilibrio en la evolución cultural entre España y el Tahuantinsuyu no es sino uno de los muchos factores que operaron en aquel momento en que empezó a forjarse un nuevo Perú.

Imposible es resumir en unas líneas el panorama de la Conquista Española. Existen tantos y tantos capítulos marginados hasta este momento en nuestra historia que casi todos los peruanos –incluyendo a los más cultos– se sorprenden cuando leen que la Conquista costó cerca de cien batallas y que quince de ellas fueron ganadas por los soldados del Tahuantinsuyu.

Asimismo, escasas veces se ha tenido en consideración que la conquista, en gran parte, fue obra de los propios antiguos peruanos; pues numerosas confederaciones indígenas (escasamente cuzqueñizadas al llegar los españoles), se aliaron al conquistador de ultramar; es el caso de los cañaris, huancas, chachapoyas, yauyos, chinchas y yungas en general. No se ha visto todavía el papel desempeñado por los siervos yanacunas, quienes, rebelados contra el poder imperial cuzqueño, se convirtieron en eficaces auxiliares de los europeos. O que todos los bandidos y delincuentes indígenas fueron, igualmente, aceptados por los españoles en su lucha contra el régimen incaico. Por otra parte, aguarda aún detenido estudio la encarnizada guerra civil entre los Hanan y los Hurin, vale decir, entre los partidarios del Huáscar Inca y de Atao Huallpa; lucha que no se detuvo con la llegada de los castellanos a nuestras costa, pugna sangrienta a lo largo de la cual los conquistadores, hábilmente, fueron meros auxiliares de uno y otro bando, según sus propias conveniencias.

Tampoco se ha hecho justicia a los esclavos negros que combatieron en primera línea por España muriendo en cantidad considerable. Y mucho menos se ha incidido en la importancia de la perfidia de varios aristócratas incaicos que se aliaron, con todas sus huestes, al conquistador castellano.

Tan importantes como los factores señalados es el del desequilibrio cultural: la Conquista enfrenta a un pueblo que emerge de la pre-historia, aún sin hierro, escritura ni rueda, contra otro que vive el Renacimiento europeo. Más de dos milenios de evolución cultural separan ambos bandos. De ahí la gigantesca superioridad técnica-militar de los conquistadores, superioridad que opaca sus pretendidas hazañas.

Prefiero dejar aquí la palabra a un hombre del siglo XVI, al jesuita Blas Valera:

“En lo que toca al aire militar, tanto por tanto igualadas las armas exceden lo del Perú a los de Europa; porque denme los capitanes más famosos, franceses y españoles sin los caballos, arneses, armas, sin lanzas ni espadas, sin bombardas ni fuegos, sino con una sola camisa y sus puñetes, y por cingulo una honda, y la cabeza cubierta, no de celadas o yelmos, sino de guirnaldas de plumas o flores, los pies descalzos por entre las breñas, zarzas y espinas; la comida yerbas y raíces del campo; por broquel un pedazo de estera en la mano izquierda; y de esta manera entrasen en campo a sufrir las hachas y tridentes de bronce, las piedras tiradas con hondas, las flechas enarboladas, y



de flecheros que tiran al corazón y a los ojos. Si de esta manera saliesen vencedores, diríamos que merecían la fama de valeroso entre los indios”.

“Mas así como no fuera posible poder ellos sufrir tal género de armas y batallas, así también, como humanamente hablando era imposible poder salir con la victoria. Y en contra, si los indios tuvieran la potencia de las armas que los de Europa tienen, con industria y arte militar así por tierra, como por mar, fueran más dificultosos de vencer que el Gran Turco. De lo cual es testigo la misma experiencia, que la vez que se hallaron españoles e indios iguales en armas murieron los españoles a manadas”.

Así, tal como suena. Y líneas abajo, antes de enumerar algunas de las victorias indias sobre los castellanos, expresa lo siguiente: “con mucha desigualdad de armas, esto es, estando los españoles cargados de ellas y los indios con su desnudez, fueron vencidos los españoles en batalla campal muchas veces”.

Y ¿qué nos afirma otro escritor, también del mil quinientos, como el gran cronista Gutiérrez de Santa Clara? Nos dice que si esta tierra, en vez de “gente desnuda y sin arma defensiva y ofensiva la hubieran poblado gente de razón, y fuera armada, y tuviera artillería y arcabucería y buenos caballeros... fueran (los castellanos) por ellos muertos y hechos pedazos cruelmente”. Como se puede apreciar, para este cronista la diferencia en armamento es tan notable que se le hace difícil aceptar que los indios estuvieran armados.

También apunta que “mas con todo esto fue grande la multitud de españoles que en ella murieron a manos de los indios”. Sabemos a través de otros cronistas, que sólo durante la insurrección de Manco Inca perecieron más de mil conquistadores.

Gutiérrez de Santa Clara, por otra parte, comentando la segunda batalla de Sacsahuamán o sea el asalto a esa plaza fuerte por los españoles dice que: “en fin, la cuestión y pelea fue con indios desnudos que no alcanzaban ningunas armas como las tienen los españoles; que si esas tuvieran ¿quién bastara a tomar por fuerza aquella fortaleza del Cuzco?”. Basta y sobra como comentario.

Son, sin embargo, los cronistas soldados, con Pedro Pizarro, Ruiz de Arce o Diego de Trujillo y sobre todo Cieza de León –el excelso Cieza-, los que más inciden en la heroica resistencia incaica y aquellos anónimos combatientes españoles autores de las Relaciones del Sitio del Cuzco. De sus obras brota la epopeya de los vencidos. Esta surge también de Antonio de Herrera y de Bernabé Cobo. Y en forma inigualable en la relación que dictara Titu Cusi Yupanqui, ya en el ocaso de Vilcabamba. Ahí, en esa obra, está la gesta de su padre, Manco Inca, al cual acompañó, siendo aún niño, en sus gloriosas campañas.

## SUMARIO

Prólogo	2
PRIMERA PARTE: LOS VIRACOCHAS	5
El contrato	5
La Isla del Gallo	5
El tercer viaje: 1531	6
Puná: fiesta y sangre	6
Se inicia la lucha	7
La liberación de los tumbesinos	8
Buenas noticias	8
Hernando de Soto	9
Tumbes: muerte de tres españoles	9
Un aliado imprevisto	10
Batalla de Bombón	11
Batalla de Yanamarca	11
El desencanto	12
Surgen los dioses Viracochas	13
Las guerras de Tumbes	14
Los desengañados	14
Partida hacia Piura	14
La pleitesía de Huáscar Inca	15
Heroísmo cuzqueño	16
Del Chira al Piura	16
La matanza de los curacas	17
Caxas: ingenuidad de un combate	18
Castigos y premios en Caxas	18
Entrevista de Sarán	19
La versión de Maica Huillca	20
La rebelión Chimú	21
La subida a los Andes	22
Nuevas embajadas	23
El incidente entre Maica Huillca y Huachu Puru	24
Batalla de Tahuaray	25
Batalla de Cotabambas	25
Catástrofe de Huáscar Inca	26
Llegada a Cajamarca	27
La entrevista de Los Baños de Cunoc	27
Los planes del Inca	29
La noche	30
Las horas decisivas	31
La fatalidad del usurpador	32
El desprecio	33
Valverde aparece	33
Las palabras de Valverde	34
La celada	34
El heroísmo de las andas	35
La deserción de Rumi Ñahui	36

El rescate	37
Las matanzas del usurpador	38
La alegría en el Cuzco	38
La liberación de los Yanacunas: rebelión social	39
Una parte del botín	41
Expedición de Hernando Pizarro	41
Huáscar Inca y los españoles	43
El juego de las intrigas	44
La alianza de los Jaujas	44
La masacre de Andamarca	45
El suplicio de Challco Chima	46
Felipillo	46
El “proceso”	47
El reparto del botín	47
La ejecución	48
Tupac Huallpa y el caos	49
Muerte de Huari Tico	50
Batalla de Jauja	51
Defensa de Yurac Huallpa	51
El asesinato de Tupac Huallpa	51
La convención de Jauja	52
Batalla de Vilcashuamán	53
La conspiración de Vilcashuaman	53
La persecución	53
El vejamen de Limatambo	54
Fortalecimiento de Manco Inca	55
Batalla de Vilcaconga	55
Nuevo combate de Vilcaconga	56
Entrevista de Jaquijaguana	56
Challco Chuma en la hoguera	57
La gloria	57
Batalla de Anta	58
Asesinato frustrado de Manco Inca	58
Ingreso triunfal al Cuzco	58
Batalla de Capi	59
Las grandes celebraciones	60
Persecución de Apo Quizquiz	60
Segunda batalla de Jauja	61
Nueva persecución	62
Fundación española del Cuzco	62
Parten Manco Inca y Francisco Pizarro	62
Otro combate	63
Un grave riesgo	63
Manco Inca y Hernando de Soto	63
Campaña de Rumi Ñahui	63
Batalla de Teocaxas	64
Batalla de Riobamba	64
Toma de Quito	65
Combate de Yurbo	65
Almagro y Belalcázar	65

La marcha de la muerte	65
Batalla de Liribamba	66
Pacto de Riobamba	66
La ambición de Felipillo	67
La venta secreta	67
Nuevas campañas contra Apo Quizquiz	67
Combate de Chaparra	67
Batalla entre Alvarado y Apo Quizquiz	68
Batalla entre Almagro y Huaina Palcon	68
Catástrofe española	68
Desastre indio: segunda batalla de Riobamba	68
Asesinato de Apo Quizquiz	68
Entrevista de Pachacamac	69

## SEGUNDA PARTE: MANCO INCA 69

Se rompe el engaño	69
Fundación de Lima	70
Las rivalidades	70
Expedición de Almagro a Chile	71
Las leyes españolas	72
Los precursores	72
Regresa el Vila Uma	73
La escisión trágica	73
Combate de Yucay	74
El gran error de Manco Inca	74
Otros indios aliados	74
Un ausente importante	75
Los Collas	75
Ataque al Cuzco	76
Captura de Sacsahuamán	76
Cuerpo a cuerpo	76
Fiereza de la lucha	77
El valor de un jefe	78
¿Un milagro?	79
Dios y este indio	79
Primer asalto a Sacsahuamán	79
Segundo asalto Sacsahuamán	80
Valentía de un español	81
El gesto de Cahuide	82
Intento de recaptura	83
Ofensiva cristiana	83
Sigue la guerra	83
Combate de Calca	83
Las burlas cuzqueñas	84
La osadía de Hernando Pizarro	84
Presión del Chinchaysuyu	84
Combate de Muina	84
Combate de Jaquijaguana	84

La matanza de las mujeres	85
Expedición hacia Collasuyu	85
Mutilaciones en masa	85
La victoria de Ollantaytambo	85
Los grandes triunfos de Manco Inca	87
Victoria de Huaitara	87
Victoria de Parcos	88
Victoria sobre Mogrovejo de Quiñones	88
Victoria de Jauja sobre Gaete	89
Godoy fuga ante Titu Yupanqui	89
El cerco de Lima	89
Varios combates	90
Indios contra indios en Lima	90
El sostén de los Cañaris	90
Batalla del Rímac	91
El asesinato de la Ñusta	91
Lucha en las calles de Lima	92
Guerras de Illa Tupa	92
Batalla de Pachacamac	93
La gran campaña de Alonso de Alvarado	94
Sangre y más sangre	94
Refriega de Jauja	94
Resistencia en Angoyacu	95
Batalla de Rumichaca	95
Matanza de Rumichaca	95
Guerrillas y masacres	95
Empalme de la historia	96
Las cabezas cortadas	96
Expedición a Canchis	97
Imprudencia española	97
Otra batalla en Jaquijaguana	97
Ofensiva castellana	98
Nuevas represalias	98
Batalla de Chinchero	98
Batalla con armas occidentales	98
Regresa Rojas	99
Temores de Hernando Pizarro	99
Negociaciones en Ollantaytambo	99
Refriega de Yucay	99
Pánico en el Cuzco	100
Refuerzos indios	100
El asalto del Cuzco	100
El mariscal judío y Manco Inca	101
Batalla de Abancay	101
Triunfo de Orgóñez	101
Recuperación de Manco Inca	103
Conferencia de Mala	103
Almagro acorralado	103
Batalla de Huaitará	104
Oferta de Paulo Inca	104

Batalla de Las Salinas	105
Alzamiento del Collao	105
Batalla del Desaguadero	106
Hacia Cochabamba	107
Batalla de Tapacari	107
Batalla de Cochabamba	107
El cráneo de Gonzalo Pizarro	107
“A no estar yo allí”	107
Segunda batalla de Cochabamba	108
Combate de Paria	108
Batalla de Oripa	109
Fundación de Guamanga	109
Gonzalo Pizarro frente a Manco Inca	110
Batalla de Chuquillusca	110
La justicia de Manco Inca	111
Firmeza revolucionaria	111
La arcabucería de Manco Inca	111
Una trampa a Francisco Pizarro	111
Asesinato de Cura Ocllo	112
Otra mártir cuzqueña	112
La hoguera	112
La masacre de Yucay	113
Paulo Inca	113
Fundación de Arequipa	113
El Herodes español	113
Las “pacificaciones”	114
Más muerte	114
El Amazonas	114
El asesinato de Francisco Pizarro	115
Batalla de Chupas	115
Muerte de Almagro el Joven	115
Batalla de Yuracmayo	116
Avance hacia el norte	116
Cuarta batalla de Jauja	116
Profanación de Varivillca	116
Retiro en Acostambo	117
Combate en Pillcosuni	117
Asalto de Huamanga	117
Rapto de Titu Cusi Yupanqui	117
Asesinato de Manco Inca	117
COMENTARIO FINAL	118
Sumario	121